

UNA BUENA NOCHE PARA MORIR (1969)

Jack Higgins



1. PASAJE NOCTURNO

Había ocasiones en que Jean Mercier se preguntaba en qué consistía, en realidad, la vida y esta vez era muy claramente una de ellas. En algún lugar más allá del barco, en la oscuridad, había un litoral que no podía ver, peligros que tan sólo podía sospechar, y la carencia de luces de navegación empeoraba las cosas.

Un viento que procedía de los lejanos Urales, soplaba a través del Golfo de Saint Malo, festoneando de blanca espuma las olas, salpicando con rociaduras el parabrisas. Mercier redujo la marcha del motor y ajustó levemente el giro del timón, forzando la vista en la oscuridad, esperando ver una luz como si fuera alguna señal del cielo.

Lió un cigarrillo torpemente con una mano, dándose cuenta del temblor que agitaba sus dedos y que no podía dominar. Sentía frío y cansancio además de estar muy asustado, pero el dinero valía la pena, en efectivo y libre de impuestos, más de lo que podía ganar en tres meses de faena pesquera. Con una esposa enferma a su cargo, un hombre tenía que aceptar cualquier ocasión que se le presentara y estar agradecido.

Una luz destelló tres veces y se esfumó tan pronto que, por un momento, se preguntó si lo había imaginado. Se pasó una mano por los ojos cansados y de nuevo aparecieron los destellos. Aguzó la vista en espera de que se repitiera por tercera vez, como hipnotizado, y entonces, recuperando la normalidad, dio un taconazo en el piso de la timonera. Sonaron pasos en la escalera de la camareta y apareció Jacaud.

Había estado bebiendo de nuevo y el olor, agriamente agudo en el limpio aire salino, repelió un tanto a Mercier. Jacaud le empujó a un lado y empuñó el timón.

—¿Dónde está? —gruñó.

La luz le contestó, al frente y un poco a babor. Asintiendo, aumentó la velocidad y viró un poco el timón. Mientras la lancha embestía en la oscuridad, Jacaud sacó un frasco de medio litro de ron de su bolsillo, engulló lo que quedaba y arrojó la botella vacía a través del portalón abierto. A la luz difuminada de la bitácora, parecía incorpóreo, una cabeza que flotaba en la oscuridad, una broma macabra. Era la jeta de un animal, un bruto que caminaba sobre dos piernas con ojillos de cerdo, nariz chata y facciones toscamente deformadas por años de embriaguez y enfermedades.

Mercier se estremeció casi sin darse cuenta, tal como había hecho muchas veces anteriormente, y Jacaud mostró un rictus en su cara.

—¿Estás asustado, hombrecillo?

Mercier no replicó y Jacaud le agarró por el cabello, sin retirar la otra mano en el timón, y lo atrajo hacia sí. Mercier chilló dolorido y Jacaud rió satisfecho.

—Sigue asustado. Así es como me gusta. Ahora márchate y ten preparado el bote.

Lo lanzó de un empujón a través del portalón abierto, y Mercier tuvo que agarrarse al pasamanos para evitar caer al agua. Había lágrimas de rabia y frustración en sus ojos mientras iba tanteando su camino a lo largo de la cubierta en la oscuridad y dobló una rodilla junto al bote de caucho. Sacó de un bolsillo una navaja de muelles y tanteó en busca del cabo, que mantenía sujeto el bote. Cortó el cabo y después pasó cuidadosamente el dedo por el filo de la navaja, mientras pensaba en Jacaud. Sólo bastaría con un buen tajo, pero incluso este solo pensamiento produjo retortijones en sus tripas, por lo que cerró presuroso la navaja, se puso en pie y aguardó junto al pasamanos.

La lancha continuaba avanzando en la oscuridad y la luz volvió a destellar. Al parar Jacaud el motor, la lancha fue disminuyendo su velocidad y empezó a derivar de costado hacia la playa señalada por la fosforescencia de los rompientes a un centenar de metros aproximadamente. Mercier echó el ancla al acercarse Jacaud. El hombretón alzó el bote y lo arrió hasta el agua, reteniéndolo luego con un cabo.

—Vamos, rápido —dijo con impaciencia—. Quiero largarme en seguida de aquí.

El agua chapoteaba en el fondo del bote, frío e incómodo mientras Mercier encajaba los dos remos de madera y se apartaba del barco. De nuevo estaba asustado, tal como lo estaba siempre durante los últimos días, ya que la playa era un territorio desconocido para él, a pesar de que la había visitado en idénticas circunstancias por lo menos media docena de veces antes. Pero experimentaba la sensación de que esta vez las cosas podían ser distintas: que la Policía podía estar esperándoles. Que podía estar navegando a la deriva para tropezarse con una condena de cinco años de cárcel.

El bote, se elevó de pronto sobre una ola, se inmovilizó durante un instante, para descender a través de una línea de espuma cremosa, deslizándose luego hasta detenerse al tocar la arena. Mercier retiró los remos, saltó fuera e hizo girar el bote hasta que quedó con la proa hacia la mar. Al levantarse, una luz perforó la oscuridad deslumbrándole momentáneamente.

Alzó una mano para protegerse y entonces apagaron la luz, a la vez que una voz tranquila decía en francés:

—Llega con retraso. Vayámonos.

Era otra vez el inglés, Rossiter. Mercier podía conjeturarlo por el acento, aunque

su francés era casi perfecto. El único hombre ante el cual Jacaud se tocaba la visera de su gorra a modo de saludo respetuoso. En la oscuridad era tan sólo una sombra, lo mismo que el hombre que estaba a su lado. Hablaron brevemente en inglés, un idioma que Mercier no comprendía. Entonces, el otro hombre, entró en el bote y se agazapó a proa. Mercier le siguió, encajó los remos, y Rossiter empujó el bote por encima de la primera ola y trepó por el lado de popa.

Jacaud les esperaba en la barandilla de popa cuando llegaron a la lancha. Su cigarro brillaba tenuemente en la oscuridad. El pasajero subió primero y Rossiter le siguió con su maletín. Cuando Mercier llegó al puente, el inglés y el pasajero ya se habían ido abajo. Jacaud le ayudó a izar el bote por encima de la borda, dejó que lo sujetara a cubierta y entró en la timonera. Un momento después, los motores ronronearon suavemente y la embarcación se dirigió hacia la mar abierta.

Mercier terminó su tarea y fue hacia proa. Rossiter se había reunido con Jacaud en la timonera y estaban juntos ante el timón, contrastando fuertemente el rostro delgado y hermoso del inglés con las toscas facciones de Jacaud: los lados opuestos de la moneda. Un lado, el de un animal; el otro, el de un caballero, y, sin embargo, parecían congeniar muy bien, algo que Mercier nunca había logrado comprender.

Al pasar junto a la timonera, oyó cómo Jacaud hablaba en voz baja y ambos lanzaban sendas carcajadas. Incluso en esto eran diferentes, la risa entre dientes jovial se mezclaba extrañamente con el ronco rezongar de Jacaud; no obstante, de algún modo se completaban el uno al otro.

Mercier se estremeció y bajó a la cocina.

Durante la mayor parte de la travesía, todo transcurrió tranquilamente, considerando cómo se ponía el Canal con frecuencia, pero hacia el amanecer empezó a llover. Mercier estaba al timón y cuando se aproximaban a la costa inglesa, la niebla les rodeó hasta sumergirlos en una pared brumosa. Mercier golpeó con el tacón el piso del puente y, al cabo de unos instantes, apareció Jacaud. Mostraba un terrible aspecto, con los ojos hinchados inyectados en sangre por la falta de sueño, y la cara grisácea y abotagada.

—¿Ahora qué?

Mercier señaló con el mentón hacia la niebla.

—No tiene muy buen aspecto.

—¿A qué distancia estamos?

—Unas seis o siete millas.

Jacaud asintió y le apartó de un empujón.

—Muy bien. Déjalo de mi cuenta.

Rossiter apareció en el umbral. —¿Problemas?

Jacaud negó con la cabeza.

—Nada que no pueda yo resolver.

Rossiter fue a colocarse junto a la barandilla. Permaneció allí erguido, con rostro inexpresivo, aunque un pequeño músculo temblaba en su mejilla derecha, señal segura de tensión. Dio media vuelta y, pasando junto a Mercier, regresó abajo.

Mercier se levantó las solapas de su chaquetón, hundió las manos en los bolsillos y permaneció a proa. A la luz grisácea precursora del amanecer, la lancha aparecía aún más decrepita que de costumbre y mostraba exactamente lo que era, el barco de pesca de un hombre pobre, cestas para langostas apiladas sin pulcritud a popa junto al bote de caucho, redes extendidas por encima de la caja de los motores. La humedad lo llenaba todo bajo la ligera llovizna y estaban envueltos por la niebla, con grises mechones rozando la cara de Mercier, fríos y viscosos, inmundos, como el tacto de los muertos.

Y de nuevo estaba presente el miedo, hasta tal punto que le temblaban los miembros y el estómago se le contraía en espasmos. Se secó la boca con el dorso de una mano y empezó a liar un cigarrillo, intentando mantener firmes los dedos.

La lancha se deslizó a través de una cortina gris dentro de un espacio claro y despejado y el papel del cigarrillo revoloteó y cayó sobre cubierta, mientras Mercier se inclinaba hacia delante, agarrándose al pasamanos. A unos doscientos metros de ellos, a través del frío amanecer, una forma gris y bruñida se movía como para cortarles el paso.

Jacaud estaba ya reduciendo la velocidad cuando Rossiter apareció en el puente. El inglés corrió a la barandilla y permaneció allí, con una mano a modo de visera protegiéndose los ojos de la lluvia. Una señal destelló a través del gris amanecer; el inglés se volvió con gesto torvo.

—Vire en seguida. Es un MTB de la Royal Navy. Salgamos de aquí lo antes posible.

Mercier le agarró por una manga, con el pánico reflejándose por completo en todo su cuerpo.

—Esos trastos pueden desarrollar treinta y cinco nudos, señor. No tenemos la menor posibilidad de escapar.

Rossiter le aferró por la garganta.

—Le caerán siete años si nos atrapan con él a bordo. Ahora, apártese de mi camino.

Hizo un ademán de asentimiento hacia Jacaud, corrió a lo largo del puente y desapareció abajo. Los motores bramaron al darles Jacaud el máximo de velocidad, a la vez que giraba el timón y la lancha escoraba a un lado, llegando casi a detenerse, para en seguida lanzarse raudamente hasta penetrar en el muro de niebla.

Las grises paredes rodearon la embarcación, impidiendo que fuera vista en absoluto. En ese momento, se abrió con un chirrido la puerta de la escalera de la cámara y Rossiter apareció con el pasajero. Se trataba de un negro de mediana edad, alto y bien parecido, que llevaba un grueso abrigo con un cuello de piel. Miró a su alrededor, sorprendido, y Rossiter le habló en inglés. El negro asintió en silencio y avanzó hacia la barandilla. Rossiter sacó una pistola y le asestó un fuerte golpe en la nuca: El negro se inclinó a un lado y se derrumbó sobre cubierta sin lanzar el menor grito.

Lo que sucedió a continuación fue algo que parecía formar parte de una pesadilla. El inglés se movió con una increíble rapidez y energía. Agarró una pesada cadena del puente de popa y fue enrollándola alrededor del cuerpo del hombre. Le dio una vuelta final alrededor del cuello y enganchó los dos extremos sueltos con la abrazadera metálica que colgaba de un eslabón.

Se volvió y le gritó a Mercier por encima del estruendo de los motores:

—¡Muy bien! ¡Agárrele por los pies y lo tiraremos por la borda!

Mercier estaba alelado como si se hubiese convertido en un bloque de piedra. Sin vacilar, se arrodilló para colocar al negro en posición de sentado. El hombre alzó penosamente la cabeza, sus párpados aletearon y abrió los ojos. Miró fijamente a Mercier, no en gesto de súplica, sino con odio, sus labios se abrieron y gritó algo en inglés. Rossiter se agachó para cargárselo al hombro. El inglés se incorporó y el cuerpo del negro fue lanzado por encima de la barandilla para zambullirse de cabeza en el mar y desaparecer instantáneamente.

Rossiter se volvió y golpeó con fuerza a Mercier en la cara, lanzándolo de espaldas contra la cubierta.

—Ahora tranquilícese y empiece a trabajar con aquellas redes o le zambullo también en el agua.

Entró en la timonera. Mercier permaneció tendido durante unos instantes hasta que se incorporó y, tambaleándose, se dirigió a popa. Aquello no podía haber sucedido. Oh, Dios, no pudo suceder. El puente escoró de repente al girar Jacaud de nuevo el timón y Mercier cayó de bruces sobre la pila de apestosas redes; luego, empezó a retorcerse al acometerle unas náuseas incontenibles.

Les salvó la niebla, que se extendió por el Canal durante media travesía, ocultándoles a la vista de cualquier barco patrullero en su regreso a la costa francesa.

En la timonera, Jacaud ingirió ron de la botella que Rossiter le pasó y rió ásperamente.

—Les perdimos de vista.

—Tiene usted suerte —dijo Rossiter—. Eso ayuda a vivir mejor.

—Fue una pena lo del embalaje.

—Así es la vida. —Rossiter parecía totalmente despreocupado y señaló hacia donde estaba Mercier acuclillado junto a las redes, sujetándose la cabeza entre las manos—. ¿Qué hacemos con él?

—Es un gusano —masculló Jacaud—. Un cobarde. Quizá deberíamos también zambullirlo para siempre.

—¿Y cómo explicaría su desaparición en St. Denise? —Rossiter meneó la cabeza—. Déjelo de mi cuenta.

Avanzó por el puente y se detuvo junto a Mercier con la botella de ron.

—Será mejor que beba un trago.

Mercier alzó la cabeza lentamente. Su cara era como el vientre de un pez, con los ojos llenos de dolor.

—Estaba todavía vivo, señor. Todavía vivo cuando usted lo tiró al agua.

El cabello de color de lino de Rossiter brillaba al temprano sol de la mañana, haciéndole parecer extrañamente sin edad. Miró hacia abajo a Mercier, su fina y hermosa cara llena de solicitud. Suspiró hondamente, se agachó y sacó de uno de sus bolsillos una exquisita Madonna. Mediría alrededor de unos veinte centímetros de largo, y resultaba evidente que era muy antigua, tallada por algún artista en marfil del color de su cabello y engastada en plata. Cuando le presionó los pies con el pulgar, aparecieron, como por arte de magia, quince centímetros de acero pavonado con los dos lados afilados como una navaja de afeitar.

Rossiter besó con gesto reverente la Madonna sin la menor expresión de burla, y después se acarició la mejilla derecha con la hoja.

—Tiene esposa, Mercier —declaró en tono afable, y su rostro no perdió ni por un instante su expresión santurrón—. Tengo entendido que está inválida.

—Sí, señor —repuso Mercier en un susurro, y el corazón pareció detenerse en su pecho.

—Una palabra, Mercier, el menor comentario y le cortaré el cuello a su esposa. ¿Me comprende?

Mercier giró el busto, sintiendo agitarse su estómago y de nuevo le atacaron las náuseas. Rossiter se irguió y caminó a lo largo del puente hasta detenerse en la entrada de la timonera.

—¿Todo bien? —inquirió Jacaud.

—Naturalmente. —Rossiter aspiró la fresca brisa marina y sonrió—. Hace una bonita mañana, Jacaud, una preciosa mañana. Y pensar que uno podría estar en la cama y perderse todo eso.

2. ABAJO ENTRE LOS MUERTOS...

La niebla se acumulaba a través de la ciudad, y en algún lugar a lo lejos los barcos lanzaban los lúgubres bramidos de sus sirenas, mientras avanzaban lentamente por los márgenes inferiores del Támesis rumbo hacia el mar. Niebla, la verdadera clase de niebla que sólo parece cernirse sobre Londres y en ninguna otra parte del mundo. Niebla que eliminaba a los ancianos, atascaba las calles y reducía a una de las mayores ciudades del mundo al caos y la confusión.

Paul Chavasse abandonó el taxi en Marble Arch, y silbaba suavemente mientras se alzaba el cuello de la trinchera y entraba en el parque. Personalmente, sólo había una cosa que le gustaba más que la niebla y era la lluvia. Suponía que era una idiosincrasia que tenía sus raíces en un determinado momento de su juventud, o quizás existía una explicación más sencilla. Después de todo, tanto la lluvia como la niebla le encerraban a uno en un pequeño mundo privado que, en algunas ocasiones, podía resultar muy conveniente.

Se detuvo para encender un cigarrillo. Era un hombre alto y guapo, con una cara tan francesa como la de Pigalle un sábado por la noche, y la herencia de su padre bretón resultaba evidente en sus pómulos célticos. Un guardián del parque surgió de las sombras y desapareció sin decir una sola palabra, una cosa que, considerando las circunstancias, sólo podía ocurrir en Inglaterra. Chavasse continuó su camino inexplicablemente animado.

El St. Bede Hospital estaba situado al fondo del parque, una monstruosidad gótica victoriana a pesar de su reputación extendida por todo el mundo. Le estaban esperando, y cuando se presentó en recepción un portero de uniforme nítido azul le

acompañó a lo largo de una serie de corredores con baldosas verdes, cada uno de los cuales parecía extenderse hasta el infinito.

Le dejaron en compañía de un técnico de laboratorio ya mayor, en un pequeño despacho encristalado, quien le condujo hasta el depósito de cadáveres en un ascensor sorprendentemente moderno. Chavasse fue consciente de dos cosas en el mismo momento que se abrieron las puertas del ascensor: el punzante olor a antiséptico tan característico de los hospitales y el extremado frío. La amplia cámara llena de ecos estaba rodeada de cajones de acero, cada uno de los cuales presumiblemente contenía un cadáver, pero el motivo de su visita le esperaba sobre una camilla con ruedas cubierta con una sábana de caucho.

—No pudimos introducirle en una de las cajas, mala suerte —explicó el técnico—. Estaba demasiado hinchado. Apestaba como pescado del año pasado.

Al aproximarse, el olor resultaba muy desagradable a pesar de las medidas que evidentemente se habían tomado. Chavasse sacó un pañuelo y lo mantuvo ante su boca y nariz.

—Comprendo lo que quiere decir.

Había contemplado la muerte muchas veces en la mayor parte de sus variantes, pero aquella monstruosidad era algo nuevo. Miró los restos, con el gesto sombrío.

—¿Cuánto tiempo ha estado en el agua?

—Seis o siete semanas.

—¿Está completamente seguro?

—Oh, sí... los análisis de orina, la tasa de descomposición química y todo lo demás. Por cierto, era un negro, ¿o quizá ya lo sabía?

—Eso me dijeron, pero nunca lo hubiese adivinado al verle.

El técnico asintió gravemente:

—La inmersión prolongada en agua salada produce cosas raras en la pigmentación de la piel.

—Eso parece. —Chavasse retrocedió y se guardó el pañuelo en el bolsillo superior de su americana—. Muchas gracias. Creo que he visto cuanto necesitaba ver.

—¿Podemos ya disponer de él, señor? —preguntó el técnico mientras volvía a tender la sábana.

—Me olvidaba. —Chavasse sacó ahora su cartera y tendió un impreso oficial con el correspondiente permiso—. Procedan a la incineración y manden todos los documentos al Ministerio del Interior mañana mismo.

—Esperaban disponer del cadáver en la Facultad de Medicina para prácticas de disección.

—Dígales que ya tendrán otro cadáver más adelante. —Chavasse se puso los guantes—. Para este cadáver, incineración y ninguna otra cosa. No es preciso que me acompañe. Encontraré solo la salida.

Cuando se hubo marchado, el técnico encendió un cigarrillo, con el entrecejo fruncido. Le intrigaba aquel Chavasse. Tenía rasgos de extranjero, pero no cabía duda de que era inglés. Un tipo bastante agradable, un caballero para emplear un calificativo anticuado, pero algo no era del todo correcto. Eran los ojos, eso es. Negros y totalmente inexpresivos. Parecían mirar directamente a través de uno y más allá, como si no se estuviera allí en absoluto. La clase de ojos que tenía aquel coronel japonés en el campamento en Siam, donde el técnico había pasado los tres peores años de su vida. Un tipo curioso aquel japonés. Durante un minuto, la mejor representación de la bondad humana, y al siguiente fumaba un cigarrillo sin pestañear siquiera, mientras golpeaban hasta la muerte a un prisionero.

El técnico se estremeció y abrió el papel que Chavasse le había entregado. Estaba firmado por el propio Secretario del Interior. Esto era más que suficiente. Lo guardó cuidadosamente en su cartera y empujó la camilla dentro del crematorio anexo. Exactamente tres minutos después, cerró la puerta de cristal de uno de los tres hornos especiales y alargó la mano hacia el conmutador. Las llamas aparecieron como por arte de magia, y el cuerpo, hinchado con sus propios gases, empezó a arder en el acto.

El técnico encendió otro cigarrillo. El profesor Henson no se pondría muy contento, pero ya estaba hecho y, al fin y al cabo, a él se lo había ordenado por escrito la superioridad. Fue a abrir la puerta contigua silbando alegremente y se preparó una taza de té.

Hacía ya casi dos meses desde que Chavasse visitara aquella casa en St. John's Wood y volver a ella era más bien como regresar de nuevo al hogar tras una larga ausencia. No era tan extraña tal sensación, si se consideraba la clase de vida que había llevado durante los doce años que trabajó como agente de la Oficina, la poco conocida sección de la Información Británica, que tenía que luchar con la clase de asuntos que todos los demás colegas de los distintos departamentos rechazaban con sumo cuidado.

Subió los peldaños y presionó el botón junto a la placa de bronce que tenía grabada la inscripción: «Brown & Co — Importers & Exporters.» La puerta fue abierta casi de inmediato por un hombre alto y canoso, vestido con un uniforme de paño azul, que evidentemente irradiaba una sonrisa de bienvenida.

—Celebro verle de regreso, señor Chavasse. Tiene usted un buen aspecto

bronceado.

—Me alegra estar de nuevo aquí, George.

—El señor Mallory ha estado preguntando por usted, señor. La señorita Frazer ha estado telefoneando cada dos minutos si ya había llegado usted.

—No hay nada nuevo en esto, George.

Chavasse ascendió rápidamente por la escalera estilo Regencia. Nada había cambiado. Ni una simple chuchería. Todo se hallaba donde siempre había estado. Largos períodos en los cuales no sucedía nada y, de pronto, surgía algo a la superficie y el día necesitaba veintisiete horas.

Cuando entró en el pequeño despacho exterior al fondo del estrecho pasillo, Jean Frazer estaba sentada detrás de su mesa. Alzó la mirada y se quitó las gafas de gruesos cristales con una sonrisa que siempre contenía un matiz de mayor cordialidad para Chavasse que para cualquier otro.

—Paul, tienes un aspecto magnífico. Es maravilloso volverte a ver.

Se levantó y dio la vuelta a mesa. Se trataba de una mujer baja y metida en carnes, de unos treinta años, pero bastante atractiva en su peculiar estilo. Chavasse le tomó ambas manos y la besó en la mejilla.

—Siempre lamenté el haberte dado plantón aquella noche, en el Saddle Room. Me quedó como un peso en la conciencia.

—Oh, seguro que sí. —Pero había matices de escepticismo en el rostro de la mujer—. ¿Recibiste mi mensaje?

—Mi vuelo se retrasó, pero el mensajero estaba esperándome cuando llegué al piso. No tuve tiempo ni para abrir la maleta. He estado en el St. Bede y eché un vistazo al cuerpo del delito o como sea que lo llamen. Muy desagradable. Había permanecido en el fondo del mar un largo tiempo. Teñido con una especie de matiz blancuzco, por cierto, lo cual parecía más bien extraordinario, considerando lo que me habías dicho acerca de él.

—Ahórrame los detalles. —La mujer pulsó el intercomunicador—. Paul Chavasse está aquí, señor Mallory.

—Que pase.

La voz era remota y seca y parecía proceder de otro mundo, un mundo que Chavasse había casi olvidado durante los dos meses de convalecencia. Notó en el estómago un leve amago de excitación mientras abría la puerta y entraba.

Mallory no había cambiado lo más mínimo. El mismo traje de franela gris del mismo sastre muy famoso, idéntica corbata de la universidad adecuada, ni un cabello gris fuera de lugar, la misma fría y remota ojeada por encima del borde de sus gafas. Ni siquiera podía lograr simular una sonrisa.

—Hola, Paul, es agradable volverle a ver —dijo como si le tuviese muy sin cuidado—. ¿Cómo va la pierna?

—Ahora muy bien, señor.

—¿Nada de efectos permanentes?

—Duele un poco en tiempo húmedo, pero me han dicho que pasará dentro de algunos meses.

—Tiene suerte de conservar todavía dos piernas para caminar normalmente. Los balazos de «Magnum» pueden causar feos estropicios. ¿Qué tal por Alderney?

La madre inglesa de Chavasse vivía retirada en la más deliciosa de todas las islas del Canal y allí había pasado él la convalecencia, atendido muy eficazmente por ella. Se le ocurrió pensar ahora, con una sensación de asombro, que el día anterior estuvo merendando en las blancas arenas de la Telegraph Bay; pollo frío, ensalada y una botella de «Liebfraumilch», que se enfrió en la nevera y fue transportada envuelta en una toalla, estrictamente contra las normas, pero era el único modo de beber a gusto aquel vino alemán.

Suspiró:

—Estupendo, señor. Muy bien. Mallory abordó directamente el asunto:

—¿Vio el cadáver en St. Bede?

Chavasse asintió:

—¿Alguna idea de quién era?

Mallory tendió la mano, tomó una carpeta y la abrió.

—Un negro de las Antillas, llamado Harvey Preston, natural de Jamaica.

—¿Y cómo se las ingenió para descubrir esos datos?

—Sus huellas dactilares estaban registradas.

Chavasse alzó los hombros.

—Tenía los dedos hinchados como plátanos cuando le vi.

—Oh, pero los muchachos del laboratorio dominan una técnica especial para luchar con esta clase de problema. Seccionan una zona de piel y la reducen a su tamaño normal empleando determinadas sustancias químicas. Consiguen un ejemplar

razonablemente apto.

—Alguien se ha tomado un montón de molestias con el cadáver de un hombre desconocido y hecho unos zorros tras seis semanas de inmersión. ¿Por qué?

—En primer lugar, no sucedió exactamente así. Fue sacado del fondo, en la red de arrastre de un barco pesquero con base en Brixham, con unos treinta y cinco kilos aproximadamente de cadena enrollada alrededor.

—¿Asesinado, supongo?

—Muerto por ahogamiento.

Mallory tendió una fotografía por encima de la mesa.

—Éste es el muerto, tomada durante su proceso en el Bailey, en 1967.

—¿De qué estaba acusado?

—Del robo de cincuenta y dos mil libras, en un casino de juego en Birmingham. Por cierto, fue absuelto por falta de pruebas. Los testigos demostraron una pertinaz falta de memoria. La eterna historia.

—Debió de ejercerse una gran presión sobre ellos.

Mallory encendió uno de sus cigarrillos turcos y se reclinó en el sillón.

—Harvey Preston llegó a Inglaterra en 1938, cuando tenía veinte años, y se alistó en el Ejército durante la crisis de Munich. Su madre y su padre vinieron pocos meses después con su hermana más joven, y Preston los alojó en una casita en Brixton. Él estaba destacado en Aldershot, en una unidad de transporte, como conductor de camiones. Su madre dio a luz otro hijo, al que llamaron Darcy, al tercer día de la guerra, en setiembre de 1939. Una semana después, el regimiento de Harvey fue destinado a Francia. Durante la gran retirada, cuando los «Panzers» abrieron brecha en 1940, su unidad fue duramente atacada y Preston recibió dos balazos en la pierna derecha. Consiguió sobrevivir en Dunkerque y regresar a Inglaterra, pero quedó tan inválido a causa de las heridas, que fue licenciado con una pensión.

—¿Qué hizo entonces?

—Al principio, condujo una ambulancia, pero al poco tiempo padeció la clase de tragedia personal tan común durante la *blitzkrieg* sobre Londres. La casa en Brixton recibió un impacto directo durante una incursión aérea y el único superviviente fue su hermano. A partir de entonces, las cosas parece que adquirieron un cariz distinto.

—¿Qué hizo?

—Hay donde elegir. Mercado negro, prostitución. Terminada la guerra, dirigió varios casinos de juego ilegales y fue convirtiéndose en un personaje poderoso entre la gente del hampa. Se pasó al crimen organizado hacia 1959. La Policía estaba segura

de que él se hallaba tras una organización muy eficaz de atracadores, pero nunca pudo demostrar nada. Se produjeron varios atracos de nóminas de pagas y también estaba muy directamente implicado en el tráfico de drogas.

—Todo un personaje. ¿Qué sucedió después de que fuera absuelto? ¿Le deportaron?

Mallory meneó la cabeza.

—Llevaba demasiado tiempo de residencia para poder deportarlo. Pero el Yard le apretó las clavijas lo máximo que pudo. Perdió su licencia de juegos para empezar, lo cual le colocó fuera del negocio de casinos. Al parecer, le tenían tan acosado que apenas se atrevía a salir fuera de casa. Lo que buscaban era el dinero procedente del atraco al casino de Birmingham. Incluso aunque no pudiera ser procesado de nuevo, podían impedirle que dispusiera de aquel dinero.

—¿Estaba casado?

—No, soltero. Nada anormal, por cierto. Una muchacha distinta casi cada noche, por cuanto sabemos.

—¿Qué pasó con el hermano, el que sobrevivió al bombardeo?

—¿El joven Darcy? —Mallory exhibió algo similar a una mueca sonriente—. Ocurrió algo curioso. Harvey conservó al muchacho a su lado. Lo enviaba a St. Paul como alumno sempiterno. Debió de ser una vida extraordinaria para él. Durante el día tratándose con los hijos de lo mejor de la sociedad, y con los peores rufianes de Londres por la noche. Decidió estudiar leyes y hace tres años terminó la carrera de abogado. Se marchó a Jamaica después del proceso de Harvey.

—¿Y qué hizo Harvey?

Abandonó el país en avión hacia Roma hace dos meses. Le registraron minuciosamente en el aeropuerto de Londres, pero no le encontraron nada sospechoso. No les quedó más remedio que dejarle marchar.

—¿Y en Roma adónde fue?

—La Interpol lo tuvo vigilado hasta Nápoles donde se perdió su pista.

—Hasta que apareció dos meses después en el fondo de una red de pesca ante la costa inglesa. Misterioso. ¿Qué se supone que estaba haciendo?

—Creí que resultaba evidente —contestó Mallory encogiéndose de hombros—. Intentaba entrar ilegalmente en el país. Mientras la Policía no supiera que había regresado, él podría recuperar su dinero con toda facilidad y largarse por el mismo camino en que llegó, fuera el que fuese.

Chavasse estaba empezando a vislumbrar un poco de luz.

—¿Me sugiere que alguien le facilitó el paso del Canal?

—Algo así. Hay un montón de dinero en este negocio de pasajes nocturnos clandestinos desde que fue aprobada la ley de Inmigración de la Commonwealth. Los paquistaníes, hindúes, antillanos, australianos, cualquiera que no puede conseguir un visado por la vía normal. Hay mucho dinero en este tráfico.

—Recuerdo que el otro día se publicó un caso semejante en el periódico —comentó Chavasse—. La Armada detuvo una vieja lancha en las cercanías de Felixstowe y encontró a bordo treinta y dos paquistaníes. Cada uno había pagado 350 libras por el pasaje. Es un buen ingreso por una noche de trabajo para alguien.

—Aficionados —rebatía Mallory—. La mayoría de ellos no tienen la menor oportunidad. Son los profesionales los que obtienen todo el beneficio, la gente con organización. Existe una ruta especial que recorre todo el trayecto desde Nápoles. La Policía italiana realizó algunas comprobaciones y consiguieron un informe muy interesante acerca de un barco llamado *Anya*, que hace regularmente el recorrido Nápoles-Marsella bajo bandera panameña.

Chavasse alcanzó la carpeta-fichero, le dio la vuelta y fue contemplando las fotos que contenía. Había varias de Harven Preston, tomadas en el transcurso de los años, una en la escalinata del Tribunal Old Bailey después del juicio, con un brazo en torno a los hombros de su joven hermano. Chavasse hojeó los informes acumulados y alzó la vista.

—Todo eso es trabajo policial. ¿Dónde entramos nosotros?

—La Sección Especial de Scotland Yard nos ha pedido ayuda. Tienen la impresión de que este trabajo requiere el empleo de alguno de nuestros mejores artesanos.

—La última vez que pidieron ayuda me supuso pasar seis meses en tres de las peores cárceles de Inglaterra —comentó Chavasse—, aparte del hecho de que casi me destrozaron una pierna. ¿Por qué no pueden apechugar ellos con su propio trabajo sucio?

—Hemos elaborado unos antecedentes adecuados para usted —declaró Mallory impasiblemente—. Empleará su verdadero nombre, ya que no hay razón en contra. Ciudadano australiano de origen francés. Reclamado en Sidney por atraco a mano armada —empujó por encima de la mesa una carpeta—: Todo cuanto necesita está aquí, incluyendo un recorte de periódico confirmando sus antecedentes penales. Naturalmente, está dispuesto a pagar cualquier precio para entrar en Inglaterra. Eso es todo.

Como de costumbre, Chavasse sintió como si una gran ola le pasara por encima.

—¿Cuándo salgo?

—En el vuelo de las tres y media para Roma desde el aeropuerto de Londres.

Llegará con media hora de adelanto si se va ahora mismo. Encontrará una maleta esperándole fuera. La mandé traer. Fue una suerte que no tuviera tiempo de deshacerla. —Se levantó y le tendió la mano—: Le deseo la mejor de las suertes, Paul. Mantenga contacto del modo habitual.

Mallory volvió a sentarse, se ajustó las gafas y recogió la carpeta-archivo. Chavasse tomó la suya, dio media vuelta y salió. Iba riendo en silencio cuando cerró la puerta.

—¿Qué es lo que te divierte tanto? —indagó Jean Frazer.

Se inclinó sobre la mesa de ella y le hizo cosquillas bajo el mentón.

—La Sheila más linda a la que he puesto el ojo desde que abandoné Sidney —replicó él con un tonillo nasal muy australiano.

Jean le miró con fijeza y asombro.

—¿Estás chiflado?

Él cogió su maleta riendo:

—Debo de estarlo, Jean. Sin duda alguna debo estarlo —afirmó mientras salía del despacho.

3. LA MUCHACHA DE BOMBAY

La mujer era hindú y muy joven. No más de dieciséis años, le calculó Chavasse. Tenía una piel clara y unos ojos castaños, melancólicos, que destacaban de manera atractiva con su *sari* escarlata. Chavasse sólo la había visto una vez durante el viaje de dos días desde Nápoles, aunque daba por supuesto que se dirigían al mismo destino eventual.

Estaba apoyado contra la barandilla cuando ella apareció en cubierta. Saludó con la cabeza con leve indecisión y repicó con los nudillos en la puerta del camarote del capitán, que se abrió al cabo de unos instantes y apareció Skiros. Estaba desnudo hasta la cintura y necesitaba mucho un afeitado, pero sonrió de forma insinuante, ingeniándose así para parecer aún más repulsivo que de costumbre, y se apartó a un lado.

La muchacha titubeó unos instantes antes de entrar. Skiros miró hacia Chavasse,

le guiñó un ojo y cerró la puerta, lo cual no presagiaba nada muy bueno para Miss India. Chavasse se encogió de hombros. No era asunto de su incumbencia. Tenía otras cosas en que pensar. Encendió un cigarrillo y se dirigió hacia la popa del viejo buque de vapor.

Pavlo Skiros tenía una ascendencia indeterminada, nacido en Constantinopla cuarenta y siete años antes. Había algo de griego en él, un poco de turco y mucho de ruso, pero él representaba una desgracia para los tres países. Toda su vida había transcurrido en el mar y, sin embargo, su derecho al título de capitán era algo dudoso, por así decirlo. Pero poseía otras muchas cualidades más tenebrosas que convenían perfectamente a los propietarios del *Anya*.

Se sentó en el borde de la mesa de su pequeño y desordenado camarote y se rascó la axila izquierda, con pensamientos lascivos al mirar a la muchacha.

—¿En qué puedo serle útil? —preguntó en inglés.

—Mi dinero —contestó ella—. Usted me dijo que me lo devolvería cuando llegásemos a puerto.

—Todo a su debido tiempo, querida. Atracaremos dentro de media hora, pero tendrá usted que permanecer oculta hasta que la gente de Aduanas haya terminado.

—¿Habrá problemas? —preguntó la chica alarmada.

Él meneó la cabeza.

—Ninguno, se lo prometo. Está todo arreglado. Dentro de dos horas estará ya en el buen camino.

Se levantó y se acercó a la chica lo suficiente para que le oliese.

—No tiene nada por qué preocuparse. Me encargaré de todo personalmente.

El capitán puso una mano sobre el brazo de la chica y ésta retrocedió.

—Gracias, muchas gracias. Me voy a cambiar de ropa en seguida. Supongo que un sari no sería muy práctico de noche por los muelles de Marsella.

La muchacha abrió la puerta y se detuvo en el dintel, mirando hacia Chavasse.

—¿Quién es aquel hombre?

—Un pasajero. Un australiano.

—Ah, bien —ahora pareció titubear—: ¿Su caso es parecido al mío?

—No, en absoluto. —Skiros se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la

mano—. Ahora será mejor que vaya a su camarote y permanezca en él. Ya iré a buscarla más tarde, cuando todo esté tranquilo y en orden.

Ella volvió a sonreír, pareciendo más joven que nunca.

—Gracias. No tiene idea de lo que esto significa para mí.

La puerta se cerró tras ella. Skiros permaneció unos instantes mirándola sin verla; luego tomó una botella de whisky y un sucio vaso de hojalata que estaban sobre la mesa. Mientras bebía, pensó en la muchacha y lo que haría con ella cuando las cosas se hubieran resuelto y se hallasen a solas. La expresión de su cara no tenía nada de agradable.

Entraron en el puerto de Marsella con la marea del atardecer y ya era de noche cuando atracaron en el muelle. Chavasse había bajado a su camarote mucho antes y yacía en su litera, fumando y mirando el techo donde las desconchaduras de la pintura formaban una serie de interesantes figuras.

En realidad, todo el barco dejaba mucho que desear. Los alimentos apenas se podían comer, las mantas estaban sucias y el aspecto general de la tripulación, desde Skiros hasta el último marinero, bastante siniestro.

Empleando la información conseguida por la Policía italiana, Chavasse se había puesto en contacto con Skiros en un café de los muelles de Nápoles, sólo con enseñar un rollo de setecientas libras en billetes de a cinco que había despertado un codicioso brillo en los ojos del buen capitán. Chavasse no recurrió a los antecedentes delictivos que formaban parte de su historia. Había preferido permitir que Skiros lo descubriese por sí mismo. Simplemente, había adoptado la actitud de un australiano ansioso por entrar en la Vieja Patria al que le habían negado el visado, y Skiros se había tragado la historia. Por cien libras, Chavasse sería transportado a Marsella, donde desembarcaría ilegalmente y luego sería enviado a la gente que le haría atravesar el Canal con plena seguridad.

Una vez estuvo a bordo, dejó deliberadamente su billeteo en el camarote, sin el dinero, pero conteniendo, entre otras cosas, el recorte del *Sydney Morning Herald*, que publicaba la búsqueda policial de Paul Chavasse reclamado para ser interrogado en relación con una serie de asaltos a mano armada. Incluso publicaba una foto para mayor autenticidad, y, con toda seguridad, se tragarón el cebo, puesto que el camarote había sido registrado. Chavasse tenía experiencia en descubrir cosas similares.

Le sorprendía que hubiese llegado tan lejos sin que hicieran ningún intento de despojarle de su dinero y arrojarle a él por encima de la borda, ya que Skiros tenía todo el aspecto de hombre que hubiera vendido alegremente a su propia hermana en el

mercado en condiciones razonables.

Chavasse había dormido con la puerta del camarote muy bien atrancada y su «Smith-Wesson» a mano bajo la almohada. Ahora tomó el arma, para comprobar cuidadosamente el cargador y el seguro. Mientras volvía a colocarla en la funda especial que encajaba ajustadamente en el hueco sobre su cadera, llamaron a la puerta, y Melos, el chipriota primer piloto, de ojos verdosos, asomó la cabeza.

—El capitán Skiros está esperándole.

—Estupendo, hombre. —Chavasse recogió su gabardina negra y alargó la mano hacia su maleta—. Estoy deseando hallarme ya en carretera lisa y abierta.

Fuera llovía, y siguió a Melos a lo largo de la resbaladiza cubierta hasta el camarote del capitán. Skiros estaba sentado tras su mesa devorando su pitanza nocturna cuando entraron.

—Como puede ver, hemos llegado sanos y salvos, señor Chavasse.

—Así parece, capi —replicó Chavasse alegremente—. Repasemos las cuentas. Le di cincuenta «machacantes» en Nápoles. Así pues, le debo otros cincuenta.

Sacó el rollo de billetes de a cinco y contó diez sobre la mesa. Skiros los tomó.

—Resulta estupendo hacer negocios con usted —comentó.

—¿Dónde debo ir ahora? —indagó Chavasse.

—No hay vigilante en este muelle. Nadie le detendrá cuando atraviese la salida. Suba al tren expreso de las 9,30 con destino París. Espere junto al quiosco de librería del andén número cinco; allí se le acercará un hombre que le preguntará si es usted su primo Charles procedente de Marsella. A partir de entonces, todo le será solucionado.

—Entonces todo va bien. —Chavasse siguió con su aparente campechanía mientras se ponía la trinchera y recogía su maleta—. ¿No había una muchacha hindú a bordo?

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Skiros, borrándosele la sonrisa.

—Nada de particular. Sólo pensé que quizás ella pudiera estar en el mismo apuro que yo.

—Pues se equivocó. —Skiros se puso en pie, se acarició el bigote y tendió la mano—. En su lugar no me retrasaría. Tiene el tiempo justo para coger el tren.

Chavasse dedicó una sonrisa a los dos marinos.

—No puedo permitirme ninguna falta de puntualidad, ¿verdad? Sería realmente como echar arena en los engranajes.

Salió bajo la lluvia, avanzando por la cubierta y bajó la pasarela. Al pisar el

muelle, se detuvo un instante bajo la farola y luego avanzó en la oscuridad.

Melos comentó en el camarote:

—Lleva un montón de dinero en aquel rollo.

Skiros asintió.

—Ve a por él. Llévate contigo a Andrew. Supongo que bastará con ustedes dos.

—¿Y si forma follón?

—No puede. Está ilegalmente en este país y la Policía de Sidney le reclama por atraco. Emplea alguna vez lo que tengas de inteligencia, Melos.

Melos abandonó el camarote. Skiros continuó con su cena, masticando ruidosa y meticulosamente cada bocado. Cuando terminó, se escanció una generosa dosis de whisky que fue bebiendo lentamente.

Cuando salió, la lluvia caía con más intensidad, formando una cortina plateada ante las luces amarillentas de la parte de popa. Avanzó por cubierta hasta el camarote de la muchacha, tocó en la puerta y entró.

Ella se volvió dando la espalda a la litera para mirarle, pareciendo muy distinta vestida con un jersey azul y una falda gris plisada. Había algo semejante a alarma en su cara, pero hizo un visible esfuerzo y sonrió.

—¿Es ya la hora, capitán Skiros?

—Sin duda alguna, ya lo es —dijo Skiros, moviéndose con asombrosa rapidez.

Ahora la empujó contra la litera y se abatió encima de ella con una mano sobre la boca para sofocar cualquier grito.

Melos y el marinero de cubierta, Andrew, se apresuraron a lo largo del muelle y se detuvieron junto a las verjas abiertas de salida para escuchar. No oían nada y Melos frunció las cejas.

—¿Dónde se habrá metido?

Dio un paso ansioso hacia delante y Chavasse surgió de las sombras, le hizo dar media vuelta y levantó una rodilla con la que le golpeó en la entrepierna. Melos cayó retorciéndose sobre los húmedos adoquines y Chavasse interpelló sonriente a Andrew:

—¿Qué haces ahí parado?

Andrew se abalanzó velozmente, con un cuchillo en la mano derecha que brilló bajo la lluvia. Chavasse le golpeó los tobillos expertamente, haciéndole perder el

equilibrio, y cayó de bruces. Intentó incorporarse y Chavasse le asió la muñeca derecha, le retorció el brazo a un lado y arriba, en una dirección totalmente desacostumbrada. Andrew chilló al romperse un músculo de su hombro y ahora Chavasse lo lanzó de cabeza contra las rejas de la verja.

Melos había conseguido ponerse de pie, pero se tambaleaba muy mareado. Chavasse pasó por encima de Andrew, inconsciente, y aferró por la camisa al primer piloto.

—¿De verdad me iban a estar esperando en el quiosco-librería del andén parisino?

Melos sacudió la cabeza en gesto negativo.

—¿Y la muchacha hindú? ¿Qué se trae entre manos Skiros?

Melos no contestó. Chavasse le asestó un empujón, dio media vuelta y corrió hacia el barco.

Los dientes de la muchacha se cerraron en el canto de la mano del capitán mordiéndole con fuerza hasta el hueso. Skiros lanzó un gruñido dolorido y la abofeteó con la otra mano.

— ¡Maldita sea, te voy a domar! —masculló—. Te arrastrarás ante mí apenas te sacuda como es debido.

Mientras avanzaba, con la cara contorsionada, la puerta saltó al abrirse y entró Chavasse. Empuñaba con negligencia la «Smith-Wesson» en una mano, pero los ojos refulgían muy negros en su cara, que mostraba un gesto diabólico. Skiros dio media vuelta y Chavasse movió lentamente la cabeza.

—Eres realmente un bastardo, ¿te das cuenta, Skiros?

Skiros avanzó un paso y Chavasse le golpeó la cara con la culata de la automática. Skiros cayó de espaldas sobre la litera, con la cara ensangrentada, y, mientras, la muchacha corrió hacia Chavasse, que la tomó por los hombros.

—No me lo diga, déjeme adivinarlo. Está intentando entrar en Inglaterra, pero no le conceden el visado.

—Así es —repuso ella asombrada.

—Entonces estamos en el mismo bote. ¿Cuánto le cobró?

—Se quedó con todo mi dinero en Nápoles. Más de cuatrocientas libras. Dijo que así evitaría que me las robasen.

—¿Eso dijo, eh? —Chavasse aferró por la camisa a Skiros, le puso en pie y le empujó hacia la puerta, mientras le decía a la muchacha—: Recoja su maleta y espéreme junto a la plataforma de la pasarela. El buen capitán y yo tenemos que discutir varias cosas.

Cuando empujó a Skiros a través de la puerta del camarote de éste, el marino se volvió furioso, con la cara cubierta de sangre.

—No se saldrá con la suya.

Chavasse le golpeó de nuevo con la culata en la cara, derribándole al suelo. Se acuclilló a su lado y le dijo afablemente:

—Dame el dinero de la muchacha. Tengo prisa.

Skiros sacó una llave del bolsillo del pantalón, y, arrastrándose, llegó a una pequeña caja fuerte junto a su litera y la abrió. Sacó un fajo de billetes y los empujó por el suelo hacia Chavasse.

—No seas tacaño, hombre.

Chavasse le apartó a un lado, hurgó en el interior de la caja fuerte y sacó una cajita negra de metal. La abrió, la puso boca abajo y tres mazos de billetes cayeron al suelo. Se los guardó en el bolsillo y sonrió.

—Que esto te sirva de lección, Skiros, para que no vuelvas a ser tan abusador. —Le golpeó suavemente en la frente con el cañón de la «Smith-Wesson—. Y ahora dame la dirección, la verdadera dirección, donde podamos tomar un barco para atravesar el Canal.

—En Sainte Denise, en la costa bretona cerca del golfo de Saint Malo —graznó Skiros—. La ciudad más próxima es Saint-Brieuc. Hay allí una posada llamada «El Corredor». Pregunte por Jacaud.

—Si me estás mintiendo, volveré a por ti —le amenazó Chavasse.

Skiros escasamente pudo farfullar:

—Es la verdad y puede hacer lo que se le antoje. Ya me tomaré algún día el desquite.

Chavasse lo despidió con un fuerte empujón contra el tabique, se incorporó y salió. La muchacha estaba esperándole ansiosamente junto a la subida de la pasarela. Se cubría la cabeza con un pañuelo y vestía un impermeable de plástico.

—Empezaba a sentirme preocupada —declaró con voz suave y levemente cantarina.

—No era necesario. —Chavasse le tendió el fajo de billetes—. Creo que son suyos.

Ella alzó la vista mirándole intrigada.

—¿Quién es usted?

—Un amigo —contestó él amablemente, y luego tomó la maleta de la chica—: Ahora pongámonos en marcha. Creo que será más saludable viajar en tren.

La cogió del brazo y bajaron juntos por la pasarela.

4. TREN NOCTURNO A BREST

Tomaron el expreso nocturno con destino a Brest diez minutos antes de que saliera. No estaba muy ocupado. Chavasse logró encontrar un compartimiento vacío de segunda clase en la parte trasera, dejó instalada en él a la muchacha y corrió hacia la cantina de la estación. Regresó con un envase de café, bocadillos y media docena de naranjas.

La muchacha bebió con deleite un poco de café, pero negó con la cabeza cuando él le ofreció un bocadillo.

No podría comer ni un cacahuete.

—Va a ser una noche muy larga —declaró Chavasse—. Le guardaré algo para más tarde.

El tren empezó a ponerse en marcha. La chica se levantó y salió al pasillo para contemplar las luces de Marsella. Cuando al fin regresó al compartimiento, gran parte de la tensión parecía haber abandonado su rostro.

—¿Se siente mejor ahora? —le preguntó él.

—Antes creía que algo saldría mal, y que el capitán Skiros aparecería otra vez.

—Un mal sueño. Ya puede olvidarlo.

—Mi vida parece haber consistido en malos sueños durante algún tiempo.

—¿Por qué no me cuenta sus problemas?

Ella parecía sumamente tímida, y cuando se decidió a hablar, lo hizo con titubeos al principio. Se llamaba Famia Nadeem, y él se había equivocado con respecto a su edad: Tenía diecinueve años. Había nacido en Bombay; su madre murió de parto, y su padre había emigrado a Inglaterra dejándola al cuidado de su abuela. Las cosas le habían ido bien, ya que ahora era propietario de un próspero restaurante hindú en

Manchester y le había mandado dinero para que ella fuera a reunirse con él tres meses antes de la muerte de su abuela.

Pero surgieron obstáculos de un tipo que Chavasse conocía de sobra. A tenor de las cláusulas del Acta de Inmigración, tan sólo los descendientes legítimos de ciudadanos de la Commonwealth con residencia adquirida en Inglaterra podían ser admitidos sin contrato de trabajo. En el caso de Famia, existía el obstáculo de carecer de un certificado legal de nacimiento que demostrase concluyentemente su identidad. Por desgracia, había habido gran número de falsas reivindicaciones y las autoridades se atenían ahora rigurosamente a la letra de la ley. Si no había pruebas concluyentes de la relación familiar alegada, no se concedía visado de entrada, y Famia había sido devuelta a la India en el siguiente vuelo.

Pero su padre no había renunciado. Le envió más dinero y detalles acerca de una organización clandestina que estaba especializada en ayudar a personas en su situación. Ella era sumamente cándida, y Chavasse no encontró la menor dificultad en sonsacarle la información que requería, empezando por la empresa de exportación en Bombay donde inició el viaje, pasando a través de El Cairo y Beirut y culminando en Nápoles con los agentes que controlaban el *Anyra*.

—Pero, ¿por qué le dio a Skiros todo su dinero? —quiso saber él.

—Me dijo que estaría más seguro. Que podía haber alguien que intentara robarme.

—¿Y usted le creyó?

—Parecía bondadoso.

Ella se apoyaba en el respaldo del asiento, con la cabeza ladeada para mirar a través de los cristales la oscuridad exterior. La chica era bonita, demasiado para su bien, pensó Chavasse. Una encantadora jovencita vulnerable, viajando sola en un mundo de pesadilla.

La muchacha volvió la cabeza y, al ver que la observaba, se sonrió levemente.

—¿Y a usted, señor Chavasse? ¿Qué le sucede?

Él expuso su historia prefabricada de antecedentes, eliminando la parte delictiva. Era un artista de Sidney, que deseaba pasar unos meses en Inglaterra, donde intentaba obtener trabajo allí, pero había una larguísima lista de espera para obtener permisos de trabajo. No estaba dispuesto a unirse a la interminable cola.

La chica aceptó su relato por completo y sin ninguna clase de pregunta, lo cual revelaba su ingenuidad, ya que la historia contenía un buen número de lagunas. Ella se reclinó de nuevo en el asiento y gradualmente fue cerrando los ojos. Chavasse tomó su trinchera para cubrirla. Estaba empezando a sentir una especie de sentido de responsabilidad, lo cual era totalmente absurdo. Ella no significaba nada para él, nada

en absoluto. En cualquier caso, con cualquier clase de suerte, las cosas transcurrirían tranquilamente hasta que llegasen a Sainte Denise.

Pero ¿qué sucedería cuando llegasen a la costa inglesa y Mallory actuara de acuerdo con sus informes? La devolverían definitivamente a Bombay. Ya no le permitirían nunca entrar en el país tras el intento de entrada ilegal. La vida podía realmente resultar difícil a veces. Chavasse suspiró, cruzó los brazos y trató de dormir un poco.

Llegaron a Saint Brieuç poco antes de las cinco de la madrugada. La muchacha había dormido tranquilamente toda la noche y Chavasse la despertó poco antes de que llegasen. La muchacha desapareció por el pasillo, y cuando regresó, su cabello aparecía pulcramente peinado.

—¿Hay agua caliente? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza, a la vez que declaraba:

—Prefiero agua fría por la mañana. Despeja mucho.

Chavasse se pasó la mano por su hirsuta barba y meneó la cabeza.

—No me agrada despellejarme vivo. Me afeitareé después.

El tren llegó a la estación de Saint Brieuç cinco minutos después. Fueron los únicos pasajeros que se apearon. El tiempo era frío y desolado por este ambiente peculiar de las estaciones de ferrocarril en las horas de la madrugada en todo el mundo. Era como si todas las personas se hubiesen ausentado para siempre.

El empleado que recogía los billetes, bien protegido contra el frío aire de la madrugada con un grueso abrigo y una bufanda, parecía ya a punto de jubilarse. Era la clase de hombre ya indiferente a todo, incluso a la propia vida, y la palidez de su cara, junto con su constante y persistente tos, era un mal augurio. Contestó a Chavasse con una especie de helada cortesía como si su atención estuviera en otra parte.

¿Sainte Denise? Sí, había un autobús hasta Dinard, que les dejaría a menos de dos kilómetros de Sainte Denise. Salía a las nueve de la mañana de la plaza. Encontrarían un café que abría pronto para atender al personal de los puestos del mercado. El dueño, Monsieur Pinaud, trabajaba desde hora muy temprana. Y el ferroviario, una vez dada su información, volvió a sumirse en su propio mundo desanimado. Los dos pasajeros salieron de la estación.

La lluvia resonaba en la plaza cuando bajaron las escaleras y la atravesaron hasta las iluminadas ventanas del café. Dentro hacía calor y no había clientes. Chavasse dejó a la muchacha en una mesa junto a la ventana y se dirigió al mostrador revestido de cinc.

Un hombre de mediana edad, con calvicie prematura, camisa a rayas y delantal blanco, presumiblemente el señor Pinaud al que se refirió el ferroviario, estaba leyendo un periódico. Lo dejó a un lado y sonrió.

—¿Acaban de bajar del tren?

—Así es. —Chavasse pidió café y bollos—. Me han dicho que sale un autobús para Dinard a las nueve. ¿Es el primero que sale?

Pinaud asintió mientras servía el café.

—¿Quiere ir a Dinard?

—No. A Sainte Denise.

La cafetera pareció detenerse a media altura y el hombre mostró un brillo cauteloso en su mirada.

—¿Sainte Denise? ¿Quieren ir allí?

Su reacción era muy interesante, y Chavasse sonrió amablemente.

Así es. Mi amiguita y yo vamos a pasar allí unos días de vacaciones. Hice las gestiones necesarias para alojarnos en una posada llamada «El Corredor», de un señor llamado Jacaud. ¿Le conoce?

—Puede que sí, señor. Por aquí viene mucha gente. —Empujó el café y los bollos sobre el mostrador—. Treinta y cinco francos, por favor.

Chavasse llevó las dos tazas y el plato de bollos a la mesa. Mientras se sentaba, vio a Pinaud frotando con sumo cuidado la porción de mostrador ante él, para dirigirse muy pronto hacia una puerta que claramente conducía a la parte trasera, por donde desapareció.

—Es sólo cosa de un minuto —le dijo Chavasse a la muchacha.

En seguida se acercó a la puerta y la abrió. Se encontró en un desierto pasillo de losas. Un rótulo al fondo señalaba el retrete y lavabo. No había rastro de Pinaud. Chavasse avanzó con cautela y se detuvo. Una puerta a su derecha estaba levemente entreabierta. Al parecer, Pinaud estaba telefoneando. Lo interesante es que hablaba en bretón, lengua que Chavasse, cuyo abuelo paterno todavía presidía la granja familiar cerca de Vaux a pesar de sus ochenta años, hablaba a la perfección.

—Oye, Jacaud. Los dos paquetes que estaban esperando han llegado. La muchacha encaja perfectamente con la descripción, pero el hombre me preocupa.

Habla francés como si lo fuese, o como lo haría un francés, no sé si me entiendes. Sí... De acuerdo. Están esperando el autobús de las nueve.

Chavasse regresó con sigilo al local. Famia estaba ya saboreando el segundo bollo.

—De prisa. Se le enfriará el café.

—No importa. Voy a ir a la estación para comprobar de nuevo lo del autobús. No tardaré en regresar.

Salió al exterior sin darle oportunidad de replicar y se apresuró bajo la lluvia hacia la estación. Continuaba desierta y encontró rápidamente lo que estaba buscando. Una serie de cajones metálicos, cada uno con su llave, donde podían dejarse cosas de poco volumen. Sacó el billetero y también el dinero que le había quitado a Skiros, que ascendía a mil doscientos dólares americanos y un millar de libras esterlinas. Lo empujó todo muy al fondo del pequeño armario, que cerró rápidamente, y ocultó el llavín dentro de la plantilla de su zapato derecho.

Famia tenía aspecto ansioso cuando regresó al café. Le palmeó la mano en gesto tranquilizador y se acercó al mostrador.

—Me preguntaba dónde estaba usted —comentó Pinaud.

Chavasse se encogió de hombros.

—Creí que podría haber un tren local o algo con ruedas. Es demasiado tiempo el que hay que esperar aquí.

—No se preocupe por eso. —Pinaud le dedicó una amplia sonrisa—. Siéntese usted tranquilamente y tómese otro café. Muchos granjeros y gente de mercado entran y salen del pueblo a esta hora de la mañana. Yo le conseguiré un medio de transporte hasta Sainte Denise. Seguramente alguien irá en esa dirección.

—Muy amable por su parte. ¿Tal vez acepte que le invite a tomar un coñac? Hace una mañana bastante fría.

—Una excelente idea. —Pinaud alcanzó una botella y llenó rápidamente un par de copas—. A su salud, señor —y alzó la copa sonriente.

Chavasse le devolvió la sonrisa.

—A la suya.

El coñac le abrasó la garganta y el estómago. Recogió su café y regresó a la mesa en espera de los acontecimientos.

Los clientes entraban y salían del bar, principalmente descargadores del cercano

mercado. Chavasse pidió otro café para la muchacha y siguió a la expectativa. Tal vez habría transcurrido media hora cuando un viejo camión apareció por la esquina de una estrecha calle al otro lado de la plaza.

Lo contempló perezosamente mientras se aproximaba y observó que un «Renault» surgía de la misma calle y se detenía junto a la acera. El camión avanzó hasta pararse a un par de metros de la ventana del café. Jacaud se apeó.

La muchacha reaccionó en el acto.

—Ese hombre... ¡Qué cara más horrible tiene! Parece tan... tan malévolos...

—Algunas veces las apariencias pueden engañar —comentó Chavasse.

Jacaud se detuvo al atravesar el umbral y echó una mirada casual por la sala como si buscara a un amigo antes de dirigirse hacia el mostrador, aunque Chavasse estaba seguro de que ya les había localizado. Compró un paquete de cigarrillos y Pinaud le dijo algo. Miró por encima del hombro hacia Chavasse y la muchacha y volvió de nuevo la cabeza hacia las estanterías. Pinaud le sirvió un coñac y luego salió del mostrador, para aproximarse a la mesa de Chavasse.

—Tiene suerte, señor —le dijo a Chavasse—. Aquel hombre se dirige a Sainte Denise. Está de acuerdo en llevarles.

Chavasse se volvió hacia la muchacha y le dijo en inglés:

—Nuestro amigo de cara tan agradable nos ofrece el transporte. ¿Debemos aceptar?

—¿Existe alguna razón por la cual no podamos hacerlo?

Él sonrió meneando la cabeza.

—Decididamente, es usted muy valiente, pero fuera de época. De todos modos, a caballo regalado no le mires el dentado.

Jacaud se bebió su coñac y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo y miró a Chavasse, con rostro inexpresivo.

—Tengo entendido que se dirigen a Sainte Denise. Yo voy allí. Acepto el llevarles en mi camión.

—Estupendo —dijo Chavasse radiante—. Dentro de un instante estaremos con usted.

Jacaud asintió con gesto seco, y le dijo en bretón a Pinaud:

—Ya te llamaré para nuevos preparativos.

Salió, y ya estaba tras el volante cuando Chavasse y la muchacha llegaron. Había sitio para un pasajero. La muchacha ocupó el único asiento disponible, y Chavasse

colocó las maletas atrás y trepó por encima del portalón de la parte trasera. El camión arrancó de inmediato, traqueteando sobre los adoquines, pasando al lado del «Renault» aparcado. Chavasse tuvo una rápida visión del conductor, un fogonazo de cabello muy claro, casi blanco; y luego el «Renault» se apartó de la acera y siguió al camión, lo cual resultaba interesante.

Chavasse palpó la culata de la «Smith-Wesson», en su funda contra la axila, y, acomodándose mejor, esperó a ver lo que iba a suceder durante el viaje hasta Sainte Denise.

Al cabo de unos cuantos minutos habían abandonado el pueblo y avanzaban por una estrecha carretera en el campo. La fuerte lluvia y una leve bruma a ras de suelo reducían considerablemente la visibilidad, pero echó un ocasional vistazo al mar, a lo lejos, más allá de un bosquecillo de pinos.

El «Renault» les seguía tan de cerca que pudo distinguir claramente al conductor, un tipo pálido de hermoso rostro y peculiar cabello blanquecino, que tenía aspecto ascético. Llegaron a un cruce de carreteras, en un lugar donde los pinos parecían apretujarse a cada lado. El camión continuó recto hacia delante, el «Renault» giró a la izquierda y desapareció. Chavasse frunció el ceño. Curioso, más que curioso, tal como diría *Alicia en el País de las Maravillas*.

El camión giró al penetrar en una estrecha senda arenosa a la izquierda y avanzó por entre los pinos hacia el mar. Poco después, el motor carraspeó un par de veces, falló y se detuvo por completo. El camión rodó hasta pararse, se abrió la portezuela, y Jacaud apareció rodeando la parte trasera.

—¿Problemas? —indagó Chavasse.

—Me quedé sin combustible —dijo Jacaud—. Pero no importa. Siempre llevo suministro de repuesto. Al fondo, debajo de aquella banqueta.

Chavasse encontró un viejo envase del Ejército británico que parecía haber estado en uso desde los tiempos de Dunkerque. Estaba lleno, lo cual hacía incómodo manejarlo en tan estrecho espacio, por lo que tuvo que emplear ambas manos, lo que evidentemente era con lo que había contado Jacaud. Mientras Chavasse levantaba el envase por encima del portalón trasero del vehículo, con visibles gestos de dificultad, la mano del hombretón apareció desde atrás de su espalda y la palanca que empuñaba se abatió como un latigazo.

Sólo que Chavasse ya no estaba en el mismo sitio. Se inclinó a un lado, sujetando fácilmente el envase con ambas manos, y la palanca rozó el borde metálico del portalón. Jacaud ya retrocedía, tratando de alejarse de la zona peligrosa, pues el sexto

sentido que le había mantenido vivo durante sus cuarenta y tres años de vida le advertía que había cometido un error muy grave, pero ya era demasiado tarde. El envase metálico lleno de combustible chocó contra su pecho y cayó de espaldas. Se revolvió para intentar levantarse, pero Chavasse saltó sobre sus espaldas.

El brazo que se apretaba en torno al cuello de Jacaud era como un dogal de acero, privándole tan eficazmente de poder respirar que sintió de inmediato síntomas de asfixia.

Chavasse no tuvo plena conciencia de lo que sucedió después. Escuchó que Famia gritaba su nombre, y en el mismo instante la luz pareció desaparecer para él. No sintió dolor en absoluto. Un golpe en la nuca asestado por un experto; no perdió el conocimiento por completo y en seguida recuperó la visión.

Miró hacia arriba a la cara de un impassible anacoreta, enjuto y obseso por el ascetismo. Bajo el flequillo de cabello pajizo, los claros ojos azules carecían de expresión. No había en ellos afecto, ni tampoco crueldad. Estaba acuclillado junto a Chavasse en una especie de meditación, sujetando con ambas manos una exquisita Madonna de marfil.

Chavasse se daba cuenta de la presión de la «Smith-Wesson» en su funda, en su costado. Famia Nadeem permanecía junto al camión, con las manos juntas y el terror reflejado en su rostro, y a su lado se hallaba Jacaud. Chavasse decidió seguir aparentando sentirse mareado durante un par de minutos. Volvió a mirar con expresión ausente a Rossiter y se pasó la mano por la frente.

El inglés le asestó una bofetada.

—¿Puede oírme, Chavasse?

Chavasse luchó hasta poder apoyarse sobre un codo y Rossiter mostró una breve sonrisa.

—Empezaba a creer que le había golpeado con más fuerza de la deseada.

—Bastante fuerte —declaró Chavasse, sentándose y frotándose la nuca con la mano—. Supongo que Skiros le telefonaría, ¿no?

—Naturalmente. Me comunicó que tiene usted en su poder una elevada suma de dinero que pertenece a la organización para la cual trabajo. ¿Dónde lo ha escondido?

—En un sitio seguro en Saint Brieu. Decidí que representaría lo que un jugador de póquer podría calificar de un as en la manga. Por cierto, ¿quién es usted? Seguro que no es Jacaud.

—A Jacaud ya le conoce. Me llamo Rossiter.

—¿Y él y Skiros trabajan para usted?

—Más o menos, así es.

—Entonces permítame decirle que mi opinión es desfavorable por el modo en que su organización trata a los clientes que pagan al contado. Cuando llegué a Marsella, Skiros me indicó una dirección falsa y me hizo seguir por un par de matones para robarme. Cuando regresé al barco para aclarar las cosas, él hacía todo cuanto podía para intentar violar a la muchacha. Por añadidura, le había quitado más de cuatrocientas libras. No sé hasta qué punto trabaja satisfactoriamente para usted, pero estoy convencido de que su cuenta corriente particular debe ser algo sorprendente.

Rossiter parecía no escucharle. Se había vuelto hacia Famia Nadeem, con el entrecejo fruncido. Cuando avanzó hacia ella, Famia bajó la mirada. Rossiter le puso una mano bajo el mentón y la obligó a alzar la cabeza.

—¿Está diciendo la verdad?

Por extraño que pueda parecer, todo el miedo que sentía dio la impresión de desaparecer. Le miró tranquila y asintió. Rossiter dio una brusca media vuelta y regresó junto a Chavasse. Sus ojos eran como un bloque de hielo y había una expresión de extrema desolación en su cara.

—¡Qué mundo! —murmuró—. Vaya mundo más asqueroso y puerco. —Aspiró hondo, algo le incitó a recobrarse y ordenó—: ¡En pie!

Chavasse hizo lo que le ordenaba, a la vez que sacaba la «Smith-Wesson». Jacaud lanzó una especie de grito colérico, pero Rossiter agitó la mano izquierda imponiéndole silencio. Permaneció erguido, con los pies levemente separados, lanzando la Madonna de marfil al aire y recogiénola de nuevo con la mano derecha.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, nada —contestó Chavasse—. Tan sólo quiero llegar entero a Londres y perderme en el olvido.

—Es bastante lógico y comprensible. —Rossiter sonrió casi con humanidad—. Diez años en una cárcel australiana no son una perspectiva muy grata. Según tengo entendido, por allí siguen todavía aplicando un régimen penitenciario basado en normas más bien anticuadas.

Chavasse consiguió aparentar el gesto de asombro adecuado.

—¿Hay algo que usted no sepa?

—Por lo que se refiere a mis clientes, no. Chavasse suspiró y enfundó su «Smith-Wesson».

—Durante los últimos meses tuve que soportar un montón de problemas, Rossiter. No quiero más. Simplemente, lléveme hasta Inglaterra; es todo cuanto pido. Pagaré lo que sea necesario. El tropiezo en Marsella fue todo obra de Skiros, se lo

aseguro.

Rossiter deslizó la Madonna en su bolsillo derecho.

—¿El dinero? ¿Dónde está?

Chavasse se lo dijo. A la vez, se quitó el zapato derecho y tendió el llavín, que Rossiter inmediatamente lanzó a Jacaud.

—Te esperamos aquí. Puedes emplear el «Renault».

Jacaud se alejó por entre los pinos sin pronunciar ni palabra y Chavasse encendió un cigarrillo. Hasta entonces todo iba saliendo de acuerdo con sus planes. Miró a través de los pinos hacia el mar y sonrió.

—Hermosa comarca. Estaba esperando con impaciencia este trecho del viaje. Sepa que mi padre nació en Bretaña.

—Me preguntaba sobre lo bien que habla el francés —dijo Rossiter—. Es realmente perfecto.

—Mi madre era inglesa, naturalmente, pero siempre hablábamos el francés en casa desde que puedo recordar. Mi viejo así lo quería.

Rossiter asintió; sacó del bolsillo de su chaqueta una delgada pitillera de piel, de la cual seleccionó un cigarro filipino que encendió despacio.

—Dígame algo sobre la muchacha.

La chica estaba sentada en el asiento del camión, mirándoles. Chavasse le dedicó una sonrisa mientras decía:

—Únicamente sé lo que me ha contado.

Relató en pocas palabras la historia de Famia, y cuando terminó de hablar, Rossiter asintió e hizo un breve comentario:

—Es muy joven para haber pasado tantas penalidades.

Lo dijo como si verdaderamente sintiera verdadera compasión y se dirigió hacia ella. Chavasse se sentó en un tronco caído y vigiló a la pareja. Rossiter estaba hablando y la muchacha contestaba. De repente, la chica sonrió y poco después reía a carcajadas. Y Rossiter reía con ella. Esto era lo más extraño del asunto, y durante un breve momento el hombre pareció ser una persona enteramente distinta. Curioso y más que curioso...

Por el momento, Chavasse renunció a reflexionar sobre aquella incidencia y caminó hasta el borde del claro, aspirando el aroma de los pinos húmedos, el agradable aire salobre del mar, el olor que siempre le traía a la memoria el recuerdo de la Bretaña de su adolescencia, estuviera donde estuviese. Hubiera sido agradable acudir a

sorprender a su abuelo en Vaux. Al viejo le hubiese encantado. Una visita inesperada de su inteligente y medio inglés nieto, que daba lecciones en una universidad cuyo nombre nunca podía recordar. Quizás excesivamente ilustrado con su doctorado en idiomas modernos, pero, al fin y al cabo, un legítimo Chavasse.

Chavasse estuvo un rato mirando a través de los pinos hacia el mar rememorando una adolescencia de hacía ya mil años y todos los maravillosos ensueños que implicaba. Y ahora había regresado a Bretaña, pero no podía ir a Vaux...

Se oyó un claxon a través de los árboles cuando Jacaud volvió. Suspirando, Chavasse regresó al presente mientras le llamaba Rossiter.

5. EL «CORREDOR»

Sainte Denise se componía de unas treinta casuchas de piedra entre los pinos que bordeaban una caleta en forma de herradura que era un puerto natural. Había un desembarcadero construido con postes y tablas de madera, donde se veía amarrada una vieja lancha de unos diez metros de eslora, con aspecto de haber visto días mejores. La marea estaba bajando y cuatro barcas de pesca salían a la mar en fila india. Un barco similar estaba varado en la playa y dos hombres calafateaban su casco.

Chavasse fue observándolo todo mientras el camión abandonaba el bosquecillo de pinos y penetraba en la estrecha carretera que era la Calle Mayor del pueblo. La única señal de vida era un perro abandonado, sentado tristemente bajo la lluvia junto a la puerta de una casa.

El camión dejó atrás el pueblo, casi ahogándose el motor, cuando Jacaud cambió de marcha dos veces seguidas para escalar la abrupta cuesta. La posada «El Corredor» estaba en la cima. Una casa de piedra de dos plantas, construida tras unas altas tapias. Jacaud giró para entrar en un pasadizo abovedado y detuvo el camión en el patio interior de losas. Chavasse se apeó y echó un vistazo interesado a su alrededor. Todo el lugar tenía una extraña apariencia de abandono y necesitaba urgentemente una capa de pintura. Un postigo batía de un lado a otro ante el embate del viento y, cuando alzó la mirada, una cortina se movió ligeramente en una ventana como si hubiese sido apartada por alguien que estuviera vigilando.

El «Renault» entró en el patio y se detuvo justamente detrás del camión. Fania se apeó y permaneció esperando con aspecto vacilante. Rossiter dio la vuelta por el otro lado, recogió la maleta de la chica y la tomó por el codo. La muchacha tenía aspecto de cansancio, como si estuviese a punto de desplomarse en cualquier momento. El

hombre se inclinó sobre ella solícitamente, murmuró algo y la llevó adentro.

Chavasse se volvió hacia Jacaud:

—¿Qué pasa conmigo?

—Si por mí fuera, podría dormir en la cuadra.

—¡Cuidado! —le advirtió Chavasse—. Procure hablar como una persona civilizada. Por lo menos, inténtelo.

Jacaud pasó al interior sin decir palabra, y Chavasse recogió su maleta y le siguió. Se detuvo para echar un vistazo al rótulo pintado sobre la puerta. Era evidente su antigüedad y mostraba a un hombre corriendo, al parecer, una especie de fugitivo, con una manada de sabuesos tras sus talones. Realmente, un agradable cuadro, con el terror reflejado en los ojos del pobre desventurado para toda la eternidad.

Dentro se halló en una amplia estancia con un techo bajo abovedado y un suelo de losas. Había varias sillas y mesas dispersas por la habitación, una gran chimenea en la cual ardía un fuego, y un bar con mostrador con piedra de mármol.

Jacaud había pasado tras el mostrador y estaba sirviéndose una generosa ración de coñac. Tapó la botella con el puño, y Chavasse dejó caer su maleta.

—No me vendrá mal un trago.

—¡Y un cuerno! Veamos primero el color de su dinero.

—Rossiter se quedó con todo, usted lo sabe.

—Entonces, aguante la sed. —Colocó de nuevo la botella en la estantería y alzó la voz—: ¡Eh, Mercier! ¿Dónde estás?

Una puerta al fondo del bar se abrió y un hombre de poca estatura, de unos cuarenta años y aspecto inquieto, avanzó unos pasos. Llevaba pantalones remendados de pescador y se secaba las manos en una toalla sucia.

—Sí, señor. ¿Qué pasa?

Otro pasajero para el *Leopard*. Llévale arriba. Puede compartir el cuarto con Jones.

Miró a Chavasse con un fulgor en sus ojos semejante a los de un animal salvaje, dio media vuelta y lanzó un puntapié a la puerta para abrirla y desaparecer dentro de la cocina.

—Todo un espectáculo —comentó Chavasse—. ¿Está siempre así o bien hoy es algo especial?

Mercier tomó la maleta.

—Por aquí, señor —indicó.

Subieron los peldaños hasta la primera planta, avanzando luego a lo largo de un estrecho pasillo encalado al que se abrían varias puertas. Mercier golpeó en la que estaba al final del pasillo. No obtuvo respuesta y la abrió.

El cuarto era pequeño y desnudo con paredes enjalbegadas, con dos camas gemelas casi juntas. Colgaba un crucifijo de una pared y una barata reproducción en color de san Francisco de Asís en la otra. Estaba limpio. Lo justo.

Mercier dejó la maleta en el suelo.

Probablemente, el señor Jones estará de regreso dentro de poco. El almuerzo se servirá a las doce y media. Si hay alguna cosa que desee usted saber, deberá ver al señor Rossiter.

—¿Y a quién tiene que ver el señor Rossiter?

Mercier frunció las cejas, con aspecto sinceramente asombrado.

—Olvidelo —le dijo Chavasse.

Mercier se encogió de hombros y salió. Chavasse colocó su maleta sobre una de las camas, se acercó a la ventana y miró al exterior. ¿O sea que aquélla era la posada «El Corredor»? No era una panorámica muy atractiva.

Alguien a sus espaldas dijo:

—Bien venido a la Antesala de la Libertad, hombre.

Una gaviota graznó en el cielo y pasó rozando las dunas de arena. Junto a la orilla, el negro arrojaba guijarros planos haciéndolos rebotar en la superficie del mar. Se volvió y avanzó hacia Chavasse. Un hombre alto y esbelto, de fuertes facciones angulosas y asombrosos ojos azules, evidencia de la mezcla de sangres tan común en las Antillas. ¿*Jack Jones*? Bueno, era un nombre tan razonable como cualquier otro. Tenía la anchura de hombros propia de un boxeador y aspecto de poder resistir diez asaltos cada día de la semana, calculó Chavasse.

Se sentó en la arena, sacó un paquete de «Gauloise» y encendió un cigarrillo.

—¿O sea que usted es de Australia?

—Eso es. De Sidney.

—Me han dicho que es una gran ciudad.

—La mejor. Debería visitarla alguna vez.

Era un solemne error, y el jamaiquino le miró fijamente con una ceja arqueada.

—Está usted bromeando. Ni siquiera me dejarían salir del barco. Les gusta que sus inmigrantes tengan el color blanco más intenso posible, ¿o quizá no se ha dado cuenta?

Era una declaración lisa y llana de un hecho, expuesta sin rencor, y Chavasse se encogió de hombros.

—Yo no hago las leyes, amigo. Estoy demasiado atareado quebrantándolas.

El jamaiquino se sintió interesado de inmediato.

—Eso explica muchas cosas. Me preguntaba cómo un protestante libre, blanco y honrado como usted tenía que emplear la puerta trasera para entrar en la vieja patria como tenemos que hacerlo nosotros.

—Católico —rectificó Chavasse—. Libre, blanco y honrado católico, a efectos de ficha.

Jones sonrió, sacó su paquete de «Gauloises» por segunda vez y le ofreció un cigarrillo.

—Y hablando con franqueza, ¿hasta qué punto la ley australiana desea concederle hospedaje?

Por unos diez años. Eso si tengo suerte, y el juez no está de mal humor en el gran día de dictar sentencia.

El jamaiquino silbó suavemente.

—Caramba, debe de ser usted un verdadero tigre cuando decide actuar.

—Mi problema es que siento una gran debilidad por el dinero ajeno. —Chavasse miró más allá de las dunas arenosas hacia el pequeño puerto y la mar abierta—. Todo esto está muy bien; me parece la playa más bonita que he pisado desde Bondi.

—Lo mismo pensé yo hace cinco días, pero ahora ya me resulta aburrida. Quiero entrar en acción.

—¿Qué hará cuando pise terreno inglés?

Jones se encogió de hombros.

—Tengo amigos en los lugares adecuados. Ya me encargarán algún asunto.

—Pero, ¿durante cuánto tiempo?

—Mientras lo necesite. Una vez llegue a Londres, todo irá bien. Me limitaré a mezclarme con la gente. Al fin y al cabo, una cara negra es igual que otra, ¿o ha

olvidado este detalle importante?

Chavasse continuó indagando.

—¿Y qué pasa con el resto de la clientela?

—Si vuelve la cabeza un par de centímetros a estribor, los verá.

El anciano que apareció sobre una duna arenosa a pocos metros, llevaba un abrigo azul dos tallas más grande que la suya, lo cual le daba un extraño aspecto de encogido, y su piel arrugada y morena aparecía tensa sobre los huesos de su rostro. Tampoco andaba muy seguro sobre sus pies. Chavasse tuvo la clara impresión de que, de no ser por la mujer que le sujetaba con una mano bajo el codo izquierdo y un brazo en torno a los hombros, el anciano hubiese caído de bruces.

—El viejo Hamid tiene setenta y dos años —informó Jones—. Un paquistaní. Tiene la esperanza de reunirse con su hijo en Bradford.

—¿Y la mujer?

—¿La señora Campbell? Angloindia, mitad y mitad. Lo que solían llamar *chi-chi* en los viejos tiempos del Imperio. Un estupendo apellido escocés, pero ella, lo mismo que yo, no puede quitarse el color de su piel. Su marido murió el año pasado, y su única familia es una hermana que se casó con un médico inglés hace años y se fue a vivir nada menos que a Harrogate. La señora Campbell intentó conseguir un permiso de entrada para reunirse con ella, pero se lo negaron.

—¿Por qué?

—No está calificada como persona a cargo según el Acta de Inmigración, es de nacionalidad india y, además, está tuberculosa. Nació en la India, nunca ha estado en Inglaterra y, no obstante, habla del país como si fuera su hogar. Gracioso, ¿no?

—No demasiado.

La señora Campbell tendría aproximadamente cincuenta años, tristes ojos negros y una tez más oscura de la habitualmente corriente entre eurasiáticos. Parecía tener frío y llevaba un raído chaquetón de pieles y una gruesa bufanda de lana enrollada en torno al cuello y la cabeza.

Los dos se detuvieron, el anciano jadeando para recuperar el aliento.

—Un día frío, señor Jones, ¿no le parece?

Jones y Chavasse se pusieron en pie y el jamaiquino asintió.

—Les presento al señor Chavasse, un recién llegado. Va a viajar con nosotros.

El anciano no demostró la menor sorpresa.

—Ah, sí, la señorita Nadeem ya nos ha hablado de usted.

—¿Se encontró usted con ella? —preguntó Chavasse.

—Justamente antes de que emprendiéramos nuestro paseo —intervino la señora Campbell.

Hamid tendió una mano blanda, como sin huesos, que Chavasse tocó brevemente antes de que se deslizara de su apretón tan fácilmente como la vida se deslizaría de aquel frágil cuerpo decrepito antes de que transcurriera muy poco tiempo.

La señora Campbell parecía curiosamente violenta y tiró de la manga del anciano.

—Vamos, vamos, señor Hamid, no podemos haraganear. Pronto será la hora del almuerzo. Tanto gusto, señor Chavasse.

Su inglés era de exquisito arcaísmo en su precisión y el modo en que hablaba era un eco de tiempos ya remotos. Chavasse les observó mientras se alejaban dando traspiés a través de las dunas arenosas, criaturas extrañas y oscuras sin sustancia en ellos, a la deriva en un mundo hostil, y fue consciente de sentir una indescriptible sensación de amargura. Los hombres hacían leyes para protegerse, pero alguien siempre sufría las consecuencias, siempre.

Se volvió para enfrentarse a Jones, que le miraba con gesto enigmático.

—Parece sentir lástima de ellos, demasiado para un fugitivo de Sidney con la ley tras sus huellas.

Había entre ellos una extraña calma. Chavasse declaró con voz inexpresiva:

—No sé de qué demonios me está hablando.

—Tampoco yo, hombre. —Jones sonrió y pasó el momento equívoco—. Si quiere comer, será mejor que nos pongamos en marcha.

Caminaron por entre las dunas arenosas y atravesaron la playa junto al embarcadero de madera. Chavasse señaló con el índice la lancha motora amarrada a un lado.

—¿Es ése el barco?

Jones asintió a la vez que comentaba:

—En cierto modo, encaja con Jacaud, ¿no cree?

—¿Qué le parece el tipo?

Jones se encogió de hombros.

—Vendería a su hermana o a su abuela por una botella de ron si tuviera ocasión. Está borracho casi todo el día y de noche ya no se tiene en pie.

—¿Y el hombre que trabaja para él... Mercier?

Un tipo asustado de su propia sombra. Vive en una choza al otro lado del pueblo. Solamente él y su esposa. Ella está casi inválida. Un vegetal ambulante. Mercier salta en el aire cuando Jacaud lanza un grito.

—¿Y Rossiter?

Jones sonrió astutamente.

—Le gusta preguntar, ¿eh?

Chavase se encogió de hombros de nuevo.

—Contestar ya es cuestión suya.

—Muy bien, y así lo hago. ¿Sabe lo que es un zombi?

Chavasse frunció el ceño.

—Algo relacionado con el vudú, ¿no?

—Para ser más concretos, un hombre muerto sacado de su tumba antes de que pueda presentarse la descomposición.

—Que vuelve a la vida, según parece usted insinuar.

—Una especie de vida, vagando de noche y obedeciendo las órdenes de su amo... Una criatura de pura maldad.

—Y ése es Rossiter.

—Ése es Rossiter. —El jamaiquino rió con aspereza—: Lo más curioso es que fue sacerdote..., un sacerdote jesuita.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Me quedé sin cerillas una noche y fui a llamar a la puerta de su habitación. No estaba en ella.

—Lo cual despertó su natural curiosidad.

—Exactamente, hombre —sonrió el jamaiquino—. Había un par de fotografías interesantes en el fondo del cajón de la derecha de su mesa. No ha cambiado mucho. Tiene una fechada en 1949, con un grupo de unos veinte alumnos con aspecto de pasar un día de vacaciones en el Seminario. La otra fue tomada en 1951, en Corea. Se le ve con media docena de chiquillos en la puerta de una especie de misión.

Novcientos cincuenta y uno. El año en que empezó la guerra de Corea. ¿Fue allí donde Rossiter perdió la fe? Chavasse frunció el ceño, recordando la cara ascética, torturada. El sacerdote podía adivinarlo, pero el asesino... parecía realmente imposible.

Seguía todavía pensando en ello cuando entraron en el patio de la posada.

6. LA MARCA DE CAÍN

La sala principal de la posada estaba desierta cuando entraron, y Jones pasó tras el mostrador y tomó una botella y dos vasos de la estantería.

—¿Me acompaña? —invitó.

Chavasse asintió.

—¿Por qué no?

Estalló un súbito bramido de rabia al aparecer Jacaud en el umbral de la puerta del fondo.

—¡Quietas las manos! ¿Me oye, simio negro?

Jones le miró con tranquilidad, sin la menor señal de inquietud en el rostro.

—Claro que le oigo —replicó en un francés bastante correcto.

Descorchó la botella y llenó los dos vasos. Jacaud avanzó rápidamente, le cogió por un hombro y le obligó a volverse.

—¡Jacaud! —le llamó Rossiter desde atrás, en un tono de voz seco y acerado, que no admitía réplica.

Jacaud dio media vuelta con desgana.

—Ni siquiera pagan —murmuró en tono quejumbroso.

Rossiter lo ignoró y avanzó unos pasos. Llevaba pantalones grises, un jersey de pescador tejido a mano y gafas con montura de acero. Tenía un libro delgado en la mano, con un dedo insertado entre dos páginas.

—Son ustedes mis invitados, caballeros.

—¿Nos acompaña? —le preguntó Chavasse.

—El señor Rossiter no bebe —replicó Jones—Bebamos bajo nuestra propia responsabilidad.

Brindó hacia Chavasse, vaciando su vaso de un solo trago y lo llenó de nuevo. Jacaud, enfurruñado, cogió una botella y un vaso para sí, y se retiró al otro extremo del mostrador.

—Veo que han estado paseando —dijo Rossiter.

Chavasse asintió:

—Así es. Es un lugar magnífico. Por aquí, deben de ganar mucho dinero en la temporada turística.

—Demasiado lejos de los caminos trillados y los residentes no reciben favorablemente a los forasteros.

Me pregunto cuándo nos pondremos en marcha.

—No lo sé con seguridad. Tenemos un pasajero más. Dependerá de cuándo llegue. Puede ser hoy o mañana.

¿Y de qué manera haremos la travesía?

—Se le comunicará en el momento oportuno. No necesita preocuparse. Sabemos muy bien lo que estamos haciendo.

Tras ellos, una suave voz preguntó titubeante:

—¿Puedo entrar?

Famia estaba en la puerta, su tersa tez compaginaba a la perfección con el *sari* escarlata. Llevaba un collar de plata trenzada y brazaletes de oro en las muñecas. Lo que más interesó a Chavasse fue la reacción de sus acompañantes. El jamaiquino le dedicaba la clase de apreciación que se refleja en la cara de un experto en una galería de arte cuando se encuentra frente a una obra artística valiosa. Jacaud la miraba con mal disimulada lujuria. ¿Y Rossiter? Rossiter parecía transfigurado. Su cara se había puesto muy pálida, lo cual hacía aparecer más azules que nunca sus ojos y entonces ocurrió algo extraño. Sonrió y fue como si algo se hubiese derretido en su interior.

Avanzó y le ofreció el brazo.

—Estarán ya esperándonos. Vamos allá. —Y la condujo del brazo dentro del comedor.

Había dejado el libro sobre el mostrador y Chavasse lo recogió. Era la edición *Everyman* de *La Ciudad de Dios*, de san Agustín.

Había ocasiones en las que Chavasse notaba la clara impresión de que era la única persona sana en un mundo que había enloquecido. Esta vez era, ciertamente, una de ellas. Vació su vaso y siguió a Jones.

Detrás de la posada había un amplio jardín rodeado de una tapia, un triste lugar con manzanos de ramas retorcidas e improductivas desde hacía mucho tiempo por falta de la atención adecuada. No habían florecido aún, ya que era demasiado pronto

y la hierba del pasado año se desparramaba por los estrechos senderos sin segar.

Famia caminaba por allí, con Rossiter a su lado, una figura digna de Brueghel, en su *sari* escarlata, vívida contra el paisaje verdegrís. Ella reía y el sonido se elevaba en el quieto aire hasta la ventana del cuarto donde Chavasse los miraba desde detrás de la cortina, en compañía de Jones.

—La primera vez que le he visto sonreír —comentó el jamaiquino.

—Ciertamente, ella pulsó alguna fibra —replicó Chavasse—. Pero no estoy seguro de cuál se trata.

Rossiter le murmuró algo a la muchacha, dio media vuelta y se alejó. Ella continuó caminando sola, deteniéndose de vez en cuando para levantar la mirada hacia un mirlo posado en una rama encima de su cabeza. Un momento después apareció Jacaud.

Se veía que estaba bebido y se tambaleaba ligeramente mientras avanzaba, mirándola fijamente. Ella no le vio, absorta en la contemplación del mirlo, hasta que el bretón llegó y la tocó en el hombro. Al volverse, ella retrocedió en el acto, pero él la aferró por el brazo, la atrajo hacia sí y la besó. Quizá no se proponía nada más, ya que al gritar ella, tratando de liberarse, el tipo se echó a reír.

El jamaiquino se adelantó por una cabeza a Chavasse en la carrera hacia la puerta. Bajaron a saltos la escalera, corrieron a lo largo del pasillo y salieron de la cocina. Pero ya era tarde.

Rossiter estaba a medio camino entre ellos y Jacaud, enlazando con un brazo a la muchacha. La apartó muy suavemente a un lado, y deslizó la mano en el bolsillo y apareció empuñando la Madonna de marfil.

Jacaud ni siquiera intentó escapar, y eso era lo más extraño del caso. Cayó de rodillas, con sus toscas facciones contorsionadas mientras Rossiter avanzaba despacio. Agarró al bretón por el cabello y le echó la cabeza hacia atrás. Se oyó un agudo chasquido y brilló el acero. Deliberadamente, Rossiter bajó la punta de la hoja afilada como una navaja de afeitar y trazó un surco en la frente de Jacaud. La carne se abrió y la roja sangre manó en abundancia.

Jacaud rodó por el suelo sin lanzar ni un solo gemido; luego, Rossiter limpió el cuchillo mecánicamente en el jersey del yacente. Famia estaba mirándole con expresión aturdida. Se dirigió hacia la muchacha, la rodeó con un brazo por los hombros y pasó con ella junto a Chavasse y Jones sin mirarles siquiera.

Chavasse volvió a Jacaud boca arriba e hincó una rodilla en tierra. Sacó el pañuelo y le enjugó la sangre de la enorme y fea cara.

—¿Cómo está? —preguntó Jones.

—Completamente inconsciente. Supongo que de terror. Rossiter sabía lo que estaba haciendo. Le ha marcado bien, sin más. Creo que bastará con esparadrapo y gasa.

—¿Se fijó en su cara?

—¿La de Rossiter? —asintió Chavasse—. Me recordó algo que Fausto dice en la obra de Marlowe.

—«¿Por qué esto es el infierno y yo estoy dentro?» —recitó el jamaiquino—. Más que adecuada. Chavasse sonrió:

—Debo opinar sobre el sistema educativo jamaiquino. Sin duda alguna le animaron a leer lo máximo posible.

—Y a escribir, hombre. Y a escribir. La fiera está recobrando algo de sus sentidos.

Jones se inclinó pasando un hombro bajo la axila del sentado Jacaud y lo levantó. Entre los dos le llevaron dentro.

Avanzada la tarde, la lluvia volvió a repiquetear con repentina fuerza, como si los cielos se hubiesen abierto, anegándolo todo con una cortina gris. La anciana mujer que se encargaba de preparar las comidas salió de la cocina y encendió una lámpara de aceite, retirándose inmediatamente sin decir ni una palabra. La señora Campbell y Hamid, sentados lo más cerca posible del fuego, charlaban en voz baja con Fania. Jones estaba leyendo un libro, y Chavasse se arrellanaba en una banqueta mientras hojeaba un ejemplar de *Le Monde* de la semana anterior.

Lo dejó caer al suelo y, tras levantarse, se acercó a la puerta que conducía al bar. Rossiter y Jacaud estaban sentados a una mesa hablando en voz baja, con una botella de coñac entre ellos. Por lo demás, el local estaba vacío, aparte de Mercier, que se hallaba tras el mostrador sacando brillo a los vasos. Parecía ser una excelente oportunidad, que sería difícil se repitiese de nuevo. Así que Chavasse dio media vuelta y se dirigió al pasillo.

Subió las escaleras de dos en dos, avanzó por el pasillo y se detuvo ante la puerta del cuarto de Rossiter. El paño de la cerradura era de un tipo muy anticuado y primitivo. Se abrió apenas introdujo la primera llave maestra.

El cuarto era casi exactamente lo mismo que el suyo, pequeño y desnudo, con una sola cama y una vieja cómoda de cajones. Era un lugar con sombras a la luz grisácea del crepúsculo que entraba por la estrecha ventana, pero dos largos cirios que ardían a uno y otro lado de una estatua de la Virgen, proporcionaban toda la iluminación adicional que necesitaba.

Había una maleta bajo la cama que sólo contenía ropa. La volvió a colocar con sumo cuidado y empujó la maleta hasta que quedó en el mismo lugar que ocupaba. Se dedicó a registrar los cajones y encontró las fotografías que Jones había mencionado exactamente tales como las describió. Chavasse las examinó a la luz de los cirios y la cara de Rossiter le miró, clara e inconfundible.

Volvió a dejarlas cuidadosamente en su sitio y registró los restantes cajones. No había nada de interés, lo cual dejaba solamente los libros alineados en un anaquel junto a la ventana. La Biblia, una *Vida de san Francisco de Loyola*, la *Ciudad de Dios* y diversas anotaciones. Había también ejemplares de los *Pensamientos de Mao* y de *El Capital*, los cuales alteraban un poco aquella colección católica.

Comprobó que todo quedaba en el mismo orden en que lo halló, abrió la puerta y salió de allí cautelosamente. Jones apareció de las sombras de un cuarto del lado opuesto del pasillo y sonrió.

—¿Tenía yo razón? —preguntó impasible.

—Plenamente —asintió Chavasse.

—Es la historia de mi vida. Tengo razón tantas veces que ya resulta mortificante.

Se oyó el rumor de un coche que se detenía en el patio. Se acercaron a la ventana del fondo del pasillo. Un «Mercedes» estaba estacionado junto a la entrada y a un lado se hallaban Rossiter y Jacaud. Éste abrió la portezuela de atrás y salió un hombre arropado en un grueso abrigo con cuello de astracán. Era chino y de fuerte complexión, con una cara redonda, lisa, enigmática, que hacía difícil calcular su edad.

—Hombre, esto se va pareciendo cada vez más a las Naciones Unidas —murmuró Jones.

Chavasse asintió, mientras el «Mercedes» salía del patio y Jacaud recogía el equipaje del chino.

—Probablemente es el pasajero que esperábamos. Será mejor que vayamos a ver qué pasa.

En el cuarto de estar, Rossiter se dedicaba ya a hacer las presentaciones, por lo que cuando aparecieron Chavasse y Jones se volvió hacia ellos con una agradable sonrisa:

—Ah, ahora ya estamos todos. Caballeros, el señor Cheung.

El chino avanzó para el formulario apretón de manos. De cerca, aparentaba unos cuarenta y cinco años y su sonrisa poseía un excepcional encanto.

—¿Australiano, eh? —le dijo a Chavasse—. He tenido muchas relaciones comerciales en su país. Yo soy de Hong Kong.

Estrechó la mano de Jones más bien brevemente y con un entusiasmo mucho menor, y en seguida desapareció con Rossiter y Jacaud, que desde cerca tenía aspecto enfermizo, lívido, con una gran tira de esparadrapo atravesándole la frente.

—Por lo menos, me tocó la mano —comentó Jones—. No les gustan los morenos, hombre, ¿o acaso ya lo sabía?

—Para un chino, una persona de cualquier otra raza es naturalmente inferior —dijo Chavasse—. Por consiguiente, no se sienta ofendido. Yo también entro en la discriminación.

Salió al pasadizo y cogió uno de los viejos impermeables que colgaban de una de las clavijas de madera. Reclinado en el vano de la puerta, Jones preguntó:

—¿Va a algún lugar en particular?

—Siento ganas de respirar aire salobre.

—¿Le importa que le acompañe?

—Como guste.

El jamaiquino descolgó un impermeable y salieron. La lluvia caía a plomo desde el cielo, ya que no soplabla viento, y cuando dejaron atrás el pasadizo abovedado, Saint Denise quedaba casi oculta a la vista. Chavasse bajó a través de los pinos y caminó a lo largo de la playa hasta las dunas arenosas, meditando sobre los acontecimientos.

Había una organización, aparentemente bastante sencilla en sus propósitos, que consistían en llevar pasajeros clandestinos a través del Canal y dentro del Reino Unido sin hacer preguntas, por la modesta tarifa de cuatrocientas libras, pagaderas al contado. Excepto que también estaban dispuestos a arrojarle a uno por la borda cargado de cadenas en determinadas circunstancias. Después de conocer a Jacaud y Rossiter, tal actividad especial resultaba mucho más fácil de ser aceptada.

¿Y qué cabía pensar de Rossiter? El jesuita que había perdido la fe, probablemente en Corea, donde una maligna y sangrienta confrontación se prolongó durante años. Hamid, Famia y la señora Campbell resultaban evidentemente legítimos pasajeros clandestinos, y Jones, desde luego, encajaba perfectamente en su lugar, pero ¿y el señor Cheung, de Hong Kong? Era en realidad una pieza interesante del rompecabezas.

Se detuvo en lo alto de una duna arenosa y contempló el mar grisáceo. Jones le asestó un leve codazo en el costado.

—¿Está viendo lo que yo? Enseñándole el bote al cliente recién llegado.

Chavasse se agazapó tras la duna, empujando al jamaiquino hacia abajo a su lado. Rossiter y Cheung caminaban a lo largo del embarcadero de madera hacia el *Leopard*. Mientras les vigilaban, treparon a cubierta y desaparecieron por la escalera de la

cámara.

—¿Qué se traen entre manos? —preguntó Jones.

—Sólo hay un medio de saberlo.

Chavasse se incorporó y se dirigió hacia la orilla, manteniéndose a cubierto detrás de las dunas arenosas, y Jones le siguió. La pequeña flotilla pesquera había regresado hacía ya tiempo de la jornada de faena y las redes estaban colgadas en la playa en una larga fila que proporcionaba una excelente cobertura para el avance.

En pocos instantes habían alcanzado la protección del desembarcadero. Chavasse se detuvo y Jones preguntó:

—Exactamente, ¿qué es lo que se propone hacer?

—Tratar de satisfacer mi insaciable curiosidad. Me gustaría averiguar lo que están haciendo.

Avanzó a lo largo de la armazón de gruesos maderos, trepando al nivel siguiente en el punto donde el agua grisverdosa chapoteaba perezosamente. Se agazapó en la cruceta de travesaños. Jones hizo lo mismo. El penetrante olor marino lo invadía todo, salobre, mezclado con algas, peces muertos, áspero y cáustico, pero no desagradable. Oyeron pasos en las maderas sobre sus cabezas.

Rossiter y Cheung estaban hablando en cantonés. Chavasse aguzó al máximo sus oídos para escuchar lo que estaban diciendo, pero sólo pudo captar extrañas palabras y frases. Se oyó un repentino estallido de risas y luego sus pasos resonaron sobre el entarimado mientras se alejaban.

—¿De qué estaban hablando? —preguntó Jones.

Chavasse meneó la cabeza.

—No pude oírlo todo. Pero, más o menos, al parecer, Cheung ha sido enviado desde un lugar llamado Heligate por un hombre apellidado Montefiore. ¿Tiene esto algún sentido para usted?

Jones asintió.

—Montefiore es algo nuevo, pero Heligate ya ha sido mencionado. Escuché, sin ser visto, una breve conversación entre Rossiter y Jacaud.

Chavasse escaló la cruceta pasando al entarimado, desde el cual contempló la cubierta del *Leopard*. Era una visión deprimente, sucia y descuidada, festoneada por redes y con desordenados apilamientos de cestas para langosta. El bote de caucho había sido hinchado y un potente motor fuera borda estaba encajado en su popa.

—Una cosa es cierta —dijo—. Si algo va mal, algunos de nosotros tendremos que nadar. En ese bote tan sólo caben cuatro personas como máximo si quiere navegar.

Vayámonos cuanto antes de aquí.

Retrocedieron a gatas por las pilastras y travesaños hasta llegar de nuevo a la playa. Mientras avanzaban por entre las dunas arenosas, el jamaiquino se echó a reír.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó Chavasse. Con aspecto inocente, Jones replicó:

—Es usted quien me divierte. Es el único australiano que he conocido que sepa hablar el francés y el chino tan bien como el inglés. Las escuelas de Sidney deben ser realmente algo sensacional.

—Desde mi más tierna infancia, los idiomas fueron mi afición —repuso Chavasse, avanzando por entre los pinos hacia la posada.

Cuando entraron, Rossiter estaba solo en el mostrador, y Mercier le estaba sirviendo un coñac. El inglés se volvió y les sonrió.

—Ah, están aquí. Les hemos estado buscando.

—Sentimos deseos de respirar aire puro —dijo Chavasse—. ¿Alguna novedad importante?

—Eso creo. Les agradecerá saber que zarpamos esta noche aproximadamente a las nueve.

—¿Cuánto tiempo durará la travesía?

—Unas siete horas. Si el tiempo se mantiene así, desembarcarán en una playa cerca de Weymouth.

—¿Nos esperará alguien?

—Naturalmente. Mis colegas al otro lado del Canal les dejarán en Londres lo más tarde a las nueve de la mañana. Después, cada cual se marchará por su cuenta.

—¿Y qué pasará si algo sale mal? —indagó Jones.

Rossiter pareció levemente sorprendido.

—Nunca pasa nada, puedo asegurarlo. Nos veremos después.

Salió, cerrando la puerta a su espalda, lo que produjo una breve ráfaga de aire en la estancia.

Jones suspiró:

—Ojalá tuviera yo su tranquila confianza.

—¿Cree que este asunto resultará bien?

—¿Y usted? —replicó Chavasse.

Se observaban con desconfianza, cada uno sin exponer sus verdaderos pensamientos. Fue el jamaiquino el primero en ceder, mostrando en su cara una amplia sonrisa.

—De una cosa sí que estoy seguro. Sin duda, va a ser una noche muy interesante.

7. DISPAROS EN LA NOCHE

De noche, el malecón era un lugar solitario, con una pequeña linterna colgando de un poste de dos metros, como única iluminación. Bajo su cruda luz, el *Leopard* parecía menos que nunca una ganga, viejo y feo como una ramera que ha visto días mejores, sorprendida sin maquillaje.

Mercier estaba allí con Jacaud, trabajando en cubierta, cuando el grupo llegó desde la posada. Rossiter les precedía llevando la maleta de Famia. Se mostraba muy solícito en cuanto se refería a la muchacha, ayudándola a pasar a cubierta y llevándola de la mano hasta la escalera de la camareta. Los demás les seguían. Chavasse y Jones ayudaban por turno al anciano Hamid y a la señora Campbell.

Rossiter retuvo a Chavasse, posando una mano en su brazo.

—Una petición antes que baje.

—¿Le molesta algo? —replicó Chavasse cortésmente.

—Su automática.

—Rossiter tendió la palma izquierda—. Ahora ya no tiene sentido llevarla.

Chavasse se encogió de hombros, sacó la «Smith-Wesson» y se la entregó.

—Usted es el jefe de la expedición.

—Por unas pocas horas más. Vayamos a reunirnos con los otros —y añadió hacia Jacaud—: Podemos zarpar.

Chavasse bajó la escalera a la camareta y encontró al resto de los pasajeros ya sentados a cada lado de una mesa central, con aspecto absurdamente formal, como si fuera una especie de reunión de consejo y estuvieran esperando la llegada del presidente. Jones se desplazó un poco para cederle sitio y comentó sonriendo:

—¿Qué le retuvo?

Antes de que Chavasse pudiera contestar, apareció Rossiter. Se inclinó en la cabecera de la mesa, apoyando en ella ambas manos.

—Señoras y caballeros, estamos a punto de iniciar el trayecto final de su viaje marítimo. Si el tiempo se mantiene, y puedo asegurarles que el pronóstico es favorable, desembarcarán aproximadamente dentro de unas siete horas en una cala cercana a una aldea, no lejos de Weymouth, en la costa inglesa. Un miembro de nuestra organización estará esperándoles allí para conducirles a Londres por carretera. Durante toda la navegación, debo pedirles que permanezcan en su cabina. ¿Alguna pregunta? —Nadie contestó y él añadió sonriente—: Encontrarán bocadillos en la cocina, si alguien siente hambre, y un hornillo en el que pueden preparar café. Les veré más tarde.

Salió, y casi en seguida los motores se pusieron en marcha y el barco empezó a moverse. Chavasse atisbó por la portañola más próxima y vio a Mercier en pie bajo la linterna, en el embarcadero, mientras el *Leopard* salía a mar abierta. Mercier se alejó por el malecón y Chavasse volvió a sentarse.

Jones le ofreció un cigarrillo.

—Bueno, ¿qué opina ahora?

—Parecen saber lo que se hacen. —Chavasse se inclinó hacia Fania—. ¿Todo va bien? Ella sonrió radiante.

—Excelente, todo excelente. El señor Rossiter ha sido muy bondadoso. Inspira una gran confianza. Estoy segura de que todo irá bien a partir de ahora.

—Esperemos que así sea.

Chavasse se reclinó hacia atrás. El incidente con la «Smith-Wesson» le daba que pensar. Podía esconderse algún motivo siniestro tras aquella petición. Por otra parte, era muy posible que Rossiter estuviera simplemente tomando toda clase de precauciones. En definitiva, no importaba, ya que Chavasse, que desde hacía mucho tiempo, había aprendido a no dejar nada al azar, por amarga experiencia en su vida, seguía ocultando un as en la manga. La «Walther PPK» automática, que se había ceñido en la cara interna de su pierna izquierda, encima del tobillo, con un trozo de esparadrapo antes de abandonar el cuarto de la posada.

Sentado hacia atrás, con los ojos semicerrados, vigilaba a Cheung, que estaba leyendo un libro en el extremo más alejado de la mesa, en el lado opuesto, junto a la señora Campbell. Chavasse meditó sobre lo que estaría leyendo y en aquel mismo instante recordó dos cosas. El perfecto dominio del chino de Rossiter y el ejemplar de los *Pensamientos de Mao* que había visto en su habitación. Sí, verdaderamente, cuanto más pensaba en él, tanto más interesante resultaba Cheung.

Con una gran afición por el mar, lo que no era anormal en un hombre cuyos antepasados bretones habían navegado hasta las costas de Terranova para pescar, mucho antes de que Colón descubriese el Nuevo Mundo, Chavasse había gobernado un yate a motor de diez metros de eslora desde la isla de Alderney, durante ocho años, y conocía el golfo de Saint Malo y el área general de las islas del Canal como la palma de su mano.

Debido a ello, estaba suficientemente capacitado para tener una idea bastante exacta del rumbo del barco, no sólo por un cálculo de su velocidad, sino por la observación directa de las diversas luces que le eran familiares.

Aunque el tiempo continuaba siendo bueno, el barco cabeceaba enormemente en la turbulencia corriente en aquella área a causa del oleaje de las mareas que pasa a través de las islas del Canal, elevando el nivel del agua en el Golfo en cerca de nueve metros. Tanto Mamid como la señora Campbell estaban muy mareados, a pesar de las píldoras que Rossiter había repartido en la posada antes de salir, y el anciano parecía hallarse muy indispuesto.

No era sólo el cabeceo del *Leopard lo* que motivaba su indisposición. Un penetrante olor a petróleo que parecía haberse estancado allí aumentaba la pestilencia durante la última hora. Chavasse miró por la portañola mientras rodeaban el faro de Les Hanois, en la punta occidental de Guernsey.

Le dijo a Jones:

—Desde aquí, la navegación es más cómoda. Si el tiempo sigue estable, no tardaremos más de dos horas.

El jamaiquino hizo una mueca.

—Si esto dura mucho tiempo más, me voy a marear. Sin duda alguna, este petróleo apesta horrores.

Chavasse murmuró:

—Tampoco a mí me agrada. Creo que será mejor que hable con el jefe de la excursión.

La puerta de lo alto de la escalera estaba cerrada. La golpeó con el puño. Al cabo de unos instantes se abrió. Y Rossiter asomó la cara.

—¿Qué quiere?

—Aquí abajo estamos respirando un infernal tufo de petróleo —le dijo Chavasse—. El viejo Hamid ha tenido unas fuertes náuseas. Tiene muy mal aspecto.

Rossiter se agazapó para olfatear. Frunció las cejas.

—Comprendo lo que quiere decir. Será mejor que lo saquen a cubierta para que

respire aire puro, mientras Jacaud comprueba el motor.

Jones y Chavasse llevaron al anciano escaleras arriba entre los dos. Reinaba una mar gruesa y un viento de fuerza tres, calculó Chavasse, pero el viejo barco navegaba airosamente. La luz en la punta del mástil oscilaba rítmicamente de un lado a otro y, a su luz, pudo ver a Jacaud inclinado tras la escotilla de proa que daba acceso al motor. Desapareció en el interior. Chavasse dejó que Jones cuidase del anciano y se dirigió hacia la escotilla abierta.

Era un recinto de apenas metro y medio cuadrado, y Jacaud tuvo que acuclillarse al final de la corta escalera mientras palpaba en busca del conmutador de la luz en la penumbra. Lo encontró y al encenderse la luz resultó evidente el problema. En torno a sus pies chapoteaba una capa de unos dos centímetros de petróleo.

Avanzó en diagonal y se perdió de vista, para reaparecer casi de inmediato.

—¿Va mal el cacharro? —preguntó Chavasse mientras el otro subía la escalerilla.

Jacaud le ignoró, cerró la escotilla y se dirigió a popa hacia la timonera. Chavasse regresó hacia Jones, que se apoyaba en la barandilla, sujetando por los hombros a Hamid.

—¿Qué ocurre? —indagó el jamaiquino. Chavasse se encogió de hombros.

—Jacaud no ha explicado nada. Yo diría que tiene una fuga en el depósito de combustible.

—Plenamente acertado. —Rossiter se unió a ellos, mientras encendía una cerilla entre sus manos ahuecadas para prender un cigarrillo—. De todos modos, contamos con depósitos auxiliares que contienen suficiente combustible para todo el trayecto de ida y vuelta. Jacaud ha conectado uno de ellos. Creo que se darán cuenta de que las cosas mejorarán rápidamente a partir de ahora.

—¿Tenemos que regresar abajo? —preguntó Chavasse.

—Uno de ustedes puede permanecer con el viejo durante unos diez minutos más. Para entonces ya habrá mejorado.

Regresó a la timonera, y Chavasse se volvió hacia Jones.

—¿Está bien aquí?

El jamaiquino asintió:

—Seguro que sí.

—Bien. Entonces iré abajo a ver cómo siguen los demás.

Cuando bajó la escalera hasta la cámara, el olor a petróleo seguía flotando, pero era mucho menos intenso que antes. La señora Campbell se mostraba pálida y sentía

molestias, pero Famia parecía hallarse bien, y Cheung, reclinado en su asiento con los ojos cerrados y las manos entrelazadas sobre su pecho.

Chavasse echó una ojeada por la portañola encima de su cabeza. A lo lejos, las luces verde y roja de navegación de un buque siguiendo la zona de tránsito de los transatlánticos que remontaban el Canal desde Ushant, desaparecieron como si una cortina se hubiese interpuesto. Siguió observando, con el ceño fruncido, y entonces oyó pasos en la escalera.

Jones acomodó al viejo Hamid en la banqueta y sonrió.

—El tiempo ya no está tan bueno aquí fuera. La niebla asciende desde el agua y de nuevo ha empezado a llover.

En aquel preciso instante, el barco fue sacudido por una sofocada explosión. La señora Campbell gritó, mientras era arrojada sobre la mesa, y Chavasse fue a chocar contra el tabique. Mientras volvía a recuperar la vertical, el *Leopard* se detuvo de pronto, quedó silencioso y empezó a navegar a la deriva.

Chavasse golpeó con los puños la puerta de la escalera. Se abrió casi de inmediato y se asomó Rossiter, pistola en mano. Su rostro estaba más pálido que nunca, los ojos brillaban, pero la pistola continuaba apuntando con firmeza.

—¡Atrás! —bramó.

—No actúe como un insensato —replicó Chavasse—. Si hay problemas, tenemos derecho a enterarnos.

—Cuando sea oportuno y así me lo parezca. —Rossiter le empujó antes de cerrar ruidosamente la puerta.

—¿Qué está pasando ahí arriba? —preguntó Jones—. No creo que sea nada bueno.

En la tensión del momento, su acento jamaicano había experimentado una sorprendente transformación, siendo remplazado por la clase de inglés impecable común a los alumnos del sistema universitario inglés. *Marcado a fondo hasta la médula*, pensó Chavasse, pero se abstuvo de hacer comentarios.

La señora Campbell estaba sollozando histéricamente y Famia trataba de calmarla. El viejo Hamid parecía haber vuelto a la vida en cierto modo extraño y estaba en pie, sujeto con un brazo a cada mujer. Eran las reacciones de Cheung las que resultaban más interesantes. No mostraba el menor síntoma de pánico ni histeria. Siguió sentado cómodamente, con rostro inexpresivo y los ojos atentos.

Chavasse abrió una de las portañolas y echó un vistazo al exterior. Percibió un

olor a quemado, y Rossiter y Jacaud estaban discutiendo en francés justamente encima de su cabeza.

—Le digo que no sirve de nada —gimoteaba Jacaud y en su voz alentaba el pánico—. La vieja bañera reventó.

—¿A qué distancia estamos de la costa? —preguntó Rossiter.

—Unas cinco o seis millas... tal vez siete.

—Bien. Continuaremos con el bote de caucho. Arríalo a un costado. Nuestros amigos de Fixby nos podrán proporcionar el regreso a Sainte Denise.

El resto de la conversación fue arrastrado a lo lejos por el viento, y Chavasse se volvió para enfrentarse a Jones que estaba arrodillado en la banqueta a su lado.

—¿Qué está pasando? —le preguntó el jamaquino.

—Por lo que dicen, el *Leopard* ha quedado fuera de servicio. Se disponen a realizar el resto del viaje en el bote de caucho.

—¿Puede hacerse?

—No veo por qué no. Habrá unas seis millas de aquí a la costa y disponen de un buen motor fuera borda en aquel cacharro. Desde luego, sólo hay sitio como máximo para cuatro pasajeros, pero me temo que esto no suponga el menor problema para Rossiter.

La puerta de la escalera restalló al abrirse con alarmante brusquedad inesperadamente, y Rossiter reapareció pistola en mano. La agitó hacia Chavasse y Jones.

—Siéntense y permanezcan quietos.

Hicieron lo que les ordenaba. Chavasse se inclinó sobre la mesa y tocó la culata de la «Walther PPK» que tenía sujeta a su pierna por encima del tobillo.

Rossiter hizo un ademán hacia Fania.

—Vamos, señorita Nadeem. Suba a cubierta.

Ella movió la cabeza negativamente, mostrando en su cara un completo aturdimiento.

—Pero no comprendo...

La máscara de tranquilidad saltó en pedazos. La agarró rudamente por el brazo y declaró con fiereza:

—¿Acaso quiere morir aquí? —La empujó escaleras arriba—: Vamos, suba de prisa.

La señora Campbell se desplomó de lado en la banquetta, mientras Famia subía a trompicones y desaparecía en cubierta.

Chavasse preguntó:

—¿Qué hacemos nosotros? ¿Naufragar con el barco cantando «Permanece conmigo, Señor»?

Rossiter le ignoró y le habló a Cheung rápidamente en chino:

—Pronto, a cubierta. El barco se hunde.

El chino empujó a Hamid para pasar y Chavasse continuó inclinado sobre la mesa, con la mano alrededor de la culata de la «Walther».

—Sin duda se está excediendo, Rossiter. Demostró ya escasa humanidad al quitar de en medio a Harvey Preston tal como lo hizo, pero ahora se supera. Cuatro eliminados así como así...

Rossiter se volvió disparando, ciegamente, en una especie de reflejo incontenible. La bala arrancó astillas del mamparo tras Chavasse a un palmo de su cabeza. La señora Campbell volvió a gritar. Chavasse mandó al suelo de un empujón a Jones y alzó velozmente la «Walther». La bala golpeó de refilón a Cheung en un lado de la cara, abriéndole un surco sangriento en una mejilla y astillando la madera de la jamba de la puerta.

Cheung no emitió ni el menor sonido. Dio un cuarto de vuelta y se abalanzó escaleras arriba mientras Rossiter disparaba tres veces consecutivas. Pero ya Chavasse estaba bajo la mesa. Mientras el eco de los disparos desaparecía, la puerta se cerraba de golpe mientras chirriaba el cerrojo al correrse.

Chavasse se incorporó al ver que Jones ya se dirigía a las escaleras. Lo retuvo justamente a tiempo arrastrándole hacia abajo, en el mismo momento en que dos disparos más atravesaban la puerta.

—¡Espere, hombre, espere! Precisamente estaba aguardando que uno de nosotros subiera.

Se pegaron cada uno contra el tabique a cada lado de la escalera y Jones comentó con suavidad:

—Conoce usted su oficio, tengo que admitirlo. Chavasse hizo una mueca irónica:

—Tampoco actúa usted mal para ser un abogado.

El jamaiquino no demostró la menor sorpresa.

—¿Sabe quién soy?

—Darcy Morgan Preston, de veintinueve años, profesión abogado; con ejercicio

en Jamaica desde agosto de 1967. Casado, dos hijos. Que intenta descubrir lo que le pasó a su hermano Harvey.

—¿Lo sabe usted?

Rossiter y su banda lo echaron por la borda envuelto en unos treinta y cinco kilos de cadena de ancla.

Darcy Preston se irguió, apartándose del tabique, con las facciones crispadas. En aquel mismo instante, el motor fuera borda tosió al ponerse en marcha en el exterior.

—Vamos allá —dijo Chavasse, y saltó escaleras arriba.

Disparó cuatro veces, arrancando astillas en cuadro alrededor del cerrojo. Alzó el pie derecho y asestó un fuerte puntapié. La puerta saltó hacia afuera, y Chavasse, encorvado, subió a cubierta. Pero ya era demasiado tarde. El ronroneo del fuera borda iba disminuyendo en medio de la oscuridad y la niebla.

8. AMANECER GRIS

—¡Vaya gentuza! —comentó Darcy Preston en voz baja—. ¿Y ahora qué hacemos?

Sonó un repentino silbido como si hubiese una fuga de gas y una nube de vapor surgió de la escotilla del cuarto de máquinas. La popa estaba ya baja en el agua, y el *Leopard* chapoteaba con indolente pesadez, apenas elevándose ante el impacto de la corriente.

Se escuchó una súbita exclamación desde la escalera, y cuando Chavasse se volvió, el anciano Hamid estaba en cubierta. Bajo la difuminada luz amarillenta de la lámpara del mástil aparentaba tener cien años. No parecía en absoluto asustado cuando preguntó:

—¿Se han ido, señor Chavasse? ¿Han dejado que nos hundamos?

—No sucederá, si puedo evitarlo —le contestó Chavasse—. ¿Cómo está la señora Campbell?

—Me temo que no muy bien.

Chavasse se volvió hacia Preston.

Tráigala aquí a cubierta y vea si puede hallar algún tónico. A Jacaud le gustaba el ron, por lo que debe haber algunas botellas en algún sitio. Hágale beber lo máximo

posible. Cualquier cosa que sirva para calmarla. Voy a ver lo que puedo encontrar por aquí. Y hágalo de prisa. No disponemos de mucho tiempo.

Buscó en el armario de la timonera, sacó tres salvavidas y le tendió uno a Hamid. El anciano empezó a desabotonarse el abrigo, pero Chavasse le retuvo con un ademán negativo.

—Permanezca bien abrigado. Vamos a tener bastante frío por ahí fuera.

El anciano pasó los brazos por las correas del chaleco salvavidas y Chavasse revistó la cubierta. El único objeto aprovechable que podía soportar el peso de una persona era la tapadera de la escotilla de popa. Le quitó el pasador y la llevó hacia la barandilla mientras Preston aparecía con la señora Campbell.

Ésta tenía un aspecto fantasmagórico bajo la luz amarillenta, negros y temerosos los ojos y el cuerpo encogido por el terror. Chavasse pudo percibir el fuerte olor de ron. El jamaiquino empuñaba una botella con una mano y llevaba dos más bajo el brazo.

Le tendió una a Chavasse.

—Guárdesela en su bolsillo. Puede llegar a ser muy útil.

Chavasse le tendió los dos salvavidas.

—Eso es lo máximo que pude hallar.

—¿Y qué pasa con usted?

—Allí hay un viejo cinturón de corcho, con el cual podré flotar. Ahora démonos prisa. Nos quedan sólo unos minutos.

De repente, todo pareció quedar muy quieto, mientras la lluvia caía en densas ráfagas a través de la luz; permanecieron junto a la barandilla, dispuestos a la irremediable zambullida en el agua. El mar había invadido ya la popa y se extendía por cubierta como una alfombra grisácea.

Chavasse miró su reloj.

—Amanecerá dentro de una hora. Estamos a unas cinco o seis millas de la costa, probablemente menos, pero pronto subirá la marea y nos ayudará a llegar antes. No intenten nadar, ya que se cansarían en seguida y perderían calor. No intenten quitarse la ropa. Esto sería lo peor que podrían hacer. Señora Campbell, vamos a colocarla sobre esta compuerta. Quiero que permanezca tendida y quieta, incluso si el agua le pasa a veces por encima. Nosotros tres nos agarraremos a los lados. Es importante que intentemos permanecer juntos.

El *Leopard* dio un repentino bandazo de costado. Preston perdió el equilibrio y cayó al agua. Emergió y se agarró a la barandilla. Logró incluso sonreír.

—Deberíamos practicar este ejercicio con mayor frecuencia. Será mejor que lance ya la compuerta flotante. Me parece que le queda muy poca vida al barco.

Es extraño cómo siempre se piensa en un barco como si fuese una criatura viva con alma propia. Nadando torpemente, con el cinturón de corcho bajo sus axilas, agarrado a un lado de la compuerta mientras empujaba con fuerza, Chavasse miró hacia atrás y vio cómo el *Leopard* se hundía suavemente bajo la superficie. Durante un breve instante, las luces verde y roja de navegación refulgieron encima del oleaje en la punta del mástil, hasta que también acabaron sumergiéndose.

La oscuridad era el verdadero enemigo y no el frío, aunque éste también resultase nocivo. Pero, al cabo de algún tiempo, la temperatura de sus cuerpos se adaptó, y el hecho de que todos ellos estuviesen bien abrigados ayudó considerablemente, tal como supuso Chavasse.

Pero las tinieblas seguían reinando a su alrededor durante bastante tiempo y la señora Campbell gemía sin cesar, estallando, de pronto, a intervalos, en terribles accesos de llanto contra los cuales nadie podía hacer nada.

Poco a poco fue amaneciendo con una especie de luminosidad gris debida a la niebla. La visibilidad no llegaba más allá de los cien metros, y Chavasse se daba cuenta, con cierta incomodidad, del frío del aire en su mejilla izquierda y las cabrillas blanquecinas que empezaban a aparecer a todo su alrededor.

Se volvió hacia Hamid, que colgaba de la compuerta flotante a su lado. El anciano sobresalía bastante del agua debido a su chaleco salvavidas, pero tenía el turbante empapado, y su piel, muy arrugada, mostraba la forma de cada hueso.

—¿Está usted bien? ¿Puede seguir agarrado?

Hamid asintió sin hablar, y Chavasse fue rodeando la compuerta hasta el otro lado, hacia Darcy Preston. El jamaiquino esbozó una mueca de cansancio.

—Prefiero la Costa Azul. Este mar es poco acogedor.

—Se va a levantar viento —dijo Chavasse—. ¿Puede notarlo? Nos empujará con más rapidez hacia tierra, pero las cosas se van a poner duras; así que tenga cuidado.

La boca del jamaiquino se abrió en un grito inarticulado. Chavasse se volvió para ver que una pared de agua verdegrís avanzaba velozmente, impidiendo ver el cielo. No había nada que pudiese hacer contra aquello, ni él ni nadie. Esta vez, la señora Campbell no tuvo tiempo siquiera de gritar. La ola levantó la compuerta como si fuera un pedacito de corcho, la volcó y aplastó hacia abajo.

Chavasse emergió en un remolino de aguas blancas, luchando por recuperar la

respiración, todavía a flote gracias al viejo cinturón de corcho. La señora Campbell se hallaba a unos cuatro metros de allí, y Darcy Preston nadaba tras ella. Hamid flotaba a la derecha y Chavasse braceó a su encuentro.

El anciano parecía sumamente conmocionado. Había perdido el turbante y su largo cabello de color grisáceo oscuro se había soltado y flotaba en el agua, mientras yacía boca arriba, a todas luces agotado. Mientras Chavasse se acercaba a él, el viento abrió una brecha en la cortina de niebla y divisó tierra a lo lejos en el horizonte, a no más de una milla de distancia.

—¿Quizá Jacaud había sido excesivamente cauteloso en sus cálculos? O bien era así, o ellos habían navegado a la deriva con mucha más rapidez de la que él mismo consideró. Se volvió hacia el jamaiquino, que todavía nadaba hacia la señora Campbell, y gritó:

—¡Tierra, Preston, tierra! A no más de una milla.

Preston alzó un brazo para indicar que le había oído y continuó nadando tras la señora Campbell. La cortina de niebla cayó de nuevo formando un telón opaco. Chavasse alcanzó al anciano y lo atrajo hacia sí.

—Ahora ya queda poco. He visto la costa.

Hamid sonrió con gesto cansado, pues parecía incapaz de poder hablar. Chavasse sacó del bolsillo interior de su chaqueta la botella de ron y arrancó el corcho con los dientes.

—Bebe un poco de tónico.

Forzó con el gollete la boca del anciano hasta que consiguió abrirla y vertió licor en ella. Hamid tosió, medio se atragantó y apartó la cabeza.

—Va contra el dogma de mi religión —boqueó.

Chavasse sonrió.

—Alá le perdonará teniendo en cuenta las circunstancias, viejo —dijo en hindi, y se bebió el resto del ron.

Por extraño que pudiese parecer, la única reacción del anciano al oír que le hablaba en su propia lengua fue replicar en el mismo idioma:

—Si sobrevivo, será porque Alá así lo quiere. Si tengo que morir... así sea.

Transcurrida otra media hora, Chavasse estaba realmente empezando a sentir frío. Se había quitado el cinturón del impermeable y lo empleó para conseguir que

Hamid se mantuviera junto a él. Hacía ya rato que no se veía rastro de Darcy Preston ni de la señora Campbell.

El viejo Hamid estaba inerte, con los ojos cerrados; su cara era una máscara cadavérica, amoratado por el frío. Chavasse le abofeteó un par de veces y el anciano abrió los ojos, mirando inexpresivo, casi en blanco. Una especie de identificación apareció en ellos. Sus labios se movieron, pero las palabras sólo fueron un murmullo.

—Alí... Alí, ¿eres tú, hijo mío? —preguntó en hindú.

—Sí, padre mío. —Chavasse tuvo que emplear a fondo su imaginación para hallar la respuesta adecuada—. Ya nos queda poco ahora. Pronto estaremos en casa.

El anciano sonrió, sus ojos se cerraron, hasta que, de repente, una ola les elevó muy alto en un cielo plomizo, manteniéndoles encima del agua el tiempo suficiente para que Chavasse pudiera ver acantilados a través de las ráfagas de lluvia a unos doscientos metros de distancia. Entre ellos y la costa se encabritaba una ola tras otra de agua blanca espumeante que chocaba estruendosa contra la costa ya cercana.

A partir de entonces surcaron rápidamente las revueltas aguas, inermes en las garras de la corriente que les impulsaba con rudeza. Chavasse agarró al anciano con fuerza al romper una ola sobre ellos y luego les embistió otra gran pared de agua, verde como cristal de botella, aplastándoles sin compasión.

Chavasse bajó al fondo, muy al fondo, y se encontró solo, luchando por su vida como un pez atrapado en el anzuelo. Su cinturón salvavidas había desaparecido. El viejo Hamid también, pero extrañamente no le asaltó el pánico. Si tenía que morir, moriría luchando.

Existe una norma de comportamiento común a todos los animales y denominada por los psicólogos como la reacción en el momento crítico, una frase que describe la furia con la cual cualquier criatura viva luchará por la supervivencia cuando no exista otra solución, o bien se halla acorralada en una esquina por sus enemigos, o bien se encuentra sola en un mar de aguas bravías, como le sucedía ahora a Paul Chavasse.

Braceó abriendo brecha en la superficie, aspiró aire para llenar sus pulmones y se sumergió de nuevo, tras desabrocharse los botones de su impermeable. Se lo quitó y luego la americana para ascender a respirar más aire. Los zapatos le llevaron más tiempo, probablemente porque tenía hinchados los pies debido a la larga inmersión en fría agua salada, pero de súbito quedó liberado del calzado y nadando de nuevo. Sus ansias de sobrevivir le proporcionaron una fuerza extraída de esta oculta reserva que yace en el subconsciente en todo hombre.

Y, de pronto, sus pies pisaron la arena y de nuevo quedó sumergido. La ola le arrastró sobre las piedrecillas del fondo, rezumando agua, y se encontró hundido hasta las rodillas en algas marinas.

Otra ola le hizo rodar. Sus dedos se engarfiaron en un peñasco que sobresalía y allí se mantuvo sujeto mientras el agua le pasaba por encima. Al retroceder el oleaje, se tambaleó, pero avanzó por entre las rocas hacia la seguridad de una franja de arena blanca en la base de los acantilados.

Cayó de bruces resoplando en busca de aire, y luego se esforzó por incorporarse. Hamid. Tenía que encontrar a Hamid. El mar estaba impregnando su boca, sus oídos, su garganta, parecía cantar dentro de su cabeza mientras daba media vuelta y elegía el mejor camino entre los peñascos hacia la playa principal.

Vio inmediatamente a Hamid, a unos treinta pasos de distancia, yaciendo en el trecho de poco calado con el agua rompiendo en crestas espumosas sobre él. Chavasse empezó a correr, gritando en hindi:

—¡Voy! ¡Aguante, aguante!

Estúpidas exclamaciones. El pobre anciano estaría muerto. Arrastró fuera del agua el cuerpo, lo volvió boca arriba y, como el mayor de los milagros, los ojos del viejo se abrieron.

Hamid sonrió: toda la fatiga y todo el dolor habían desaparecido de su semblante.

—Alí, hijo mío, sabía que vendrías —susurró—. Ahora dame tu bendición.

—Bendito seas, viejo, coge mi mano —dijo Chavasse en hindi—: Bendito y tres veces bendito seas. Alá te espera.

El anciano sonrió con expresión placentera, sus ojos se cerraron definitivamente y la vida abandonó su cuerpo.

Chavasse permaneció acuclillado junto al hindú bastante rato, indiferente al frío, mirando ciegamente al espacio. Cuando por fin se incorporó, Darcy Preston estaba esperándole a pocos pasos, observándole con expresión grave.

Lo mismo que Chavasse, el jamaiquino vestía solamente los pantalones y la camisa y su salvavidas había desaparecido. Tenía un corte en la cara y otro en el brazo izquierdo.

—¿Qué pasó con la señora Campbell? —preguntó Chavasse.

El jamaiquino se encogió de hombros con gesto desolado.

—Intenté agarrarla cuando aquella gran ola nos volcó a todos, pero la corriente era demasiado fuerte para mí. La última vez que pude verla todavía flotaba. Tal vez consiguió llegar a tierra.

No es que lo creyese posible; ninguno de los dos lo creía. Chavasse dijo en tono cansado:

—Muy bien, salgamos de aquí.

—¿No vamos a llevarle a otro lugar?

—Aclaremos una cosa —dijo Chavasse—. Tal como están las cosas ahora, sería mucho más sensato que usted y yo no permaneciésemos aquí hasta que alguien lo encuentre. Si lo llevamos playa adentro, sabrán que alguien lo trasladó hasta allí.

—Bien, ¿y qué diablos vamos a hacer ahora? —inquirió Preston.

Chavasse miró su reloj.

—Son las cinco menos cuarto. Encontraremos la carretera y en ella alguna cabina telefónica. Haré una llamada a mi gente, y después nos ocultaremos a esperar tras el seto más próximo. Dentro de una hora como máximo, estará usted en camino hacia Londres.

Darcy Preston volvió a alzar los hombros.

—Bueno, una cosa sí que sé seguro. Cualquier cosa que usted sea, no es policía.

—Acertó de lleno —dijo Chavasse—. Ahora salgamos de aquí. —Se volvió y avanzó hacia los acantilados en medio de la madrugada grisácea.

9. MÁXIMA SEGURIDAD

—Montefiore, Enrico Montefiore. —Mallory volvió la espalda a la ventana mientras rellenaba su pipa hurgando en una elegante bolsa de piel—. Uno de los hombres más ricos de Europa, aunque muy pocas personas hayan oído hablar de él. No le gusta que le fotografíen, pero encontrará un par de fotos en su expediente. Es de la clase de grandes financieros que está ya casi desfasada y fuera de época. Una figura tenebrosa, que actúan entre bastidores, metiendo la mano en tantos pasteles que se pierde la cuenta.

—¿Y Hellgate? —preguntó Chavasse—. ¿De qué se trata?

Mallory meneó la cabeza.

—No significa nada. Si recuerdo bien, Montefiore tiene una residencia en las riberas del lago de Lucerna y un palacio en Venecia. En realidad, se perdió de vista casi por completo durante los tres o cuatro años últimos. —Sacudió la cabeza—: Todo eso no tiene el menor sentido. ¿Por qué diablos un hombre con sus antecedentes iba a estar mezclado en un asunto como éste?

Tocaron en la puerta y entró Jean Frazer. Tendió a Mallory un sobre.

—Más material de S 2, señor, cortesía de la CIA. Sección China.

Salió, y Mallory abrió el sobre y sacó varias cartulinas de registro, cada una con una foto prendida en una esquina.

—Eche un vistazo, Paul. Vea si alguna le resulta familiar.

Cheung era el número cinco, sólo que se llamaba Ho-Tsen y era coronel del Ejército de la República Popular China. El parecido era de una gran exactitud, y Chavasse devolvió la cartulina y foto.

—Éste es nuestro hombre.

Mallory comprobó lo inscrito y asintió, con un leve fruncimiento de cejas.

—Todo un tipo. Uno de sus mejores hombres, por lo que se dice aquí. Fue algo estúpido dejarle ser agregado militar en París durante tres años. Los de la CIA estaban ya a punto de atraparle con suficientes cargos contra él.

Sonó el teléfono, lo descolgó y escuchó unos instantes. Cuando depositó el aparato, tenía aspecto pensativo.

—Era Travers, que llama desde un lugar llamado Fixby. Es un pueblecito, en una cala cercana a Weymouth. Existe un cobertizo semirruinoso para barcos, justamente en el exterior del lugar regentado por un hombre llamado Gorman. Por el momento, está ausente. La última vez que le vieron salía a la mar esta madrugada, hacia las seis, en una lancha de diez metros de eslora, en la que lleva a gente aficionada a la pesca.

Chavasse miró su reloj y vio que era cerca del mediodía.

—Estarán casi llegando allí ahora, si el tiempo no cambia.

—¿A Sainte Denise? Sí. Me inclino a estar de acuerdo con usted en que nuestro amigo de la República Popular habrá regresado con ellos. Sobre todo porque va a necesitar atención médica y, por otra parte, no querrá seguir por aquí, ahora que las cosas se han puesto complicadas para él. Los chinos son gente muy práctica.

—¿Qué hay de Rossiter?

Mallory recogió un folio de fino papel azul y lo examinó.

—Realmente, es un tipo asombroso. No logro situarlo. Dos graduaciones en Cambridge, cinco años en el Colegio Británico en Roma y luego Corea. Los chinos lo retuvieron durante cuatro años... Cuatro años tras la alamburada. Debió de ser algo infernal.

Recordando sus propias experiencias en una posición similar durante sólo una semana, Chavasse asintió:

—Puedo asegurárselo. Pero, ¿por qué abandonó el sacerdocio? ¿Cuál fue la razón

expuesta?

—Difícil de saber. La Iglesia no es precisamente propensa a discutir sobre esta clase de asuntos. No obstante, pulsé varias teclas y a regañadientes me dieron la dirección de un sacerdote que compartió el cautiverio con Rossiter. Su parroquia está en Londres. Aquí tiene la dirección.

Chavasse ojeó la cartulina que Mallory le entregó por encima de la mesa. Padre Henry da Souza. Portugués, lo cual probablemente acabaría significando que su familia había vivido en Inglaterra por lo menos durante quinientos años.

—¿Hubo alguna vez la menor sugerencia de que Rossiter se hubiese vuelto rojo?
Mallory se encogió de hombros.

—Cualquier cosa es posible en este peor de todos los mundos posibles, estimado amigo. Recuerde a Blake. Sin duda alguna, le lavaron bien el cerebro. Desde luego, un sacerdote tiene algo a que aferrarse con firmeza; algo con que oponerse a ellos. Una vez aclarado este punto, no cabe duda de que algunos religiosos retenidos por los chinos durante cierto tiempo y liberados más tarde, necesitaron en algunos casos ayuda psiquiátrica a su regreso, debido a lo completo que había sido el proceso de lavado de cerebro. Tengo entendido que hasta realizaron investigaciones sobre estos casos en Harvard. De todos modos, vaya a ver al padre Da Souza y vea lo que puede sonsacarle.

—¿Y referente a Darcy Preston?

—No hay problema mientras se porte como es debido y mantenga la boca cerrada. Mañana le instalaremos en un avión de regreso a Jamaica.

—Mientras, ¿hay algo en contra de que continúe en mi piso?

—No hay nada que lo impida. —Mallory meneó la cabeza—. La Universidad de Saint Paul durante el día, y el Sobo por la noche. Vaya una vida más abigarrada y extraña que el muchacho debió de llevar.

Chavasse se puso en pie.

—Parece haberlo sobrellevado todo muy bien. Me pondré en contacto con usted al atardecer.

Estaba a medio camino de la puerta cuando el teléfono sonó de nuevo. Mallory le hizo un ademán indicándole que no se fuese y alzó el aparato. Escuchó y luego lo dejó con un suspiro.

—El cadáver de una mujer de mediana edad, que llevaba un salvavidas, fue extraído del mar cerca de Weymouth por un pesquero, hace cosa de una hora. Lo siento, Paul, de verdad lo lamento mucho. Especialmente después de lo que me contó.

—También yo lo siento mucho, señor —dijo Chavasse y salió lentamente, con un

furor homicida vengativo alentando en su ánimo.

La iglesia de la Inmaculada Concepción no estaba lejos de los Muelles de la East India, una zona poco sana. Chavasse aparcó su coche en el lado opuesto de la calle y paró el motor. Sacó un cigarrillo de su pitillera y ofreció uno a Darcy Preston.

—Graham Mallory me ahorcaría y descuartizaría si supiera que le traje aquí conmigo. Por otra parte, me advirtió que le tuviese a la vista y no puedo estar en dos sitios a la vez.

—Podría intentarlo, pero no se lo recomendaría a nadie —dijo Preston, y se apeó del coche.

La iglesia se elevaba detrás del río, un edificio pequeño, más bien feo, seudogótico, de un tipo que se construyó ampliamente durante un cierto período del siglo XIX. Atravesaron un porche y entraron en un lugar de sombras y cirios, incienso y apacible inquietud. Se hallaba desierto a excepción del hombre arrodillado ante el altar con la sotana de sacerdote, el blanco cabello alborotado como un halo a la luz de las velas.

Chavasse se persignó e hincó una rodilla instintivamente, aunque no practicaba su religión desde hacía años, y avanzaron por la nave lateral. El sacerdote se incorporó y estaba a punto de dirigirse hacia la sacristía cuando los vio y se detuvo, sonriendo levemente.

—¿En qué puedo serles útil, señores?

Sus ojos eran los de un hombre que amaba al mundo entero, una especie bastante escasa. Tenía una profunda cicatriz, que partiendo del ojo derecho desaparecía entre el cabello, pero, por lo demás, tenía un rostro tan sereno y transparente como el de un niño de dos años.

—¿Padre Da Souza? Me llamo Chavasse. ¿Creo que usted me esperaba? Éste es el señor Preston, un amigo.

—Ah, sí —asintió el sacerdote—. Algo que ver con Leonard Rossiter, ¿no es así? —Y añadió sonriendo—: ¿Por qué no salimos fuera? A esta hora, es más agradable.

Detrás de la iglesia, un cementerio bajaba hasta el Támesis, con enrejados sobre una tapia baja. Reinaba una gran actividad en el río y el sacerdote tenía razón. Resultaba agradable bajo el pálido sol.

Se sentó sobre una agrietada lápida sepulcral y aceptó el cigarrillo que le ofrecía Chavasse.

—Aquí se está bien... muy bien. Vengo aquí con frecuencia a meditar, saben. En cierto modo, tiene la atmósfera adecuada. —Inclinó la cabeza hacia el fósforo que le ofrecía Preston y se echó hacia atrás con un suspiro de satisfacción—. Y ahora, ¿qué es lo que desean saber acerca de Leonard?

—Antes de seguir adelante, padre, creo que debo advertirle que éste es un asunto muy grave y sumamente confidencial. De hecho, es un asunto de la máxima seguridad nacional.

Da Souza no pareció en absoluto impresionado.

—Siga, siga.

—¿Diría usted que es posible que Leonard Rossiter se haya vuelto comunista?

El padre Da Souza examinó el extremo encendido de su cigarrillo con un leve fruncimiento abstraído y suspiró.

—En realidad, no creo que pueda haber duda alguna.

—Comprendo. ¿Ha mencionado este detalle a alguien antes de ahora?

—Nadie me lo preguntó nunca.

Chavasse asintió:

—De acuerdo, padre, dígame todo lo que pueda.

—Fui enviado en misión a Corea, justamente después de la Segunda Guerra Mundial. Fui hecho prisionero por fuerzas norcoreanas unos pocos días después de que empezara la guerra de Corea.

—¿Y Rossiter?

—Oh, no conocí a Leonard hasta mucho después. Nueve meses más tarde, cuando fui trasladado a un campamento especial en Manchuria. Un centro de adoctrinamiento dirigido por chinos.

—¿Y cree que a Rossiter se le hizo allí un lavado de cerebro?

El sacerdote rió afablemente.

—¡Dios santo, no es tan fácil como lo expone, sabe! Tienen una técnica extraordinariamente simple y, sin embargo, da resultado con mucha frecuencia. El concepto original es pavloviano. Una cuestión de inducir culpabilidad o, más bien, de incrementar el sentido de culpa que está en todos nosotros. ¿Saben lo primero que mi instructor me preguntó, señores? Si tenía un sirviente en la misión para limpiar mi cuarto y hacerme la cama. Cuando admití que así era, demostró sorpresa, sacó una biblia y me leyó aquel pasaje en el cual Nuestro Señor habla de servir a los demás. No obstante, yo permitía que uno de aquellos a quienes vine a ayudar me sirviese. Es

extraordinario lo culpable que aquel pequeño detalle me hizo sentir.

—Pero, ¿su fe, padre? —intervino Preston—. ¿No le servía de alguna ayuda?

El anciano sacerdote pareció genuinamente preocupado.

—¿Acaso necesitaba ayuda? —sonrió suavemente—. Hijo mío, mi fe siempre salió triunfante; superó todos los obstáculos, a pesar de todo lo que se intentó conmigo. Nunca me sentí más seguro de Dios como en aquellos negros días.

—¿Y Rossiter? —dijo Chavasse—. ¿Qué pasó con la fe de Rossiter?

El viejo sacerdote de nuevo pareció sinceramente preocupado.

—En este punto me hallo en una posición difícil, señores. Yo era el confesor de Leonard, en Nom Bek, y él lo era mío. Los secretos de confesión son sagrados. Puedo permitirme decirles que él ya tenía problemas mucho antes de que cayese en las manos de los comunistas. Desde el punto de vista de ellos, era una fruta ya madura para cosechar.

—¿Qué clase de problemas?

—Si puedo emplear la terminología marxista, cada hombre tiene su tesis y su antítesis. Para un sacerdote, su tesis es todo aquello en lo que cree, todo aquello que representa él y su vocación. Por otra parte, su antítesis es su lado oscuro... El lado que está presente en todos nosotros. Temores y odios, violencia, agresividad, los deseos carnales. Leonard Rossiter estaba ya torturado por el sentido de culpa mucho antes que los instructores de Nom Bek empezasen a trabajar con él.

—Pero, ¿por qué abandonó el sacerdocio?

—La explicación oficial fue que experimentó una crisis de fe... Que ya no podía continuar. Esto sucedió tres o cuatro años después de su regreso.

—Pero, ¿cree usted que aceptó las doctrinas del partido?

El padre Da Souza asintió.

—Creo que, al parecer, le ofrecieron lo que estaba buscando. Una fe fuerte. Una fe que justificase su existencia.

—Dice usted que, al parecer, le ofrecieron, padre —intervino Darcy Preston.

El sacerdote sonrió afablemente.

—Una cosa puedo decirle con toda seguridad: Leonard Rossiter es un alma atormentada. Es como el hombre del poema de Thompson perseguido interminablemente por el Sabueso de Dios, huyendo de una cierta esperanza de salvación, resueltamente decidido a la destrucción debido a que se odia a sí mismo.

Chavasse asintió lentamente.

—Eso es todo, padre. Creo que aclaró mucho las cosas.

—Espero haberles sido útil. Celebro haberles conocido, señores.

Les estrechó la mano y le dejaron allí junto a la tumba desocupada, meditando.

—Todo un hombre —dijo Darcy Preston cuando se instalaban en el coche.

—Y, además, bueno.

Chavasse puso en marcha el coche y pisó el gas a fondo.

Mallory escuchó lo que le contaba Chavasse, con una extraña expresión abstraída en el rostro.

—He hablado con el Servicio de Información de la OTAN cuando usted se marchó.

—¿Sobre Montefiore?

Mallory asintió.

—Es curiosamente preocupante, Paul. No tienen nada en contra suya. Y eso es lo que me preocupa, me preocupa realmente. No me hubiese importado saber que era el más peligroso agente doble en juego mientras tuviese una pista tenue, una insinuación, pero toda la situación, además de desconcertante, carece de sentido. ¿Cómo lo enfoca?

Chavasse se puso en pie y paseó arriba y abajo del despacho.

—Examinemos las dos pistas más importantes. El coronel Ho-Tsen, un agente chino muy peligroso, y Leonard Rossiter, que parece haber aceptado plenamente las líneas del partido comunista durante su cautiverio. Esto persiste en dejarnos como la parte más enigmática de todo. ¿Por qué un financiero multimillonario como Enrico Montefiore iba a apoyar la causa de un militante comunista al estilo chino? Y hay otro punto que me asombra. La pandilla de inmigración. Tan chapucera. Si no pudiese dirigir este servicio mucho mejor, me consideraría un imbécil.

—De acuerdo, o sea que la organización de Rossiter es chapucera tal como usted dice, pero los chinos no tienen mucho donde elegir cuando se trata de amigos y aliados. Recuerde que tan sólo cuentan con un punto de apoyo en Europa: Albania. Queda siempre la posibilidad de que simplemente no han captado todavía hasta qué punto es de tercera clase la organización de Rossiter.

—Puede que tenga usted razón —admitió Chavasse—. Sin duda alguna, ellos no se pueden permitir el ser demasiado remilgados. Cualquier clase de contacto en el mercado europeo es mejor que ninguno. Sospecho que éste pueda ser el modo en que

ellos lo contemplan y pueden ser condenadamente cándidos. La gente siempre insiste en que no sabemos comprender la mente oriental. Puede que sea verdad, pero ciertamente tampoco los orientales nos comprenden mejor a nosotros.

Mallory permaneció sentado, mirando a un punto lejano durante casi un minuto, y por fin asintió:

—De acuerdo, Paul, son todo suyos. Encuéntrelos a los tres: Ho-Tsen, Rossiter y Montefiore Me gustaría saber qué hay en el fondo de todo este asunto, pero lo más importante de todo es pararles en seco.

—¿En punto muerto, sin simbolismos?

—Desde luego. Investigue y destruya. No veo razón alguna para emplear medias tintas. De ahora en adelante, son de su entera propiedad. Emplee el habitual sistema de comunicación siempre que le sea posible mantenerme informado. Al salir, vea a Jean para la cuestión dinero. ¿Algo más?

Chavasse asintió:

—El hombre que tiene usted vigilando a Gorman, el tipo ese de Fixby, retírelo de allí.

—¿Va usted a acercarse por aquel lugar?

—Parece un sitio tan bueno como otro para empezar.

Mallory empuñó el teléfono.

—Me ocupo en seguida de ello. Suerte.

Jean Frazer alzó la mirada al aparecer Chavasse.

—Pareces contento contigo mismo.

—Lo estoy.

Chavasse cogió un cigarrillo de la cajita sobre la mesa de ella. Los ojos eran como cristales negros en su bronceada cara céltica. Tenía una expresión diabólica y, por alguna razón, la mujer se estremeció.

—¿De qué se trata, Paul?

—No estoy demasiado seguro —dijo él—. Hacía mucho tiempo que no me sentía así.

—¿Como qué?

—Personalmente involucrado en algo. Yo, Paul Chavasse, no sólo la Oficina. Estoy pensando en un anciano yaciendo en una playa de la costa sur esta mañana, que tan sólo quería ver a su hijo, y una inquieta mujercita, que murió sola en el mar,

completamente aterrorizada. Una mujer menuda, inofensiva, de pocas luces, que nunca hizo daño a nadie en su vida.

Suspiró hondo y aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Quiero venganza, Jean. Por primera vez deseo ocuparme de alguien por razones personales. Es una sensación nueva. Lo que me fastidia es que no sé si me complace esta perspectiva.

Lamentaba tener que separarse de Darcy Preston porque había llegado a simpatizar con el inteligente y sardónico jamaiquino, no sólo a causa de las penalidades que habían soportado juntos. Mientras empaquetaba varias cosas, Darcy le observaba, sentado en un sillón junto a la ventana. Llevaba unos pantalones de Chavasse, un jersey de cuello de cisne y una chaqueta deportiva de *tweed*.

—¿Seguro que tienes suficiente dinero? —preguntó Chavasse mientras cerraba su maleta. Darcy asintió:

—Todavía conservo una cuenta bancaria aquí.

Chavasse se abrochó un viejo chaquetón azul que le daba un aspecto de marino.

—Supongo que no volveré a verte. A esta hora, mañana estarás volando hacia la soleada Jamaica.

—Tierra de calipso despreocupado y pueblos de casuchas. Puestos a elegir, hasta prefiero Birmingham —Darcy sonrió—. ¿Y qué pasa contigo? ¿Por dónde empiezas? ¿Por Fixby?

—Es lo que tengo más a mano, por el momento.

El jamaiquino le tendió la mano.

—Entonces, buena suerte, Paul, y la próxima vez que veas a Rossiter dale un buen recuerdo de parte mía. Preferiblemente, con tu bota.

Chavasse abrió la puerta cuando Darcy habló de nuevo:

—Sólo una cosa, que me ha estado corroyendo y tengo que preguntarlo. ¿Por qué mataron a Harvey de aquel modo tan bestial?

—Únicamente puedo hacer conjeturas. Probablemente, estaban en peligro de ser abordados. Digamos entonces que destruían la evidencia.

Darcy Preston mostró un rictus sarcástico.

—En realidad, es algo más bien siniestramente irónico. Eso es lo mismo que

hacían los negreros con su carga de esclavos en los viejos tiempos cuando la Armada Real les perseguía. Les arrojaban por la borda con cadenas como lastre.

Persistía su rictus, pero esta vez había lágrimas en sus ojos, y Chavasse cerró la puerta dejándole sólo con su pesadumbre en el tranquilo apartamento.

10. LOS PÁJAROS HAN VOLADO

Fixby era un pueblo en decadencia, la clase de lugar que ha disfrutado una cierta prosperidad cuando la pesca era todavía una tarea rentable. Los jóvenes se habían marchado a las ciudades industriales y la mayor parte de las casas habían sido adquiridas por habitantes de ciudad buscando un refugio para los fines de semana.

Chavasse condujo hasta Weymouth en un coche de la Oficina y completó su viaje en el autobús local. Eran las cuatro de la tarde cuando le dejó en Fixby, donde fue el único pasajero en apearse.

La única calle estaba desierta, y la taberna, en estricto cumplimiento de las leyes inglesas de consumición, tenía su puerta herméticamente cerrada. Pasó por delante y continuó hacia la caleta, con una mano hundida en el bolsillo de su viejo chaquetón marineroy un ligero maletín de viaje bailando en la otra mano.

El embarcadero no era difícil de hallar, un fantasma nostálgico, un cementerio de esperanzas y barcos, varados como ballenas muertas, sombrío bajo la lluvia. Había una oficina, con una ruinoso caseta de madera detrás. Parecía no haber nadie por allí y avanzó hacia el malecón.

Una lancha de navegación de altura estaba amarrada allí, una embarcación realmente primorosa. Estaba equipada para la pesca deportiva con un par de sillones giratorios encajados en el puente de popa y tenía una cabria de acero.

Era un barco precioso, no cabía la menor duda. Como una joya en una jungla de maleza. Estuvo contemplándolo un largo rato y dio media vuelta.

Un hombre estaba de pie observándole desde la sombra de una vieja gabarra. Era muy alto y flaco, vestido con un mono grasiento, un viejo tabardo, y tenía encasquetada una gorra de larga visera. Su cara era su rasgo más notable. Era el rostro de un Judas, un ojo tuerto, la boca como el tajo de un cuchillo, una cara tan repulsivamente fascinante como una gárgola medieval.

—Admirando el bote, ¿eh?

Su voz era apenas un susurro, y al acercarse, Chavasse observó la cicatriz dentellada que se extendía desde su oreja derecha hasta la garganta.

—Es todo un barco.

—Y mucho más. Quilla de acero, motor «Penta», radar, sonar. Y puede navegar a treinta y cinco nudos. ¿Entiende de barcos?

—Algo. ¿Es usted Gorman?

—Lo soy. ¿En qué puedo serle útil?

—Me gustaría hacer un pequeño recorrido si su barco está disponible.

—¿Para pescar? —Gorman sacudió la cabeza—. Demasiado tarde.

—Estaba pensando en algo más que eso —dijo Chavasse—. En realidad, lo que quiero es atravesar el Canal con cierta prisa; un amigo mío me dijo que usted podía atenderme a un precio adecuado.

Gorman miró hacia la caleta, silbando entre dientes suavemente. Tras una breve pausa, preguntó:

—¿Quién es ese amigo?

Chavasse consiguió titubear.

—Bueno, para decirle la verdad no era realmente un amigo. Sólo un tipo que conocí en un bar del Soho. Me dijo que, en cualquier momento que necesitase salir del país a toda prisa, usted era el hombre indicado para lograrlo.

Gorman se volvió bruscamente y habló por encima del hombro mientras se alejaba:

—Suba al despacho. Ya vuelve a llover.

Chavasse le siguió, subiendo por las destartadas escaleras hacia la galería. Al llegar a ella se detuvo y volvió rápidamente la cabeza, consciente de una especie de movimiento que se deslizaba por entre los barcos abandonados. Podía ser un perro o un conejo. Pero le dejó con una vaga inquietud mientras entraba en el despacho.

La sala estaba atiborrada con toda clase de objetos. Gorman despejó la mesa barriéndola con un brazo y sacó una botella de whisky y dos vasos.

—¿O sea que quiere atravesar el agua con urgencia?

Chavasse colocó el maletín sobre la mesa y lo abrió. Alzó una camisa y dejó a la vista un millar de libras formado por varios fajos de billetes ingleses de a cinco libras y francos franceses. El dinero parecía realmente sumar una cantidad superior a la realidad y el ojo tuerto de Gorman rodó locamente en su órbita.

Chavasse sacó dos fajos de billetes de a cinco y los empujó por encima de la mesa.

—Así de seria es mi urgencia en atravesar el Canal, Gorman. Aquí hay doscientas y habrá otras doscientas para usted cuando lleguemos a la costa francesa y no valen las preguntas. ¿Trato hecho?

Era tan maligna la sonrisa de Gorman que parecía casi angelical. Recogió los billetes y los guardó en una cartera muy manoseada.

—¿Cuándo quiere zarpar?

—Cuanto antes tanto mejor, por lo que a mí se refiere.

Gorman sonrió de nuevo, con la misma sonrisa angelical.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —preguntó abandonando el local.

El barco se llamaba *Mary Grant* y era, en todos los aspectos, tan bueno como aparentaba. Chavasse permaneció junto a la barandilla mientras abandonaban la caleta hacia la mar abierta y aspiró unas cuantas veces con deleite el aire salobre. Resultaba agradable estar de nuevo en movimiento, incluso aunque fuera hacia un destino desconocido. De hecho, a fuer de sincero consigo mismo, esto suponía una gran parte de la fascinación de su trabajo. Simplemente, vivir al día, sin saber lo que le esperaba en cualquier esquina.

Las olas empezaron a chapotear contra el casco con extraños ruiditos huecos que vibraban a través de todo el barco, mientras abandonaban la protección de la caleta y ascendían al encuentro de las corrientes del Canal. Se dirigió hacia la timonera y se detuvo en el umbral.

—¿Dónde piensa desembarcarme?

—Donde prefiera —contestó Gorman—. Usted paga, usted manda.

—Estaba pensando en algún sitio fuera de los senderos trillados. El golfo de Saint Malo o Bretaña. Desde allí podría desplazarme hasta Marsella.

—Me va bien.

Gorman alteró la derrota un par de puntos y Chavasse dijo:

—Voy abajo a dormir un poco.

—Es lo mejor que puede hacer. La cosa puede ponerse un poco dura en medio del Canal. Aparecerá la niebla. Encontrará café preparado en un termo de la cocina.

Chavasse pasó abajo a la cámara principal. Sentíase cansado, sumamente

cansado, lo cual era poco sorprendente. Encontró el termo en la cocina, se sirvió una taza y volvió a la cámara principal. Bebió el café despacio, repasando la situación detalladamente. No tenía nada que ganar en un prematuro enfrentamiento con Gorman.

Era inevitable, pero podía demorarse.

Con bastante rapidez, su cerebro casi dejó de funcionar. Dios, se sentía de veras fatigado. Se tendió en la banqueta acolchada y miró hacia la portañola. Las viguetas del techo parecieron ondular lentamente como las ondas en la superficie de un estanque y sentía la boca extrañamente reseca. Sólo en el último momento de su zambullida en las tinieblas fue cuando acudió la idea a su embotado cerebro de que algo desagradable le estaba sucediendo.

Emergió a la superficie lentamente, consciente tan sólo de existir en los primeros momentos. La cámara estaba a oscuras, eso era más que evidente, y estaba tumbado boca abajo sobre la banqueta acolchada. Intentó moverse, perdió el equilibrio y cayó al suelo, lo cual no resultaba sorprendente considerando que tenía las muñecas firmemente atadas a la espalda.

El *Mary Grant* estaba todavía moviéndose, pero, cuando intentaba contorsionarse para ponerse en pie, las máquinas dejaron de funcionar y el barco empezó a derivar. Un pie asomó por la escalera, la luz se encendió y apareció Gorman. Se acuclilló tan cerca que Chavasse se dio cuenta del intenso olor a sudor de su cuerpo sin lavar.

—¿Qué tal estás, compadre? —Gorman le palmeó en la mejilla.

—¿Cuál es el juego? —preguntó Chavasse, persistiendo en su papel, por el momento—. Pensé que habíamos hecho un trato.

Gorman se incorporó y abrió el maletín que estaba en la mesa. Sacó uno de los paquetes de billetes.

—Éste es el juego, compadre. Los papeles verdes. Siempre he sentido hacia ellos un sentimiento de amistad. Me eriza el vello y me pone la carne de gallina. Me gusta tanto esta pequeña colección que no puedo soportar la idea de separarme de la menor porción del conjunto.

—Muy bien —dijo Chavasse—. No te causaré el menor problema. Simplemente, desembárcame al final, eso es todo lo que te pido.

La risotada de Gorman era algo digno de ser oído mientras le levantaba poniéndole en pie y le empujaba hacia la escalera.

—Te desembarcaré, de acuerdo, compadre, no tengas la menor duda. Recto al fondo del mar.

Hacía frío en cubierta, pues la lluvia caía a través de la luz amarillenta. Chavasse se volvió para hacerle frente. Gorman recogía un trozo de herrumbrosa cadena de ancla. Chavasse preguntó sin alterarse:

—¿Quién te enseñó ese truco? ¿Rossiter?

La mención del apellido pareció petrificar a Gorman. Miró fijamente a Chavasse, con su ojo tuerto girando de un modo horrible, y cuando habló su voz era un tenue susurro:

—¿Quién eres tú? ¿Qué pasa aquí?

—Pasa que tu proyecto se frustró, Gorman —le replicó llanamente Chavasse—. Mi gente sabe dónde estoy. Cuando vean que no he llegado, vas a tener que dar explicaciones y acabará contigo.

Se había equivocado con aquel individuo. Gorman lanzó un grito de rabia, y su brazo tomó impulso para golpear con la cadena restallando en el aire como un látigo.

El golpe no llegó a su destino. Una mano surgió de las sombras y arrancó la cadena de su mano. Gorman giró sobre sí mismo y Darcy Preston avanzó a la luz.

Gorman actuó con grandes reflejos. Su mano hurgó en el bolsillo y la sacó empuñando un revólver, con el cual cometió el error convencional de disparar a la vez que lo sacaba. La bala se incrustó en la camareta alta y Darcy se arrojó de cabeza por encima de la barandilla.

Gorman observó las aguas oscuras y, tras él, Preston se impulsó por encima de la barandilla opuesta tras haber nadado por debajo de la quilla. Tan sólo podía contar con un arma, un garfio de largo mango empleado para atraer pescado, que colgaba a un lado de la timonera sujeto por una abrazadera. Al desprenderlo, la abrazadera vibró y Gorman se volvió.

Esta vez se ajustó a las normas. Su brazo se elevó en línea recta, mientras apuntaba a lo largo del cañón con su ojo sano. Chavasse se abalanzó, avanzando un hombro, como un delantero de rugby, haciéndole tambalear contra la barandilla. El revólver disparó inofensivamente, y mientras Gorman se enderezaba y apuntaba de nuevo, Darcy embistió con el garfio, hincando la punta en la axila derecha de Gorman. Saltó por encima de la barandilla hacia atrás lanzando un grito. Cuando Chavasse llegó allí, las oscuras aguas se habían cerrado sobre su cabeza. No reapareció.

—Aparte un poco las manos —indicó Darcy y cortó las ligaduras de Chavasse con el borde afilado del arpón.

Chavasse se volvió, masajeándose las muñecas para facilitar la circulación de la

sangre.

—Ésta sí que ha sido una intervención cronometrada. ¿Puedo preguntarte de dónde demonios has salido como impulsado por un resorte?

—Muy sencillo —dijo Darcy—. Cuando te fuiste, estuve pensando por lo menos durante cinco minutos, y luego bajé hasta el garaje y subí a tu coche. Lo dejé en el aparcamiento del aeropuerto Hurn e hice el resto del trayecto en taxi. Llegué a Fixby antes que tú.

—¿Y después qué?

—Oh, me oculté en el embarcadero en espera de los acontecimientos, como se suele decir. Oí la mayor parte de tu conversación con Gorman, esperé hasta que entrasteis en la oficina y entonces subí a bordo y me oculté en la cabina de cables.

—Sin duda alguna, te tomaste mucho tiempo antes de asomarte, ¿o se trataba solamente de tu sentido de lo teatral?

—La verdad sea dicha, me quedé adormilado. No desperté hasta que Gorman empezó a patear por ahí haciendo todo aquel ruido.

Chavasse suspiró.

—De acuerdo. ¿Y qué estás haciendo aquí?

—Es muy sencillo. Mi hermano era un delincuente en todos los sentidos. Era un ladrón y un gángster, pero fue bueno conmigo. Si dijese que sentía cariño por un hombre de esta clase, ¿te parecería normal?

—Perfectamente normal —dijo Chavasse en tono grave.

—No se merecía morir de esta manera, Paul. Se merecía bastantes cosas en esta vida, pero no esa clase de muerte. Cuando llegue el momento oportuno, mataré personalmente a Leonard Rossiter. Nosotros, los jamaquinos, somos gente religiosa, y orgullosa. Ojo por ojo dice la Biblia, ni más, ni menos. Por consiguiente, le quitaré la vida a Rossiter, ya que es lo justo.

Chavasse asintió con sincera aprobación.

—Respeto tus sentimientos, los comprendo, pero entre los pensamientos y los hechos hay a menudo una brecha muy ancha, especialmente para un hombre como tú. Yo puedo matar cuando he de hacerlo, expertamente, con rapidez y sin titubeos porque soy un profesional. ¿Puedes tú tener la plena certeza de que matarás?

—Tendremos que comprobarlo, ¿no?

—Tienes razón. Voy a poner el barco en marcha. Ve a secarte. Hablaremos después sobre lo que queda pendiente.

El jamaiquino asintió y desapareció por las escaleras de la cámara. Chavasse se dirigió a la timonera y puso en marcha las máquinas. Emitieron un ronroneo encantador y ahora empujó la palanca de velocidades impulsando al *Mary Grant* en la noche con un estallido de rauda potencia.

—Siempre quise ser boxeador —dijo Darcy.

Se reclinaba contra la puerta cerrada de la timonera, con una manta en torno a los hombros y una taza de té en una mano, casi invisible en la oscuridad.

—¿Y qué opinaba Harvey acerca de esta vocación?

Darcy se echó a reír.

—Argumentó en términos de porcentajes y, ciertamente, no veía porcentajes en ello. Siempre decía que un buen boxeador era un luchador hambriento y yo ignoraba lo que era pasar hambre. Que conste que me complació hasta cierto punto. Me dieron lecciones algunos de los mejores del deporte. Tenía intereses en un gimnasio de Whitechapel.

—¿Qué te hizo elegir la carrera de abogado?

—¿Dados los antecedentes fraternos? —rió Darcy—. Todo un montón de personas encontraron divertida mi decisión. Por otra parte, conocía a todos los bribones de Soho, que me proporcionaban una clientela abundante cuando empecé la práctica de la profesión.

—¿Tenías una clientela constante?

—Algo parecido. Me marché después del proceso de Harvey, porque comprendí que no podía continuar con la doble vida que estaba llevando. Me fui a Jamaica y volví a empezar. Fue una buena idea, pues allí conocí a mi esposa.

—El momento y la oportunidad —comentó Chavasse.

—Como le dije al señor Mallory, Harvey tenía una carta preparada dirigida a mí detallándome lo que pretendía hacer. Cuando desapareció, unos amigos me comunicaron el contenido de la carta y decidí seguir su propio recorrido. Me pareció lo más lógico.

—¿Lo sabe tu esposa?

Darcy mostró una mueca risueña.

—Ella cree que estoy en Nueva York por asuntos legales. —Vacío su taza y la dejó en la mesa de cartas náuticas—. ¿Y tú? ¿Cómo te metiste en esta clase de faenas?

—De nuevo el momento y la oportunidad —dijo Chavasse encogiéndose de hombros—. Sentía una verdadera chifladura por los idiomas. Me los empapaba como el agua una esponja, con gran facilidad. Daba clases en una Universidad provincial y

me aburría de lo lindo, cuando un amigo me pidió que le ayudase a sacar a su hermana fuera de Checoslovaquia. Tenía eso un aspecto de aventura y, por consiguiente, acepté.

—¿Y tuviste éxito?

—Por un pelo. Estaba en un hospital austríaco con una bala en una pierna cuando Mallory vino a verme y me propuso un empleo fijo. De eso hace ya doce años.

—¿Lo lamentas?

—Ya es tarde para lamentaciones. Demasiado tarde. Y ahora regresemos al presente y discutamos lo que vamos a hacer cuando llegemos a Sainte Denise.

11. PASOS EN LA NOCHE

Navegaron con un tiempo tan excelente que tan sólo eran las nueve y media de la noche cuando llegaron a las proximidades de Sainte Denise. Había una pequeña ensenada marcada en la carta náutica, aproximadamente a un cuarto de milla al Este, con un canal de gran calado y Chavasse decidió penetrar en ella.

No pudo haber elegido mejor. La ensenada formaba un círculo casi completo de no más de un centenar de metros de diámetro y resguardada por altos acantilados que proporcionaban un excelente refugio contra el mar. Echaron el ancla y bajaron a la cámara.

Chavasse colocó su maletín de viaje sobre la mesa, lo abrió y empujó un par de fajos de billetes franceses hacia Darcy.

—La mitad para ti, la otra para mí. Por si acaso.

—Equivale casi a estar a sueldo yo también.

Darcy guardó el dinero en un bolsillo interior y Chavasse pulsó una presilla oculta y quitó el falso fondo del maletín, descubriendo un compartimiento interior. Dentro, expertamente encajadas, había una «Smith-Wesson 38 Magnum», una automática «Walther PPK» y una metralleta desmontada.

Darcy silbó suavemente.

—¿Qué es eso? ¿La Ley Seca?

—No hay nada como estar preparado para lo que se presente. —Chavasse le tendió la «Smith-Wesson»—. Garantizada contra todo tipo de encasquillamiento.

Viene a ser casi el mejor detenedor de hombres que conozco. —Se guardó la «Walther» en el bolsillo, y volvió a colocar el falso fondo en el maletín que encerró en un cajón bajo la mesa—. Y ahora vayamos en pos del acto más interesante de la noche.

Remaron hacia la playa en el bote de fibra de vidrio, lo vararon y escalaron un acantilado por un estrecho sendero. El cielo tenía una tonalidad negroazulada y cada estrella brillaba como fuego blanco. No había luna y, sin embargo, una extraña luminosidad colgaba sobre todos los relieves, proporcionando una visibilidad mucho mayor de lo que podía esperarse razonablemente en tales circunstancias. Avanzaron a través de pinares diseminados y pronto llegaron a un punto desde el cual podían ver bajo sus pies Sainte Denise.

Brillaba una luz aquí y allá por las casas de campo y algunas en las ventanas de la planta baja de la posada de «El Corredor».

—¿Cómo piensas tocar este asunto? —preguntó Darcy.

—De oído —repuso Chavasse—. Estrictamente de oído. Veamos primero cuántos invitados hay en la reunión nocturna.

Bajaron por la ladera de la colina, se abrieron paso a través de un seto y continuaron por un estrecho sendero comarcal que pronto les llevó hasta las afueras del pueblo. Allí, las casas estaban muy espaciadas entre sí, cada una con su propio huerto cultivado.

Rebasaron la primera casa, y al irse aproximando a la segunda, Darcy tocó en el brazo a Chavasse.

—Aquí vive Mercier, ¿o ya lo sabías?

—Pues resulta interesante —Susurró Chavasse—. Echemos un vistazo.

Avanzaron por el patio empedrado con guijarros y se agazaparon junto a la ventana. La luz llegaba fuera con dedos dorados rompiendo la oscuridad y a través de una rendija en la cortina pudieron ver a Mercier sentado tras la mesa de la cocina, con la cabeza inclinada y una botella de coñac y un jarrillo ante él.

—No tiene aspecto muy alegre —susurró Darcy.

Chavasse asintió.

—¿No dijiste algo acerca de su esposa medio inválida?

—Así es. No se ha levantado de la cama desde hace cuatro años.

—Entonces no es probable que pueda interponerse si actuamos con el menor ruido posible. Llama a la puerta y piérdete de vista. Yo me encargo de él.

Mercier tardó en responder a la llamada y sus pasos se arrastraron pesadamente por el suelo de piedra. Abrió la puerta y miró al exterior, dio un paso hacia delante, con

ansiosa y expectante expresión en el rostro. Chavasse aplicó suavemente el cañón de la pistola en su sien.

—Un solo grito y eres hombre muerto, Mercier. Vamos, adentro.

Mercier retrocedió y Chavasse entró seguido de cerca por el jamaiquino. Cerró la puerta y Mercier miró a uno y a otro y rió roncamente.

—Una sorpresa para Jacaud. Me dijo que los dos habían muerto.

—¿Dónde está ahora?

—En la posada invitando a sus compinches del pueblo.

—¿Y Rossiter?

Mercier alzó los hombros.

—Regresaron esta mañana poco antes del mediodía en el barco del inglés.

—¿Un inglés llamado Gorman?

Mercier asintió.

—Hemos hecho muchos negocios con él. Va y viene constantemente.

—¿Y qué pasa con las autoridades?

—¿Por estos andurriales, señor? —Mercier se encogió de hombros—. La gente se ocupa sólo de sus propios asuntos.

—¿Qué sucedió con Rossiter y los otros? ¿Siguen todavía en la posada?

Mercier negó con la cabeza.

—El señor Rossiter se marchó después del mediodía en el «Renault». Se llevó a la muchacha india y al chino con él. El chino llevaba un gran vendaje en la cara.

—¿Qué aspecto tenía la muchacha?

—¿Qué aspecto podía tener, señor? Siempre igual de bonita.

—No quise decir eso. ¿Parecía asustada..., asustada de estar con Rossiter?

Mercier volvió a negar con la cabeza.

—Todo lo contrario, señor. Le miraba como si él fuese... —Pareció hallar dificultad en encontrar el calificativo adecuado—. Como si él fuese...

—¿Dios? —sugirió Darcy Preston.

—Algo parecido, señor.

Estaba extrañamente sereno, sin temor visible, y contestaba categórico. Chavasse

prosiguió:

—¿Dónde fueron?

—No tengo la menor idea.

—Vamos, vamos, Mercier, puede darnos mejores respuestas. Para empezar, mencionaremos Helgate y Montefiore... No me diga que nunca oyó hablar de eso.

—Desde luego que sí, señor. He oído esos dos nombres en varias ocasiones... Retazos de conversación entre Jacaud y el señor Rossiter, pero eso es todo. Para mí, son nombres y nada más.

Estaba diciendo la verdad, pensó Chavasse, lo cual parecía carecer de sentido.

—¿Qué ha sucedido, Mercier? —preguntó casi afablemente—. Es usted un hombre distinto.

Mercier dio media vuelta en silencio, fue hacia una puerta, la abrió y se apartó a un lado.

—Señores —invitó con un leve ademán desesperanzado.

Chavasse y Preston avanzaron hasta llegar al dintel y miraron al interior de un pequeño salón de estar.

Un ataúd de lisa madera estaba sobre la mesa, con un cirio a cada lado.

Chavasse cerró lentamente la puerta.

—¿Su esposa?

Mercier asintió.

—Ni un día sin dolores durante cuatro años, señor, y sin embargo, ella nunca se quejó, aunque sabía que sólo podía haber un final. Lo intenté todo. Buenos médicos desde Brest, medicinas caras... Todo para nada.

—Todo lo cual debió de costarle dinero.

—¿Y por qué cree usted que acabé trabajando para un animal como Jacaud? Por mi Nanette, sólo por mi Nanette. Fue por ella por lo que soporté tanto horror. Fue por ella, solamente por ella, por lo que mantuve cerrada la boca.

—¿Está diciéndome que temió por su vida?

Mercier meneó la cabeza.

—No, señor, por temor a la vida de mi esposa, de lo que podía ese diablo de Rossiter hacerle a ella.

—¿Le amenazó con eso?

—Para mantenerme callado. Tenía que hacerlo, señor, sobre todo después de una travesía de hace algunas semanas cuando navegué en el *Leopard* como marinero de cubierta.

—¿Qué sucedió entonces?

Mercier titubeó y Chavasse añadió:

—Déjeme decirle lo que sucedió después que zarpamos de aquí anoche. El *Leopard* se hundió en el Canal. ¿Se lo dijo Jacaud?

—Dijo que sufrieron un accidente. Que el motor había reventado y que el resto de ustedes habían muerto.

—Él y Rossiter nos dejaron encerrados en la cámara para que nos ahogásemos —dijo Chavasse—. La mujer y el anciano murieron intentando llegar a nado a la costa.

Mercier mostró una expresión sinceramente escandalizada.

—Dios mío, son animales, no hombres. Tan sólo hace unas semanas, señor, en la ocasión de que antes hablé, fuimos avistados desde el litoral inglés por una lancha torpedera británica. Llevábamos en aquella ocasión un solo pasajero... Un viaje especial por alguna razón —se volvió hacia Darcy—. Un antillano como usted, señor.

El rostro del jamaiquino se tensó visiblemente y pareció indispuesto.

—¿Qué sucedió?

—Rossiter dijo que nos condenarían a siete años si éramos atrapados con él a bordo. Lo arrojó por la borda envuelto en cadenas y estaba todavía vivo. Todavía vivo. Algunas veces, en mis sueños, puedo todavía ver la expresión de sus ojos cuando Rossiter le colocó sobre la barandilla.

Darcy, con los ojos cerrados, indagó:

—¿Y le dijo que mataría a su esposa si no guardaba usted silencio?

—Así fue, señor.

Darcy giró de pronto sobre los talones, abrió violentamente la puerta y salió. Mercier mostró una expresión asombrada y Chavasse dijo en voz baja:

—Era su hermano, su hermano, Mercier. Hemos venido a ajustar cuentas. ¿Quiere ayudarnos?

Mercier cogió una pelliza de detrás de la puerta y se la puso.

—Lo que sea, señor.

—Bien. Eso es lo que usted va a hacer. Esperar junto a la posada y acechar el puerto. No tardará mucho en ver al *Mary Grant* entrando. ¿Conoce el barco?

—Desde luego, señor. Es el barco de Gorman.

—Entrará usted en la posada y le dirá a Jacaud que Gorman ha regresado y que le está esperando con toda urgencia en el embarcadero.

—Asegúrese de que otras personas le oigan decirle esto.

—¿Y después?

—¿Tiene usted un barco de su propiedad?

—Un viejo ballenero con un motor diesel.

—Bien... Cuando abandonemos el puerto, iremos a una bahía llamada Panmarch. ¿La conoce?

—Lo mismo que conozco palmo a palmo esta costa.

—Le esperaremos allí. —Chavasse le palmeó el hombro—. Vamos a acabar con él, con ese animal de Jacaud, ¿eh, Mercier?

Los ojos de Mercier brillaron ardientes, a causa del odio acumulado durante años. Salieron juntos de la casa.

Había una docena de pescadores en el bar cuando Mercier entró en la posada y Jacaud estaba presidiendo el coro de aduladores. Se apretujaban en torno a él mientras escanciaba vino tinto de un jarro de barro dejando un rastro como de sangre en el mostrador mientras la vieja mujer que trabajaba para él mantenía muy apretados los labios.

—¡Gratis! —bramaba Jacaud—. Todo el gasto corre por mi cuenta. Por la mañana estaré lejos y nunca volveréis a ver al viejo Jacaud.

Mercier tuvo dificultad en abrirse paso hasta el mostrador, pero cuando Jacaud le vio, le acogió con efusión.

—Mercier, viejo amigo, ¿dónde has estado escondido?

Su habla era estropajosa y tenía toda la apariencia de estar borracho. Mercier sintió instantáneamente sospechas, ya que nunca le había visto borracho por más licor que ingiriese.

—Tengo un mensaje para usted —declaró en voz muy alta—. Del señor Gorman.

Varias cabezas giraron interesadas y Jacaud frunció el ceño, instantáneamente sobrio.

—¿Gorman? ¿Está aquí?

—En el malecón. Acaba de entrar con el *Mary Grant*.

Jacaud depositó el jarro sobre el mostrador e interpeló a la vieja.

—Sírveles a todos ellos. —Salió de detrás del mostrador y pasó junto a Mercier—. Vamos allá.

Fuera, un leve viento soplaba desde el mar y agitaba las ramas de los pinos.

—¿Dijo qué quería? ¿Problemas?

Mercier se encogió de hombros.

—¿Por qué iba a decirme nada, señor Jacaud? Yo soy una persona sin importancia. No me explicó nada.

Jacaud le echó una fiera ojeada, sorprendido, al observar una nueva beligerancia en su voz, pero ahora no podía perder tiempo en indagaciones. Al final de la calle, Mercier se detuvo.

—Aquí le dejo, señor.

—¿Vuelves a tu casa?

—Eso es.

Jacaud intentó inyectar algo de entonación amistosa en su voz.

—Más tarde pasaré a verte, si puedo, después de enterarme de lo que quiere Gorman. Me gustaría arreglar las cosas contigo ahora que voy a irme del pueblo para siempre.

—Como usted quiera, señor.

Mercier desapareció en la noche, y Jacaud continuó su camino, andando rápidamente, con ni siquiera el menor indicio de embriaguez en su actitud. Lo único que le sucedía es que estaba preocupado, ya que carecía en absoluto de inteligencia. Rossiter le había dejado instrucciones estrictas sobre lo que tenía que hacer y Gorman no figuraba en ellas.

El *Mary Grant* esperaba amarrado junto al embarcadero, con sus motores ronroneando suavemente. Bajó la escalera hasta cubierta y se detuvo inseguro. Hubo un movimiento dentro de la timonera y él avanzó rápidamente.

—¿Gorman? —llamó con voz ronca.

Llegó a la puerta abierta y el corazón pareció dejar de latir, ya que la cara que le estaba mirando fríamente desde la oscuridad, separada del cuerpo a la luz de bitácora, era una cara que nunca pensó volver a ver en toda su vida.

Chavasse sonrió, pero la sonrisa resultaba siniestra.

—Entra sin rodeos, Jacaud.

Jacaud dio un paso atrás y la boca del cañón de una pistola le tocó en la sien. Giró la cabeza sin darse cuenta y se encontró mirando directamente a Darcy Preston.

El sudor brotó de su frente, frío como la muerte, y empezó a temblar, porque lo que estaba viendo no podía ser verdad. Se desplomó contra la puerta lanzando un gemido, y el *Mary Grant* abandonó el embarcadero con toda la potencia de sus motores y salió a mar abierta.

Cuando anclaron en la bahía de Panmarch, Jacaud ya no creía en fantasmas, sólo en milagros, y un milagro era algo que le podía suceder a cualquiera. Su terror había sido remplazado por el furor y esperaba ansiosamente su oportunidad de golpear. Se le presentó cuando Mercier llegó y amarró a un lado en su viejo ballenero. Preston fue a coger el cabo que le arrojaba, dejando la vigilancia a cargo de Chavasse que de pronto pareció confiarse excesivamente. Jacaud alargó ambas manos hacia la pistola que empuñaba Chavasse, quien, anticipándose al intento, se apartó a un lado y le asestó un culatazo en la cabeza.

El golpe habría aturdido a cualquier otro hombre, enviándole de rodillas donde permanecería varios minutos. Jacaud simplemente rodó sobre un hombro, se puso en pie de un salto y se abalanzó hacia la barandilla. Darcy adelantó una pierna, le puso la zancadilla y Jacaud cayó ruidosamente de bruces.

Cuando se puso en pie, vio que el jamaiquino se había quitado la chaqueta.

—Vamos, venga, Jacaud —le retaba—. Veamos si sabes pelear.

—Simio negro. Puerco simio negro.

Jacaud embistió como un tornado, agitando sus enormes brazos, avanzadas las manos para destruir y empezó a encajar la mayor paliza de su vida, mientras Darcy le iba destrozando con científica exactitud que imponía por su precisión. El jamaiquino en acción era algo asombroso y el odio le añadió una ventaja adicional.

Jacaud pudo colocar dos o tres golpes, pero todo lo demás que lanzó sólo agitaba el aire. A cambio, fue sometido a un martilleo concentrado de puñetazos que tenían efectos devastadores, haciéndole caer de rodillas una y otra vez hasta que finalmente un gancho de derecha lo derribó de espaldas.

Quedó tendido, jadeando en busca de aire, y ahora el jamaiquino hincó una rodilla a su lado.

—Y ahora, Jacaud, vas a contestar algunas preguntas, rápida y adecuadamente.

—¡Cerdo negro! —jadeó Jacaud intentando escupir.

Chavasse levantó a Darcy.

—Tómate un poco de descanso. Déjame probar a mi estilo. —Encendió un cigarrillo y exhaló una larga voluta de humo—. Aquí todos te odiamos, Jacaud. El jamaiquino porque tú y Rossiter ahogasteis a su hermano hace unas semanas. Mercier, porque le arrastraste a la fuerza en la porquería contigo. Yo, porque no me gusta tu olor. Eres un animal, algo digno de estar bajo una piedra y no experimentaría la menor vacilación en matarte que la que sentiría pisando una babosa. Y ahora que ya sabemos nuestras respectivas posiciones, vamos a probar de nuevo. ¿Dónde ha ido Rossiter?

La respuesta de Jacaud fue obscena, aunque incomprendible.

—Ponte en pie —le ordenó Chavasse.

Jacaud titubeó y Mercier le asestó un puntapié en el costado.

—Ya oíste al caballero.

Jacaud se incorporó reacio, y Chavasse tendió un rollo de cuerda.

—Átele las muñecas, Mercier.

Jacaud no se molestó en resistirse, ya que era inútil.

—Pueden hacer lo que quieran, pero no conseguirán obligarme a hablar. Primero les veré a todos en el infierno.

Lanzó obscenidades durante algún tiempo, pero Chavasse le ignoró, dirigiéndose a popa donde estaban empotrados los sillones giratorios para la pesca mayor, así como la cabria y el cuadernal de poleas equipado para izar atunes o tiburones.

—Traedlo aquí.

Darcy empujó a Jacaud hacia delante. Chavasse le obligó a dar media vuelta y enlazó sus ligaduras en el gancho terminal de un cable de la polea.

—¡Eh! ¿Qué es esto? —quiso saber Jacaud. Chavasse indicó a los otros dos.

—Ízenlo.

Mientras el jamaiquino y Mercier accionaban entre los dos el largo mango de la cabria, Jacaud notó que sus pies abandonaban la cubierta y en un momento estuvo suspendido en el aire. Empezó a forcejear, pateando furiosamente, y Chavasse empujó la cabria sobre el agua. Jacaud quedó colgando fuera de la borda, maldiciendo, y Chavasse hizo otro intento.

—¿Dispuesto a hablar, Jacaud?

—¡Al demonio contigo! ¡Al diablo con todos vosotros!

Chavasse asintió. Darcy soltó la polea y Jacaud desapareció bajo la superficie del agua. Chavasse le concedió todo un minuto comprobándolo en su reloj, y entonces hizo una seña, y Darcy y Mercier giraron la manivela y lo izaron.

Jacaud colgaba justamente detrás de la barandilla, jadeando mientras trataba de aspirar aire. Empezó a toser y después vomitó.

—Jacaud, Hellgate y Montefiore. Quiero saber todo lo referente a los dos.

Jacaud le insultó, pataleando furiosamente. Chavasse se volvió, hizo una seña, implacable y frío el rostro, y el cabrestante chirrió de nuevo.

Esta vez cronometró minuto y medio, y cuando Jacaud reapareció, apenas se movía. Chavasse le atrajo hacia sí y, al cabo de unos instantes, la cabezota del asesino se alzó y abrió los ojos.

—Hellgate —graznó—. Es una casa de la Camarga, cerca de un pueblo llamado Chatillon. Su dueño es el señor Montefiore.

—¿Y allí es donde han ido Rossiter y los demás? —Jacaud asintió débilmente—. Y Montefiore, ¿está allí ahora?

—No lo sé. Nunca le he visto. Sólo sé lo que Rossiter me ha dicho.

—¿Por qué no te fuiste con los demás?

—Rossiter quería que yo me encargase de Mercier... Creía que sabía demasiado y él deseaba que cuando me marchara no hubiese nadie que pudiera contestar preguntas. Solamente tenía arrendada la posada. El alquiler termina dentro de un par de meses, de todos modos, o sea que se la traspasé a la vieja bruja que trabaja conmigo. Les dije a todos que me iba mañana a Córcega. Que había heredado una granja de un pariente lejano.

Chavasse asintió lentamente.

—Por consiguiente, ¿tenías que matar a Mercier, no?

Jacaud empezó a toser y lanzó un extraño grito entrecortado. Su cuerpo se retorció como si estuviera sufriendo, y Mercier y Darcy lo arriaron a cubierta rápidamente. Mercier se arrodilló y aplicó una oreja contra el pecho de Jacaud. Alzó la mirada y anunció en tono grave:

—Ha muerto, señor. Debió de fallarle eso que llaman corazón.

—Esperemos, pues, que haya dicho la verdad —comentó Chavasse con tranquilidad—. Quítele las ligaduras y colóquelo en la cámara.

Se volvió y Darcy le cogió del brazo.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir, por Dios santo? Acabamos de matar a un

hombre.

—De un modo u otro, era su destino bien merecido —replicó Chavasse—. Nadie se afligirá ni estamos para pésames.

Se soltó el brazo y pasó a la timonera. Estaba examinando la carta náutica cuando se reunieron los otros con él.

Necesito un canal con fondo suficiente —le dijo a Mercier—. Con suficiente fondo para que se hunda el *Mary Grant* sin dejar rastro.

Mercier suspiró.

—Una pena, señor. Es un barco precioso.

—Sería peligroso conservarlo. Hay que hundirlo —dijo Chavasse—. ¿Dónde sugiere usted?

Mercier examinó la carta durante unos instantes y señaló con el índice sobre un grupo de rocas señaladas como peligrosas a unas seis millas.

—Los Pinnacles, señor, han tragado muchos barcos en otros tiempos. Se amontonan en un foso a unos trescientos metros de profundidad. Cualquier cosa que se hunda allí, permanecerá para siempre allí, créame.

—Entonces ése es el lugar más adecuado —asintió Chavasse—. Precédame con su embarcación. Le seguiré. Ve con él, Darcy.

—Me quedo aquí —dijo el jamaiquino. Chavasse meneó la cabeza.

—No hay motivo. Esta clase de trabajo puedo hacerlo solo.

—Dije que me quedaba. —La voz de Darcy era destemplada—. Y eso es lo que voy a hacer.

Se alejó hacia la proa y permaneció allí con las manos en los bolsillos y los hombros encorvados.

—Me parece que no se siente satisfecho, señor —comentó Mercier—. Lo cual me sorprende. Al fin y al cabo, le hicieron lo mismo a su hermano.

—Eso es precisamente lo que le está incomodando —manifestó Chavasse—. No es un animal cazador, Mercier. Y ahora pasemos a la acción. No nos sobra el tiempo.

Los Pinnacles, a primera vista, eran como manchas de agua blanca en la distancia. Al irse aproximando, la turbulencia aumentó, y Chavasse percibió los grandes surtidores de espuma que se elevaban en la noche.

Los Pinnacles, en sí mismos, formaban un diseminado grupo de rocas dentelladas que en algunos casos estaban cubiertas siempre por las aguas y en otros se elevaban unos seis metros por encima del oleaje. Cuando Mercier silbó agudamente y agitó los brazos, que era la señal convenida, Chavasse paró los motores y llamó a Darcy. El abogado había estado esperando en la escotilla de proa, con un hacha de incendios. Ahora se dejó caer dentro y comenzó a abrir una serie de brechas en la proa. Cuando reapareció, el barco estaba ya hundiendo la punta de quilla y Darcy se hallaba totalmente empapado.

Chavasse tomó un salvavidas de corcho que llevaba el nombre del barco y lo arrojó por encima de la borda al irse aproximando al costado de la barca de Mercier.

—Perdido en el mar —dijo Chavasse—. Hundido con todos sus tripulantes. Nadie volverá a ver nunca más a Jacaud.

—¿Y Gorman? —preguntó Darcy.

—Lo creas o no, muchas personas que se zambullen en el Canal nunca vuelven a reaparecer. Incluso si alguien encuentra los restos que quedan al cabo de unas pocas semanas todo encaja claramente.

—Tienes una mente muy ordenada —comentó Darcy.

—No se trata de nada tan complicado. Soy un profesional, y tú no. Así de sencillo.

La barca tocó de costado y saltaron a bordo. Mercier hizo describir a su barco un amplio círculo mientras observaban. El *Mary Grant* estaba ahora muy hundido de proa, con la popa elevándose fuera del agua. Cuando se fue a pique, desapareció tan rápidamente que si alguno de ellos hubiese cerrado los ojos por un momento no lo habría visto desaparecer. Las aguas formaron unos remolinos hasta volver a cerrarse del todo. Mercier puso el motor en marcha y el barco se alejó.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Darcy Preston, dejándose caer en uno de los anchos asientos, con los hombros encorvados para defenderse de las rociaduras.

—Tomaremos el tren —dijo Chavasse—. Un tren con destino a Marsella, si lo hay. ¿Seguimos juntos o no?

Darcy asintió lentamente.

—Ya he llegado demasiado lejos ahora para retirarme. Te seguiré todo el camino.

—De acuerdo. —Chavasse se volvió hacia Mercier—. Llévenos a un lugar tranquilo en la costa, lo más cerca posible de Saint Brieu. ¿Puede hacerlo?

—Ciertamente, señor.

Chavasse le ofreció un cigarrillo y le sostuvo un fósforo protegido por el hueco de sus manos.

—Mercier, tal vez hagan preguntas sobre Jacaud.

—Tal vez, señor, pero lo dudo. Anunció públicamente que se iba por la mañana. Todos pensarán que se marchó antes. En cualquier caso, fue visto salir a la mar en el *Mary Grant*. ¿Y dónde está ahora el *Mary Grant*? Quizá dentro de unos días aquel salvavidas será hallado por un pesquero o será arrastrado hacia algún punto del litoral. En definitiva, Henri Jacaud ha dejado de existir, señor.

—¿Y usted? ¿Qué hará?

—Enterraré a mi esposa, señor —repuso Mercier lacónicamente.

12. FLAMENCOS Y CABALLOS BLANCOS

Justamente poco antes de medianoche llegaron a Saint Brieu. Por suerte, saldría un tren con destino a Rennes dentro de quince minutos y Chavasse decidió tomarlo mejor que esperar a otro que fuera directamente a Marsella.

En Rennes tuvieron que esperar hora y media antes de que saliera el tren para Marsella y dejaron pasar el tiempo en un café situado fuera de la estación. El jamaiquino seguía melancólico y taciturno. Al final, Chavasse se hartó de aquella situación.

—No es conveniente que sigamos así —dijo—. o bien aclaramos las cosas ahora o te apartas del asunto.

—En todo caso, subsiste un problema. Ni siquiera tengo derecho a estar en este país oficialmente.

Chavasse meneó la cabeza.

—Puedo ponerme en contacto con nuestra sucursal en París. Ellos arreglarán el asunto.

Darcy parecía bastante confuso.

—No sé, Paul. Cuando al principio tuve la idea de seguirte, me parecía algo con sentido y sobre todo más tarde, cuando me enteré de lo que habían hecho con Harvey. Estaba amargado y furioso. Quería vengarme.

—¿Y ahora?

—El asunto de Gorman fue algo obligado. Al fin y al cabo, intentaba matarme. No podía hacer otra cosa, pero lo de Jacaud fue distinta —agitó la cabeza—. Esto me tiene amargado.

—Si así es como te sientes, mejor será que no continúes adelante —aconsejó Chavasse— Rossiter ahogó a tu hermano como si fuera una rata y sin el menor escrúpulo, intentó un asesinato en masa cuando el *Leopard* se hundía y casi lo logró, si recuerdas lo que les sucedió a la señora Campbell y al viejo Hamid. No vacilará ni un momento en liquidarnos a los dos apenas nos eche la vista encima y se dé cuenta de que seguimos estando en la tierra de los vivos. No tratamos con un tribunal de Old Bailey ni con el Su premo de Jamaica. Estamos en un terreno con una única ley: mata o te matarán. Y no olvide que yo tengo órdenes directas de matar en este caso. Ho-Tsen, Rossiter y Montefiore... los tres han de desaparecer.

El jamaiquino sacudió la cabeza.

—Sabes una cosa, en los viejos tiempos en que vivía con Harvey en el Soho conocí a toda clase de rufianes, pero tú... tú eres algo especial en tu clase.

—Y es por eso que he sobrevivido doce años en este juego sanguinario —replicó Chavasse— Aclaremos las cosas: ¿sigues o abandonas?

—Tal como lo veo realmente, no me cabe otra opción. Sé que si alguna vez llego a estar cerca de Rossiter, si yo no le cazo primero, él me cazara a mí. Va contra mi modo de ser, eso es todo. Pasé años presenciando el estilo de la jungla particular de Harvey. Y supongo que un psicólogo no tendría mucha dificultad en acertar por qué elegí la carrera de leyes. —Suspirando con fuerza, añadió—: Pero puedes contar conmigo, Paul. No voy a retirarme.

—Bien, ahora que ya sé dónde piso, voy a telefonar a nuestro agente nocturno en Marsella. Le indicaré que lo tenga todo preparado para cuando lleguemos por la mañana.

Se levantó y Darcy preguntó:

—Ese lugar llamado Camarga, ¿qué es exactamente?

—La zona del delta en la boca del Ródano —le explicó Chavasse—. Aproximadamente ochocientos kilómetros cuadrados de lagunas y canales navegables, pantanos, dunas arenosas blancas y sol ardiente, aunque ésta no es la mejor temporada del año. La región es famosa por tres cosas: caballos blancos, toros bravos y flamencos. Estuve por allí cuando era muchacho, hará unos veinte años, y nunca he podido olvidar la belleza de aquella comarca.

—Pero, ¿qué diablos están haciendo en un lugar semejante? —indagó Darcy.

—Esto es lo que intentamos averiguar, ¿no?

Chavasse fue a llamar por teléfono.

Jacob Malik era polaco de nacimiento y había abandonado su patria por razones políticas, precisamente antes de que estallase la Segunda Guerra Mundial. Durante dos años había trabajado para el Deuxième Bureau, la antigua organización del Servicio Secreto francés, extinguida en 1940. Pasó la guerra realizando tareas para las Operaciones Especiales Ejecutivas Británicas, actuando como enlace con las unidades francesas de la Resistencia. Su carrera, muy accidentada, finalizó a causa de una granada del FLN, que lanzaron a través de la ventana de su habitación en un hotel durante los disturbios argelinos. Se había retirado para ocuparse de un modesto café en la zona portuaria de Marsella con su esposa argelina y tres hijos. Continuó actuando como agente británico en esta ciudad durante seis años y Chavasse había empleado sus servicios ya dos veces.

Estaba en pie junto a su furgoneta «Renault», apoyado pesadamente en su bastón cuando salieron de la estación. Un hombre delgado, elegante, con un bigote erizado, que llevaba muy bien sus sesenta años.

Avanzó renqueando hacia ellos y recibió con entusiasmo a Chavasse.

—Mi querido Paul, me encanta volver a verle. ¿Qué tal le va?

—Estupendamente. —Chavasse estrechó su mano cordialmente—. ¿Y Nerida y su familia?

—Todos muy bien. Pero todavía echa de menos a Argelia, aunque nunca podremos volver allá. Yo no duraría ni una semana. Aquella gente tiene buena memoria.

Chavasse le presentó a Darcy, subieron al «Renault» y se alejaron. Hacía un día caluroso, más bien bochornoso, el sol oculto a la vista por grandes nubes grises y, no obstante, seguía brillando aquella intensa luz frecuente en Marsella, deslumbrante.

—¿Qué pudo arreglar? —preguntó Chavasse.

—Reflexioné un buen rato sobre el asunto tras su llamada —dijo Malik—. Exactamente a las cuatro de la madrugada se me ocurrió una idea bastante genial, aunque lo exprese con poca modestia. Entrar en la Camarga no presenta problema alguno. Permanecer allí sin ser visto es imposible.

—¿En ochocientos kilómetros cuadrados de lagunas y marismas? —comentó Chavasse—. No lo comprendo.

—Oh, la población es poco numerosa, principalmente cazadores furtivos y vaqueros que cuidan del ganado bovino y de los caballos que andan libres, casi salvajes,

por toda la zona. Es debido a la escasez de población por lo que resulta difícil a los forasteros entrar sin que se sepa. Lo que se necesita es una causa legítima para permanecer allí, una razón que sea plausible para cualquiera.

—¿Y usted dio con ella?

—Acechador de aves —repuso Malik sencillamente.

Darcy Preston rió divertido.

—No puede estar hablando en serio.

—Pues estoy hablando muy en serio. —Malik parecía levemente ofendido—. La Camarga es famosa por sus aves silvestres, particularmente su colonia de flamencos. La gente viene a estudiarlas desde toda Europa.

—Parece que realmente ha acertado —dijo Chavasse.

—Más que eso, mi querido Paul. Poseo el equipo necesario. Una canoa con cabina y todos los extras adecuados. Un bote de caucho, chaquetones de caza y botas de agua, prismáticos y una cámara decente. Consulté con S 2 en Londres y me dieron el visto bueno. Me pareció que no había que perder tiempo.

—Magnífico. —Chavasse se dio cuenta de que sentía un súbito afecto irracional hacia Malik, al que palmeó en el hombro—. Realmente magnífico.

—No exageremos, Paul. Por esta clase de intervención obtengo una buena prima, doble si ayudo en el propio terreno de actividades.

—¿Quiere venir con nosotros?

—Conozco la Camarga y usted no, por lo cual lo más sensato es que le ayude —añadió, sonriendo—: No puede hacerse ni idea de lo aburrida que es la vida estos días. Un poco de actividad extra será buena para mi espíritu.

—Entonces todo queda solucionado. —Chavasse se volvió hacia Darcy sentado atrás—. No hay nada como la buena organización.

—Y estoy impresionado —declaró Darcy irónico—. Lo estaría todavía más si alguien pudiera acordarse de llenar mi estómago lo antes posible. Está tan vacío que empieza a dolerme.

—Eso también lo he arreglado, señor —anunció Malik—. Mi café está a tiro de piedra del puerto. Allí, mi esposa le suministrará una sopa bullabesa, la especialidad local. Si usted sensatamente elige su cordero al horno con arroz, se ganará su eterna amistad.

—Adelante, pues —aprobo Darcy.

Malik pasó de un carril de tránsito a otro, esquivando por muy poco un autobús,

y giró para penetrar en una estrecha callejuela lateral que bajaba hacia el puerto.

El cordero al horno con arroz resultó tan sabroso como había sugerido Malik y después descendieron hacia el puerto viejo, aparcaron la furgoneta «Renault» y caminaron por el malecón. Había barcos de todos los tamaños y formas anclados, así como botes y esquifes amarrados al malecón. Bajaron las escaleras y Malik atrajo un bote de seis plazas.

Chavasse empuñó los remos y, siguiendo las indicaciones de Malik, fue bogando a través del atestado puerto hasta que abordaron una embarcación, de unos cinco metros de eslora con cabina, provista de un motor fuera borda. Se llamaba *L'Alouette*, y estaba pintada de blanco con una franja escarlata. Darcy trepó a bordo y se volvió para tenderle la mano a Malik. Chavasse les siguió después de amarrar el bote.

La cabina era pequeña, con dos banquetas laterales acolchadas que servían de literas por la noche. Contaba también con un lavabo y un retrete, además de una pequeña cocina.

Malik se sentó con un suspiro, sacó un delgado cigarro negro y lo encendió.

Encontrará un mapa en aquel armarito, Paul; por cierto, tiene un falso fondo. Contiene un par de pistolas ametralladoras y media docena de granadas. Me pareció una buena idea.

El mapa mostraba la Camarga con detalle y no sólo las varias bocas del Ródano, sino cada laguna, cada bajío de arena, cada canal navegable.

—No se puede interpretar al pie de la letra —comentó Malik—. La acción de la marea y la corriente del río se combinan con fuerza. Un bajío de arena puede estar visible un día y desaparecer al siguiente, y alguno de los canales puede obstruirse con idéntica rapidez. De todos modos, no tendremos muchos problemas. *L'Alouette* cala solamente unos sesenta centímetros.

—¿Y Hellgate? ¿Ha conseguido localizarlo en el mapa? —preguntó Darcy.

—Pues sí. Vea, justamente un poco a un lado de Marsella, en la Pointe du Nord. A cinco o seis kilómetros tierra adentro, está el pueblo de Chatillon. Hellgate está señalado aquí, a unos tres kilómetros al nordeste del pueblo.

Chavasse examinó la localización, una isla en una laguna que tenía la forma de una semiluna.

—¿Pudo conseguir algún informe sobre el lugar o sobre Montefiore?

—Naturalmente, tuve que limitarme a Marsella, debido al elemento tiempo, pero

conseguí obtener alguna información útil. La casa fue construida hace unos setenta años, por un novelista ruso llamado Kurbsky, a quien no le gustaba el zar y lo exponía abiertamente. Sus novelas consiguieron mucho éxito en cierta época, tanto en Europa como en América, y se enriqueció. Vino a la Camarga para visitar una granja con ganadería bovina y decidió quedarse. Se hizo construir la casa en aquel lugar, ya que tenía una verdadera obsesión por el aislamiento. Es un edificio de madera y muy al estilo ruso.

—¿Qué le sucedió? —quiso saber Darcy.

—Regresó a su país después de la Revolución, lo cual fue un grave error. La misma antipatía que le tenía al zar la traspasó a Lenin, sólo que esta vez no pudo salir del país. Murió en 1925, de muerte natural o asesinado, Todos estos detalles no me exigieron gran esfuerzo. Hay una excelente biblioteca en Marsella. Tengo un amigo en los archivos, que telefoneó a Arles para saber quién era el propietario de la casa ahora. Fue empleada como base por las tropas alemanas durante la guerra. Después quedó deshabitada hasta que hace cuatro años fue comprada por alguien llamado Leduc.

—¿Leduc? —repitió Chavasse frunciendo el ceño.

—Así figura en el registro.

Chavasse asintió lentamente.

—Muy bien. Ahora será mejor que le instruya en los detalles del asunto para que así sepa por dónde andamos.

Cuando hubo terminado, Malik estaba pensativo.

—Un extraño asunto. Por ejemplo, este hombre llamado Rossiter. Por una parte, un aficionado chapucero que actúa a cara descubierta. Por otra parte, un asesino a sangre fría sin el menor escrúpulo.

—¿Y Ho-Tsen?

—Detestable, peligroso a más no poder. ¿Qué hace un verdadero profesional como él mezclándose con gente semejante?

—Eso es lo que debemos averiguar —dijo Chavasse—. Aunque tengo mis propias ideas sobre el tema. Ya sabe lo difícil que les resulta a los chinos los asuntos de espionaje. Los rusos no tienen este problema, porque pueden hacer pasar a su propia gente por nativos de muchos otros países. Los chinos obviamente no pueden hacer lo mismo, lo cual explica por qué están dispuestos a emplear a un hombre como Rossiter, chapucero o no. De todos modos, eso sigue sin explicar dónde encaja alguien como Montefiore.

Malik asintió.

—Y una vez localizados, ¿qué pasará con ellos?

—Eliminación, total y absoluta.

—¿Y la muchacha? —intervino Darcy—. ¿Qué será de ella?

—Si podemos, la sacaremos de allí.

—¿Sólo si podemos?

—Exactamente. Ahora pongámonos en marcha. Con la mayor parte de la tarde por delante, podemos recorrer mucho camino antes de que caiga la noche. ¿De acuerdo, Jacob?

Malik asintió.

—Voy a sacar la barca fuera del puerto. Con este motor podemos llegar por allí en poco más de tres horas, siempre que el tiempo lo permita, y debo reconocer que no luce demasiado bueno.

Salió a cubierta y Chavasse le siguió. Permaneció junto a la barandilla, mirando hacia Marsella mientras avanzaban hacia el mar abierto. Una ciudad antigua, donde todos habían pasado épocas: fenicios, griegos, romanos. Más allá del cabo Croisette, el cielo era oscuro y ominoso y mientras la embarcación cabeceaba al surcar la marejada, la lluvia empezó a caer sobre la cubierta con grandes goterones.

Desde el mar, la Camarga era una línea de dunas arenosas esparcidas en la distancia, y cuando penetraron en ella, grandes bancos de junquillos, así como vegetación de marisma, emergían del agua como para recibirles junto con el acre y penetrante olor de las ciénagas compuestas de vegetación pútrida, sal y barro negro gaseoso, un olor que evocaba un mundo tenebroso, primitivo, un lugar que el tiempo había dejado atrás.

El mal tiempo no se había presentado y la lluvia había cesado, salvo chubascos intermitentes. Mientras penetraban tierra adentro, Malik tomó una vez más el timón, y Chavasse y Darcy permanecieron junto a la borda.

Media docena de caballos blancos, inmóviles en un banco de arena, les miraron pasar, y más allá, centenares de flamencos pateaban por los vados inflamando el aire con su vistoso plumaje.

—¿Y ahora qué, Paul? —preguntó Malik—. ¿Nos detenemos en el pueblo o seguimos adelante?

—No vendrá mal detenernos allí —contestó Chavasse—. Puede entrar en la tienda local y ver lo que saca en claro. Darcy y yo será mejor que, permanezcamos aquí, por si acaso.

—De acuerdo —asintió Malik—. Seguir adelante sin detenernos, probablemente despertaría un poco saludable interés sobre nuestra identidad y destino. Las pequeñas comunidades son iguales en todo el mundo.

Y Chatillon lo era, sin duda alguna. Dos primitivos embarcaderos de madera sobresalían del agua, una serie de pequeños barcos y un par de docenas de casas. Malik llevó *L'Alouette* al extremo final de uno de los embarcaderos y Chavasse la amarró. Darcy permaneció en la cabina.

El polaco se alejó cojeando, y Chavasse haraganeó a popa, manoseando una caña de pescar, parte del equipamiento general que había suministrado Malik. No parecía haber mucha actividad en tierra. A unos cincuenta pasos de distancia, un hombre faenaba en un bote y dos viejos estaban sentados en el otro embarcadero remendando redes para la caza de aves.

Malik regresó a los quince minutos, con una bolsa de papel cargada de diversas provisiones.

—Provincianos típicamente franceses —explicó mientras Chavasse le ayudaba a pasar por la borda—. Sumamente recelosos de todos los forasteros, pero deseando saber hasta el último detalle de los motivos de la visita.

—¿Y qué les contó?

—Que venía de Marsella con un amigo para acechar aves y pescar un poco. Como ya le dije, por aquí acuden con frecuencia forasteros con los mismos propósitos.

—¿Y aceptaron su historia?

—Por completo. Una vieja de unos setenta años, con un hijo cretino. Saqué el mapa y les pregunté dónde había un buen lugar para fondear durante la noche, lo cual me proporcionó una excusa para colocar el dedo sobre Hellgate entre otros sitios.

—¿Cómo reaccionaron?

—Nada de particular. Dijeron que era un sitio privado. Con gente muy correcta, pero a la que no le gustan los visitantes.

—Bastante normal —dijo Chavasse—. Pongámonos en marcha. Pronto se hará de noche.

Un trueno retumbó amenazador a lo lejos, y Malik puso en marcha el motor mientras Chavasse soltaba las amarras. Darcy no salió a cubierta hasta que estuvieron suficientemente lejos del pueblo surcando un estrecho canal.

Chavasse trepó a lo alto de la cabina y extendió el mapa. Al principio, era relativamente sencillo seguir la carta de navegar, pero se fue haciendo cada vez más difícil cuanto más se adentraban en las marismas.

Deliberadamente, habían evitado navegar por el canal principal que daba acceso a Hellgate y mantuvieron rumbo al Nordeste, de modo que al final se aproximaron por la retaguardia.

Era casi de noche cuando penetraron en una pequeña laguna, y Chavasse dijo en voz baja:

—Bueno, aquí estaremos bien.

Malik paró el motor y Darcy lanzó el ancla por babor en unos tres metros de calado. De repente, todo quedó en silencio, sólo roto por el croar de las ranas y el ocasional revoloteo de un ave entre la maleza.

—¿A qué distancia estamos? —preguntó Darcy.

—A unos cuatrocientos metros, no más —dijo Chavasse—. Iremos allí con el bote con la primera luz del alba y echaremos un vistazo al lugar.

—Una perspectiva interesante —comentó Malik.

—Es de esperar que todo vaya bien.

Sobre ellos restalló el trueno rasgando el oscuro cielo y, al hacerse de noche, la lluvia cayó con súbita violencia en un espeso aguacero, que les obligó a buscar refugio en la cabina.

13. HELLGATE

Cuando Chavasse salió a cubierta a las cuatro y media de la madrugada, se encontró en un ambiente gris y frío. La lluvia martillaba las aguas de la marisma produciendo extraños ecos, pero la vida alentaba en las tinieblas. Los pájaros trinaban y los patos silvestres se elevaban en la lluvia.

Llevaba altas botas de agua, un anorak impermeable con capucha y un par de prismáticos colgaban en su cuello. Darcy Preston acudió a reunirse con él, vestido con un equipo semejante y le seguía Malik, que se protegía bajo un amplio paraguas negro.

—El lugar más perdido que hizo Dios. —El polaco se estremeció—. Me había olvidado que pudiera existir un tiempo semejante.

—Es bueno para el alma, Jacob. —Chavasse entró en el bote—. No podemos tardar mucho, un par de horas a lo sumo. Sólo quiero explorar los alrededores, eso es todo.

—Lo importante es que se asegure de encontrar el camino de regreso —advirtió Malik—. No resulta fácil en un lugar como éste.

Darcy Preston empuñó los remos y bogó alejándose y, a los pocos instantes, *L'Alouette* había desaparecido en la oscuridad. Chavasse proyectó su linterna de bolsillo sobre el mapa. Empleó la brújula y siguió un trayecto hacia Hellgate que les llevaba en línea recta a través del fango, junquillos y estrechos canales, penetrando cada vez más en un mundo perdido.

—Así debió de ser en los principios del tiempo —dijo Darcy—. Nada ha cambiado.

Se escuchó un crujido en los juncos a su izquierda, y un novillo apareció chapoteando en el agua. Se detuvo en el vado y les contempló con recelo.

—Sigue remando aprisa —dijo Chavasse—. Es un toro bravo con una gran agresividad. No aceptan amablemente a los forasteros.

Darcy acentuó el ritmo de sus paladas y el novillo se perdió de vista.

—Ciertamente, no me gustaría estar en tierra con uno de esos bichos pisándome los talones —comentó—. Lo que me parece poco sensato es dejarles por ahí sueltos.

—Así es como los crían. Crecen fuertes y libres con un espíritu orgulloso. Ésta es una región de toros, Darcy. Casi adoran a esos condenados animales. Somos nosotros los intrusos, no los toros.

Emergieron en una amplia laguna y los torreones de la casa asomaban por encima de la neblina a unos cincuenta pasos de distancia. Chavasse hizo un gesto rápido, y Darcy impulsó el bote entre el refugio de los junquillos a la derecha. Había un trozo de tierra seca donde vararon el bote. Acurrucándose, Chavasse enfocó los prismáticos.

Tal como había dicho Malik, la casa era de estilo ruso y construida de madera, con un elevado torreón en cada esquina y una galería al frente. El conjunto estaba rodeado de pinos, que probablemente fueron plantados a propósito al iniciarse la construcción, pero lo que había sido en su origen un jardín era ahora una jungla exuberante.

Se respiraba algo curiosamente falso en el lugar. Era demasiado parecido a un paraje ruso, como un decorado para una versión en Hollywood de una comedia de Chéjov.

Chavasse no podía ver el terreno de acceso, que presumiblemente estaba en el otro lado. Desde el punto de vista de la aproximación, no podían haber elegido una mejor situación estratégica para la casa. La laguna tenía forma de una semiluna de aproximadamente unos cien metros de ancho y doscientos de largo. No había posibilidad alguna de acercarse a cubierto a la luz del día.

Le tendió los prismáticos a Darcy.

—¿Qué te parece?

El jamaiquino echó una ojeada y meneó la cabeza.

—No veo cómo nadie pueda llegar más cerca de lo que ahora estamos durante el día sin ser localizado.

En aquel momento ladró un perro y dos hombres aparecieron corriendo rodeando la esquina de la casa. Quedaron a la vista cuando Chavasse enfocó los prismáticos. Dos chinos, cada uno empuñando un fusil de asalto. El perro se les unió un momento después, un alsaciano que brincaba adelante y atrás, husmeando en la maleza.

—No sé lo que estará olfateando, pero no va a encontrar ningún rastro con esta lluvia —dijo Darcy.

—No estoy tan seguro. —Chavasse vigilaba atentamente por los prismáticos—. Hace falta mucho para engañar a un pastor alemán.

Se produjo una súbita conmoción a la derecha de donde se hallaban, un sonoro chapoteo como si algo o alguien forzara su camino a través de los juncos. Al principio, Chavasse pensó que podía ser otro toro, pero, por si acaso, extrajo la «Walther PK». Se oyó un gemido de dolor, un chapaleo seguido de una exclamación en petición de ayuda en francés.

Chavasse y Darcy se abrieron paso a través de los juncos y surgieron al otro lado del banco arenoso, mientras una cabeza asomaba a ras del agua del canal y una mano se crispaba desesperadamente en el aire.

Chavasse se tendió hacia delante, con el agua llegándole al pecho y agarró la mano extendida al volver a sumergirse el hombre. Sus dedos se encontraron y Chavasse retrocedió lentamente, pues el espeso fondo de negro lodo parecía reacio a soltarlo.

Darcy le ayudó y entre los dos depositaron al hombre sobre la espalda bajo la lluvia, un sujeto flaco, demacrado, de cabello gris, que tendría unos setenta años. Llevaba pantalones de pijama y un chaleco sin mangas, y su cuerpo aparecía amoratado por el frío. Sus ojos rodaban enloquecidamente en las órbitas y farfullaba aterrorizado hasta que se desmayó.

—¡Pobre diablo! —Chavasse alzó uno de los brazos del yacente, como un bastón—. ¿Has visto algo igual antes?

Darcy examinó las múltiples y diminutas cicatrices y asintió pensativo:

—Un adicto a la heroína, por el aspecto y desde hace largo tiempo. Me pregunto quién puede ser.

Chavasse empezó a quitarse el anorak.

—La última vez que lo vi fue en una fotografía que Mallory me mostró, aunque debo admitir que en la foto tenía un aspecto mucho más saludable.

—¿Montefiore? —indagó Darcy.

—En persona. —Chavasse hizo sentarse al hombre inconsciente, le deslizó el anorak por debajo de la cabeza y lo levantó en vilo—. Ahora, vámonos de aquí antes de que se nos muera en descampado.

En el viaje de regreso, Chavasse se sentaba a popa, con Enrico Montefiore sujeto en sus brazos. Estaba en muy mal estado, no cabía la menor duda, y gemía constantemente, gritando y llorando a intervalos, pero sin recobrar ni por un instante la consciencia.

En algún lugar sonaban los ladridos del pastor alsaciano, incómodamente cerca, y entonces el áspero ronquido de un motor fuera borda rompió el silencio de la madrugada.

Chavasse miraba la brújula empuñada en su mano libre, dándole instrucciones concretas a Darcy que remaba con todas sus fuerzas. En determinado punto, se atascaron en un cañaveral sumamente espeso, y Chavasse dejó en el suelo del bote a Montefiore y saltó a un lado para ayudar a empujar.

Sentía frío, un intenso frío, porque el agua se había introducido en el interior de sus altas botas y sin el anorak la parte superior de su cuerpo carecía de protección.

El perro ladraba con intensa monotonía, mucho más cerca ahora, mientras el ruido del motor fuera borda se aproximaba por instantes. Chavasse empujó con fuerza y trepó al moverse de nuevo el bote.

Poco después abandonaban el cañaveral y surcaron agua clara. *L'Alouette* se distinguía en la neblina.

—¡Jacob! —llamó Chavasse, y al acercarse más el bote, pudo ver a Malik sentado a popa, protegiéndose de la lluvia bajo su paraguas negro.

El bote chocó suavemente contra el costado de *L'Alouette*. Chavasse se incorporó y miró directamente al rostro de Malik bajo el negro paraguas, que ahora comprobó estaba atado a la barandilla de popa con una larga cuerda. Los ojos de Malik tenían la vidriosa fijeza de la muerte, le faltaba la oreja izquierda y mostraba un pequeño orificio azul justamente encima del caballete de su nariz.

—Buenos días, Chavasse, bien venido a bordo.

Rossiter apareció en la cabina, sonriendo agradablemente como si en realidad le agradase volverle a ver de nuevo.

El coronel Ho-Tsen estaba al fondo, con un lado de su cara cubierto de esparadrapo. Empuñaba un fusil «AK» de asalto y tenía aspecto sombrío e implacable, el clásico profesional.

—Uno de mis hombres le tomó una foto anoche cuando llegó —expuso Rossiter—. Nos gusta siempre comprobar quiénes son los que van llegando por esta parte de la Camarga. Puede imaginarse mi sorpresa cuando me mostró la fotografía.

—Se tomó tiempo para llegar aquí —dijo Chavasse.

—Este puerco tiempo. Llegamos aquí justamente después de que usted se fuera. O sea, que decidimos esperarle. Realmente aprovechamos este tiempo. Su amigo fue muy parlanchín después de que el coronel le convenciera con un trato especial. Pues sí, ahora ya comprendo que usted lo sabe todo sobre nosotros, Chavasse. Por otra parte, nosotros lo sabemos todo acerca de usted.

—Mejor para todos. ¿Y qué le pasó a Montefiore?

—Un problema. Ya intentó otra vez escaparse, lo cual siempre es fastidioso. Tendré que hablar en serio con la persona que se suponía tenía que vigilarle.

Fue hacia el umbral, cogió un silbato y sopló tres veces. Cuando se volvió, Darcy Preston indagó ásperamente:

—¿Quién le hizo adicto a la heroína? ¿Usted?

—Le mantenía dócil la mayor parte del tiempo —repuso Rossiter.

—Como un vegetal viviente. ¿Por qué no le dejó morir?

—¿Entonces, quién iba a firmar los cheques? —preguntó Rossiter con entonación medio humorística, como si intentase razonar sensatamente sobre el asunto.

Y en ese momento sucedieron varias cosas al mismo tiempo. Montefiore empezó a gemir, agitó frenéticamente los brazos, sentándose, y un bote fuera borda apareció en la niebla transportando al perro alsaciano y a dos chinos.

Los dos hombres subieron a bordo, dejando al perro en el bote. Ho-Tsen le habló en tono agudo a uno de ellos en chino, tan rápidamente que Chavasse no pudo enterarse de lo que dijo. El hombre replicó en voz baja, con la cabeza agachada y Ho-Tsen le asestó un fuerte bofetón.

—¿Han traído con ellos una dosis? —preguntó Rossiter en chino.

Uno de los hombres depositó en el suelo su fusil de asalto y extrajo una cajita de cuero. La abrió, sacó de ella una jeringuilla y una ampolla. Rossiter llenó la jeringa e indicó al chino que sujetase por los hombros a Montefiore. Rossiter le aplicó la

inyección.

—Esto le calmará.

Montefiore dejó de forcejear y quedó muy quieto, desaparecida toda tensión, y después ocurrió algo extraño. Abrió los ojos, alzó la vista y, mirando a Rossiter, sonrió.

—¿Padre Leonard? —dijo—. Padre Leonard, ¿es usted?

Y sonriente, el aliento se le truncó en breve suspiro y su cabeza se desplomó a un lado.

Se hizo un súbito silencio. Rossiter le palpó suavemente la yugular. Fue Ho-Tsen el que se movió primero. Empujó con rudeza a Rossiter y sacudió por los hombros con violencia a Montefiore. Cuando se volvió, sus ojos brillaban de cólera.

—Está muerto, ¿se entera? Le ha matado. Ya le advertí... Ya le dije que estaba inyectándole en exceso. —Asestó un golpe a Rossiter, que lo lanzó contra la otra litera—. Un error tras otro. Tendrá usted que responder a muchas preguntas cuando lleguemos a Tirana.

Durante un momento, toda la atención se concentró en Rossiter. Chavasse empujó con fuerza al otro chino enviándole tambaleándose hacia atrás, giró rápidamente atravesando el umbral. Saltó por encima de la barandilla, en honda zambullida, salió a la superficie y nadó con fuerza hacia el refugio del cañaveral.

Echó un rápido vistazo por encima del hombro y vio a Darcy forcejeando con los dos chinos junto a la barandilla. Apareció Ho-Tsen, quien asestó al jamaiquino un culatazo y alzó el fusil para disparar. Chavasse volvió a zambullirse y nadó hacia el cañaveral.

Seguro ya entre la protección de los juncos, se volvió para mirar. Los dos chinos estaban ya en el bote fuera borda, con el pastor alsaciano aullando como un lobo. Chavasse empezó a avanzar a través de los juncos, medio nadando, medio vadeando. Y entonces otro ruido rasgó la mañana. El del motor de *L'Alouette* al ponerse en marcha.

Llegó a un canal tan hondo que sus pies ya no tocaban fondo. Nadó a través de una pared verde-grisácea de hierba, en la que forzó una abertura. Se detuvo al cabo de unos minutos, flotando en el agua. El rumor del motor de *L'Alouette* fue desapareciendo. Probablemente regresaba a Hellgate, pero el bote fuera borda continuaba oyéndose por los alrededores y el lúgubre aullido del perro alsaciano provocaba ecos pavorosos a través de la lluvia como una voz de ultratumba.

Empezó a nadar de nuevo, abriéndose paso a través de los juncos, hasta que de repente, el ruido del motor fuera borda cesó bruscamente y el perro dejó de ladrar. Lo cual no le gustó en absoluto porque ahora no tenía la menor idea de dónde estaban.

Sus pies tocaron fondo, chapoteó a través del espeso lodo negro y salió del terreno de juncos y hierbas para pisar suelo relativamente firme. La brújula seguía colgando de su cuello, lo cual le permitía comprobar la dirección y se concentró para intentar formarse una imagen del mapa. Era un viejo truco, sorprendentemente efectivo. La isla sería el único lugar donde anclar *L'Alouette* en la vecindad, un par de centenares de metros de diámetro y a unos cuatrocientos metros al sudoeste de Hellgate.

Empezó a correr, y se detuvo en seco al surgir de la neblina un toro frente a él. El animal mantenía en alto la testuz y le miraba fijamente. Exhalaba vapor por sus fosas nasales, y Chavasse fue retrocediendo lentamente. Hubo un movimiento a su derecha y otro toro apareció como una sombra negra, con los flancos lustrosos. Escarbaba el suelo nerviosamente, con la cabeza agachada y los grandes cuernos curvos brillando malignamente; luego apareció otro tras el primero y todavía otro, seis o siete de las enormes bestias en conjunto, toros de lidia criados para embestir en el ruedo, famosos por su bravura e ímpetu.

Aspiró a fondo y caminó por entre ellos muy despacio, pasando entre dos del círculo exterior tan cerca que podía alargar el brazo y tocarles. Siguió caminando, dando traspies a través de la alta hierba y salió a una playa arenosa. Se escuchó un grito agudo seguido de dos disparos consecutivos y la arena saltó en el aire a su derecha.

El bote surgió fuera de la niebla a unos veinte pasos. En un breve instante de indecisión, observó claramente que el perro llevaba bozal. El fusil «AK» de asalto volvió a crepitar, y mientras Chavasse daba media vuelta para escapar comprendió que al perro le habían quitado el bozal, porque ladraba a la vez que se arrojaba al agua.

No disponía de mucho tiempo, acaso un minuto o minuto y medio máximo, antes de que se le abalanzase y le derribara. Hurgó febrilmente en su cinturón mientras avanzaba a trompicones. Había una técnica para luchar con perros grandes, pero su aplicación satisfactoria dependía enteramente de mantenerse sereno y tener mucha suerte en los primeros segundos del ataque.

Se quitó el cinturón, enlazando un extremo en cada mano, se volvió y esperó, tendidas las manos rectamente al frente, tenso el cinturón.

El perro alsaciano surgió de la neblina corriendo y patinó brevemente al detenerse. Casi en el mismo instante, se abalanzó, con las fauces abiertas. Chavasse empujó el cinturón y el viejo truco surtió efecto como un hechizo. El perro alsaciano aprisionó entre sus mandíbulas el cinturón, rasgando sus dientes el cuero. Chavasse tiró hacia arriba con todas sus fuerzas, obligando al perro a sostenerse sobre sus cuartos traseros y le asestó un golpe bestial con el pie en el vientre.

El alsaciano rodó por el suelo y volvió a asestarle puntapiés en los costillares y la cabeza. Aullaba de manera horrible, retorciéndose en el fango. Ahora aparecieron los dos chinos, mientras Chavasse se volvía y emprendía de nuevo la fuga.

Silbó un disparo y en algún lugar próximo se oyó un bramido de dolor. *Los toros*. En la tensión del momento se había olvidado de los toros. Sonó un súbito pisoteo y apareció uno de ellos, manando sangre por una herida en una pata.

Chavasse se zambulló hacia la protección de un macizo de juncos y cayó boca abajo, mientras los pesados cuerpos de los toros hacían trepidar el suelo fangoso. Hubo un grito de espanto, estalló un disparo y alguien chilló. Cuando Chavasse alzó la cabeza, vio a un toro semental sacudiéndose bajo la lluvia, con uno de los chinos colgando de la testuz, empalado en el cuerno derecho. El toro dio otra sacudida más fuerte para liberarse del hombre, y ahora volvió a cornearle en el suelo.

Se escucharon más disparos por algún otro lugar en la niebla, y después un alarido de terror. Chavasse ya había visto y oído lo suficiente. Salió de los juncos y entró en el agua. Poco después, alcanzaba otro pedazo de tierra seca, comprobó su brújula y empezó a dirigirse al Sudoeste en dirección a Hellgate.

Le costó cerca de una hora llegar al punto ventajoso, desde el cual él y Darcy habían avistado la casa aquella madrugada. Se acurrucó entre los juncos y atisbó a través de la laguna. La niebla se había espesado y todo era indistinto, confuso y fantasmal, más que nunca semejante a un lóbrego paisaje ruso.

Por entonces, *L'Alouette* estaría ya amarrada en un lugar al otro lado de la isla detrás de la casa, y si algo se debía hacer, sería a partir de allí.

A su izquierda, los juncos desfilaban hasta el agua gris, suministrando la cobertura necesaria para quizá la mitad de la distancia. La aproximación final tendría que ser a campo abierto. No había otro modo.

Seguía calzando las botas de agua que le había facilitado Malik, y ahora se sentó y se las quitó. Debajo llevaba un par de calcetines y unos pantalones tan húmedos que se le adherían como una segunda piel. Se movió hacia la línea de juncos y vadeó el agua manteniéndose encorvado. Por vez primera desde que había saltado desde la borda de *L'Alouette*, sintió frío, un intenso frío, y tembló incontrolablemente mientras el agua iba ascendiendo. Y entonces sus pies perdieron el contacto con el fondo y empezó a nadar.

Se detuvo al final de los juncos, flotando. Le quedaban unos cincuenta metros de agua clara que recorrer. Efectuó un par de hondas aspiraciones, se zambulló y empezó a nadar. Cuando emergió en busca de aire, estaba ya a medio camino. Se tendió boca arriba lo más sigilosamente posible, para descansar unos momentos antes de volver a zambullirse.

En un tiempo muy breve, su cuerpo rascó el negro fango del fondo al acercarse

a la isla y asomó la cabeza hasta que pisó tierra en el refugio de una línea de matorrales.

Se acurrucó allí bajo la lluvia, jadeando para recuperar el aliento, después se incorporó y avanzó con suma cautela por el jardín abandonado hacia la casa. No se oía el menor ruido ni señal de vida. Nada, y le acometió una extraña especie de pánico. ¿Y si se habían ido ya? ¿Y si Rositer había decidido escapar cuando aún estaba a tiempo? Y entonces apareció Famia Nadeem, en el otro extremo del sendero cubierto de hierba que él seguía.

Ella calzaba botas de caucho hasta las rodillas y un viejo abrigo de marino, con la capucha levantada. Era la misma y, no obstante, no lo era, de un modo extraño parecía una persona diferente. Caminaba con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo de lana azul, con expresión seria. Chavasse esperó hasta tenerla a su alcance y, saliendo de los matorrales, le tocó en el hombro.

La expresión de la chica era de inmensa incredulidad. Con los ojos dilatados, la boca abierta como si quisiera gritar sin lograrlo, hasta que, por fin, aspiró hondo, trémula.

—No pude creerlo cuando Rossiter dijo que estaba usted vivo.

—¿Está aquí? ¿Le ha visto?

Ella asintió:

—Regresaron en el otro barco hará cosa de una hora con el señor Jones, aunque no se llama ya así, ¿verdad?

Chavasse apoyó una mano en el hombro de la joven hindú.

—¿Lo pasó mal?

—¿Mal? —Parecía casi sorprendida—. Es un término relativo, pero no debemos continuar aquí hablando. Va a pillar una pulmonía. Tras aquellos árboles hay una glorieta medio en ruinas. Espere allí. Le traeré ropa seca, y entonces decidiremos lo que se puede hacer.

Desapareció como un fantasma y él permaneció mirándola alejarse a través de la mansa lluvia, consciente de que estaba agotada, como vacía de todas sus fuerzas. Dios sabía lo que Rossiter había hecho con ella, pero era evidente que fue tratada duramente, debía de haber sido así para que se produjera un cambio tan profundo con tal rapidez.

La glorieta le recordó su infancia. El tejado estaba agrietado y la mitad de los

tablones faltaban en el entarimado. Se dejó caer sentado contra el tabique bajo la ventana cuarteada. Él solía jugar en un lugar semejante hacía ya mil años.

Cerró los ojos, cansado hasta la médula de los huesos. Una tabla crujió. Cuando alzó la vista, Rossiter estaba allí pistola en mano, con Famia a su lado.

El rostro de la chica estaba sereno, completamente impávido, puro como la pintura de una Madonna medieval.

14. CARA A CARA

El sótano en el que otros dos guardias chinos le empujaron estaba tan oscuro que tuvo que detenerse unos segundos después que la puerta fuera cerrada, esperando, para que sus ojos se acostumbraen a la penumbra.

—¿Estás aquí, Darcy? —preguntó en voz baja.

—Por aquí, Paul. —Hubo un movimiento en la oscuridad y Chavasse, alargando el brazo, tocó el rostro del jamaiquino.

—¿Qué pasó cuando salté del barco? ¿Estás bien?

—Un golpe en la cabeza, eso fue todo. ¿Y qué pasó contigo? Te hacía ya muy lejos. Chavasse contó su escapatoria. Cuando hubo terminado, el jamaiquino suspiró.

—Seguro que debe de haber esclavizado de un modo u otro a esa muchacha.

Chavasse asintió.

—Pero no es comprensible. Ella sabe lo que sucedió en el *Leopard*. ¿Cómo es posible que pueda creer en nada de lo que le diga?

—Puede haber una explicación muy sencilla —insinuó Darcy.

—¿Quieres decir que se ha enamorado de él?

—Podiera ser algo más que eso. Podiera ser una de esas fuertes atracciones sexuales que experimentan algunas personas. Es posible.

—Así lo supongo. De todos modos, ahora no importa. —Chavasse se movió a través de la oscuridad, con la mano tendida hasta que tocó la pared—. ¿Has explorado esto?

—Realmente, no. Estaba todavía inconsciente cuando me descargaron aquí

dentro.

Chavasse se desplazó a lo largo de la pared, palpando cautelosamente su camino. Tocó una especie de tablón liso, tanteó en busca del borde y tiró hacia sí. Cedió con un estrépito de madera al astillarse y la luz invadió el recinto.

La ventana tenía reja y hacía largo tiempo que habían desaparecido los cristales. Estaba a ras de suelo y la visibilidad y la panorámica se limitaban a una parte de lo que alguna vez fue el prado, que se extendía hasta el lugar de amarre que Chavasse no había podido divisar, desde el otro lado de la isla.

Sin duda el atracadero había conocido días mejores y la mitad se había derrumbado en la laguna. El resto estaba ocupado por una lancha de altura, de unos doce metros de eslora, que evidentemente había sido un barco torpedero, y el *L'Alouette*.

Cuatro hombres pasaron transportando cajas. y se dirigieron hacia la lancha. Ciertamente, no eran chinos, y Chavasse tensó el oído y pudo captar alguna palabra extraña mientras pasaban de largo.

—Albaneses —le susurró a Darcy—. Lo cual ya tiene sentido. ¿Recuerdas el incidente en el *L'Alouette* cuando Ho-Tsen le asestó un golpe a Rossiter? Le dijo que tendría muchas preguntas que contestar cuando llegasen a Tirana.

—Y Tirana es la capital de Albania —dijo Darcy.

—La única nación comunista europea que se alió con la China Roja en vez de hacerlo con Rusia. Ahora ya se explican muchas cosas.

Los hombres de la lancha regresaban. Pocos minutos después, reaparecieron transportando un par de grandes baúles de viaje.

—Parece como si alguien se mudara de casa —comentó Darcy.

Chavasse asintió.

—Destino, Albania. Ahora tienen que marcharse después de que ya han sido descubiertos. No tienen garantía alguna de que otros no sigan nuestra pista.

—Pero, ¿por qué nos conservan con vida? —indagó Darcy—. No veo razón para que lleven un exceso de equipaje.

—Es que no somos mero equipaje. Yo tuve tratos antes con los albaneses y los chinos. Les encantará verme regresar. Y tú también puedes ser útil. No lo sabrán hasta que no te hayan exprimido a fondo.

El cerrojo crujió y se abrió la puerta. En ella aparecieron dos chinos. Uno de ellos empuñaba una metralleta en forma amenazadora; el otro avanzó, agarró a Chavasse por un brazo y le empujó con rudeza hacia fuera. Cerraron la puerta y le siguieron

empujando por un pasillo.

Atravesaron un amplio vestíbulo, subieron un tramo de peldaños sin alfombra y llamaron a la primera puerta. La abrieron al cabo de unos instantes y apareció Rossiter vestido con una bata. Tenía aspecto de acabar de levantarse y estaba desnudo hasta la cintura. Se anudó el cinturón en un lazo y asintió.

—Adelante con él.

A su espalda había otra puerta abierta y Chavasse vio una cama, las mantas desordenadas y Famia que se estaba poniendo una falda ante un espejo. Rossiter cerró la puerta y se volvió.

—¿Sigue usted siempre acechando, no? Desde luego, ahora que sabemos quién es, no resulta sorprendente.

—¿Qué ocurrió con el hombre de Pekín? —preguntó Chavasse—. ¿Acaso no quiere intervenir?

—Claro que quiere, pero, por el momento, está muy ocupado preparando el equipaje. Gracias a usted y a su amigo, es evidente que nos vemos obligados a marcharnos con cierta prisa.

—A Albania.

Rossiter sonrió.

—Realmente dio en la diana. Le tratarán con cariño en Tirana.

—¿Y demás puntos del Este?

—Naturalmente. —Sacó una pitillera y le ofreció un cigarrillo—. Le voy a dar un consejo amistoso. El coronel deseará mantener una breve conversación con usted cuando llegue. No sea remolón. Ya vio lo que le hizo a su amigo. Tan sólo le hizo una pregunta y, al no obtener la respuesta adecuada, empezó a cortar. Su amigo habló sin parar con una oreja menos. Podría haber elegido a un mejor ayudante.

—Era un hombre viejo —dijo Chavasse—. Intentando ganarse un poco de dinero extra. No hacía falta eliminarlo.

Rossiter se encogió de hombros despreocupadamente.

—Por todo el ancho mundo, miles de personas mueren cada día. Su amigo Malik era uno más. Si su muerte ayuda a nuestra causa, entonces vivió y murió con cierta utilidad.

—Perfecta definición —replicó Chavasse—. Debieron efectuar en usted un buen trabajo allá en Nom Bek.

—Usted no puede comprender, su clase nunca comprenderá. —Rossiter hablaba

en tono grave—. Yo fui como usted antes, Chavasse, hasta que me ayudaron a encontrar una nueva respuesta. Una respuesta más verdadera, un nuevo significado para vivir.

—¿O sea que ahora es correcto matar gente, incluyendo ancianos y mujeres?

—Por la causa, ¿no se da cuenta? ¿Qué supone una muerte de más o de menos, la mía o la suya? Todos estamos disponibles. ¿Cuántos hombres ha matado usted en su carrera? ¿Diez? ¿Veinte?

—No grabo muescas en mi culata, si eso es lo que quiere saber —dijo Chavasse, sintiéndose extrañamente incómodo.

—¿Ha matado alguna vez a una mujer?

A Chavasse se le reseco la boca y, durante un breve momento, una cara flotó en la superficie, la cara de una mujer que hubiese preferido olvidar por completo.

Rossiter sonrió, la extraña y santa faz alentando algo muy parecido a la compasión.

—Me lo suponía. La diferencia entre nosotros dos es solamente en ideales. La primera y más importante lección que hemos de aprender es que lo importante no es lo que hacemos, sino por qué lo hacemos. Yo sirvo a una causa, la libertad para todo hombre, la justicia, la igualdad. ¿Puede usted decir lo mismo? ¿Qué defiende usted, Chavasse? El imperialismo, el capitalismo, la Iglesia, la decadencia por todas partes, con el pueblo oprimido y estrangulado, incapacitado para defenderse. Dios, cuánto lamento pensar en los años que malgasté sirviendo a la corrupción.

—Con todos sus defectos, prefiero mi camino al suyo. ¿Cuántas personas han exterminado los chinos en el Tibet, en los últimos cinco años? Medio millón más o menos, todo al servicio de la causa.

Rossiter pareció un tanto exasperado.

—Usted no consigue comprenderlo. Nadie importa, ninguna persona o personas. Estamos trabajando para el mañana, Chavasse, no para el hoy.

—Lo cual, de modo significativo, era lo opuesto exactamente a las enseñanzas del credo en el cual había sido educado para servirlo.

Chavasse comprendió que, en realidad, estaba perdiendo el tiempo, pero siguió sonriendo.

—O sea, que todo vale, ¿incluso cebar con heroína al pobre viejo Montefiore?

—Conocí por vez primera a Enrico Montefiore cuando regresé a Europa, después que terminó la guerra de Corea. Mis superiores me habían enviado a Viena, porque decidieron que necesitaba un tratamiento psiquiátrico para vencer los efectos de lo que a ellos les gustaba llamar lavado chino de cerebro. Montefiore llevaba ya años tomando

droga. Una noche, recibimos una llamada desde una clínica privada donde él estaba internado y gravemente enfermo. Creía que necesitaba un confesor.

—¿Y le enviaron a usted?

Rossiter asintió.

—Fue el inicio de una fructífera amistad. ¿Cómo diría yo? Llegó a depender por completo de mí. Cuando finalmente decidí abandonar el sacerdocio, persuadí a Montefiore de que necesitaba quietud y aislamiento, de modo que compró esta isla, bajo una falsa identidad. Por entonces, estaba muy desmejorado. Tuve que cuidarle como a un bebé durante los tres últimos años.

—Entre las misiones que le encomendaban sus amos en Pekín.

—En Tirana, Chavasse, quede bien claro. Albania ha demostrado ser una posición europea muy útil para nosotros. Desde luego, los chinos me han considerado muy valioso por razones evidentes. Como norma general, se hallan en una postura más bien difícil. Un inglés puede pasar por ruso si habla el idioma, pero, ¿qué puede hacer un chino?

—Abundan los chinos de Hong Kong y Malasia que viven en Inglaterra, actualmente.

—Archivados y vigilados, probablemente comprobados sus pasos de modo regular por el MI6 o la Sección Especial. Es mucho mejor vivir allí sin estar registrado, si es que comprende lo que quiero decirle.

—En eso es donde encaja realmente su servicio de inmigrantes.

—Exactamente, sólo que no era mi servicio, sino el de Jacaud. Él se dedicaba a transportar esa gente a través del Canal. Antillanos, paquistaníes, africanos, hindúes. Resultaba perfectamente razonable transportar chinos de Hong Kong en el mismo recorrido.

Lo cual era bastante acertado y Chavasse asintió.

—Empleó usted bien sus talentos. ¿O sea que Ho-Tsen no fue el primero?

—Si le dijese cuántos, se sentiría usted más bien indispuesto.

Sonrió alegremente y Chavasse asintió.

—Pero ahora se terminó el transporte clandestino y no estarán muy contentos sobre eso cuando usted se presente ante los jefes.

—Oh, no sé. Eso no podía seguir por tiempo indefinido; al fin y al cabo, le cacé a usted. Una presa muy útil.

No había nada que pudiera decir Chavasse que borrara la tenue sonrisa de

superioridad del rostro de Rossiter, y de pronto, por instinto, recordó su conversación con el padre Da Souza.

—Casi se me olvidaba. Tengo un mensaje para usted —mentía con plena convicción—. De parte de Da Souza.

El efecto fue asombroso. Rossiter pareció encogerse visiblemente.

—¿El padre Da Souza?

—Eso es. Regenta una parroquia cerca de los muelles, en Londres. Cuando necesité información acerca de usted, él resultó ser la persona más adecuada para proporcionármela.

—¿Qué tal está? —la voz de Rossiter era un susurro.

—Estupendamente. Me pidió que le dijese que no pasa un solo día sin que le encomiende en sus oraciones. Insistió muchísimo en que así se lo dijese.

La cara de Rossiter se había puesto lívida y habló a través de los dientes apretados.

—No necesito sus oraciones, ¿se entera? Nunca las necesitaré, ni nunca me harán falta.

La puerta del dormitorio se abrió y apareció Fania. Vestía un impermeable, la cabeza cubierta con un pañuelo y llevaba un maletín. Ignorando a Chavasse, le habló a Rossiter:

—Ya estoy preparada. ¿Llevo esto al barco?

Durante un breve instante, parecían estar solos dada la nula atención que le prestaban a Chavasse, presa de esa curiosa intimidad que sólo pertenece a personas desesperadamente enamoradas. Para Chavasse resultó ser el descubrimiento más importante de todos. Que Rossiter, a todas luces, estaba enamorado de la muchacha.

Rossiter colocó la mano sobre el brazo de la chica y la condujo hasta la puerta.

—Sí, lleva tu maletín hasta el barco. Pronto me reuniré contigo.

Uno de los guardianes abrió la puerta. Ella miró a Chavasse brevemente, con el rostro inexpresivo, como si él no estuviera allí, y salió.

Al cerrarse la puerta, Chavasse preguntó:

—¿Qué hizo usted? ¿Echarle algo en el té?

Rossiter dio media vuelta rápidamente, con una expresión realmente feroz. Hundió la mano en el bolsillo y la sacó empuñando la Madonna. Se oyó un agudo chasquido y la hoja quedó a la vista. Chavasse se encorvó, con los brazos a media altura, esperando un ataque de un momento a otro. Se abrió la puerta y apareció

Ho-Tsen.

—¿Problemas? —indagó en chino.

Rossiter pareció no hallar palabras, en cierto modo una persona distinta, el discípulo temeroso atrapado en un error y teniendo que justificarse ante el maestro.

Por vez primera, Ho-Tsen mostró un asomo de emoción humana. Una especie de desprecio apareció en sus facciones. Caminó hacia Chavasse con las manos a la espalda, y le asestó un veloz puntapié bajo el estómago cuando estuvo a la distancia exacta.

Fue un golpe de experto, el acto de alguien que conocía a fondo el karate. Chavasse estuvo en condiciones de apreciarlo así, por lo menos antes de desplomarse.

Rodó por el suelo un par de veces y se colocó de espaldas a la pared. Medio sentado, se concentraba en recuperar el aliento mientras las voces sonaban en alguna parte a lo lejos, confusas, sin significado. El pie del coronel no le había golpeado en la entepierna, donde un golpe de esta clase podía tener un efecto de parálisis permanente, sino en el bajo vientre, obviamente calculado.

Chavasse fue capaz por lo menos de tensar su musculatura para encajarlo. El resultado fue que, aunque mareado y dolorido, ya era capaz de realizar alguna clase de movimiento cuando los dos guardianes chinos vinieron a recogerle.

Simuló estar semiinconsciente, arrastrando los pies mientras lo sacaban y gimiendo quejumbrosamente. Le llevaron escaleras abajo, a través del vestíbulo y lo bajaron al sótano. Cuando llegaron a la puerta, lo dejaron caer al suelo. El que llevaba la metralleta colgada del hombro la descolgó y la empuñó, mientras el otro sacaba una llave y abría la puerta.

El hombre de la metralleta se inclinó y aferró a Chavasse por la camisa, obligándole a levantarse. Chavasse proyectó los dedos erectos de su mano izquierda bajo el mentón dentro de la expuesta garganta, un golpe mortal cuando era asestado expertamente. El hombre ni siquiera lanzó un quejido. Se derrumbó al suelo como un saco vacío, dejando caer la metralleta. Chavasse se incorporó del todo proyectando su codo contra la cara del hombre a su espalda. El sorprendido chino lanzó un grito sofocado y retrocedió al interior de la celda. Una mano como una garra le hizo volverse y Darcy Preston le propinó un puñetazo en el estómago y dos en la mandíbula.

En silencio, Chavasse recogió la metralleta y sonrió.

—Al parecer, estamos de nuevo aptos para todo lo que se presente.

—¿Qué sigue ahora en la agenda laboral? —preguntó Darcy.

Chavasse levantó la metralleta.

—Incluso con ese trasto no disponemos de ninguna oportunidad contra Rossiter, Ho-Tsen y esos albaneses. Si pudiéramos llegar a bordo de *L'Alouette*, las cosas podrían ser diferentes. Las granadas y las metralletas que Malik ocultó en el falso fondo del armario podrían nivelar las cosas bastante.

—¿Qué pasará con la muchacha?

—Nos vendió, ¿no? Por cierto, que tu corazonada era cierta. Ella y Rossiter son como carne y uña. Por lo que a mí respecta, ella figura en la lista de eliminación.

Para cortar cualquiera posible discusión, salió al exterior para explorar el otro extremo del pasillo. Los primeros peldaños a los que llegaron tenían una puerta al final, que no estaba cerrada con llave. Cuando Chavasse la abrió con cautela, contempló la cocina, una sala amplia y cuadrada con un fuego ardiendo en el hogar. En aquel momento, otra puerta se abrió y entraron dos albaneses. Chavasse cerró suavemente la puerta, colocando un índice sobre sus labios, y emprendieron una retirada sigilosa. En el otro extremo del pasillo, otros peldaños les llevaron a una puerta largo tiempo en desuso. Darcy luchó con el enmohecido cerrojo, que finalmente cedió y pudieron salir a un pequeño jardín, rodeado de una tapia, que estaba invadido por espesa maleza. Salieron a través de un pasadizo abovedado hasta el extremo del jardín y luego corrieron buscando la protección de los árboles.

Una vez allí, siguieron adelante, Chavasse en cabeza, a lo largo de un sendero, cubierto de espesa hierba y rodeados de altos matorrales que les rozaban al pasar.

Sin previo aviso, el sendero desembocaba en un claro, en la orilla de la laguna, en la que se erguían las ruinas de una imitación de templo griego. Famia Nadeem estaba en pie allí, contemplando las rotas columnatas, con las manos en los bolsillos de su abrigo de marino.

Dio media vuelta, asustada, y una expresión de verdadera alarma apareció en su cara. Chavasse dejó caer la metralleta y la agarró sin contemplaciones, tapándole la boca con la mano.

—Escúchame, necia zorrilla. Tu amante es un agente del Gobierno comunista chino. Es responsable de las muertes de muchísimas personas, incluidas el viejo Hamid y la señora Campbell. ¿Te enteras?

Ella le miraba con ojos vidriosos, dilatados, y él apartó la mano. Inmediatamente, ella abrió la boca y lanzó un grito, por lo que Chavasse se vio obligado a golpearla en el mentón.

La depositó en el suelo y se volvió hacia Preston.

—Cárgatela al hombro y ve hacia el atracadero. Llega lo más cerca que puedas, pero espérame entre los matorrales.

—¿Qué vas a hacer?

—Crear una diversión. Si puedo atraerles fuera de allí, te dará tiempo a abordar el *L'Alouette* y ponerlo en marcha.

—¿Y tú?

—Nadaré desde aquí y me reuniré contigo cuando pases; si no estoy aquí a tiempo, no te sientas heroico. Límitate a salir pitando.

—Tú mandas.

El jamaiquino cogió el cuerpo de la muchacha, se la cargó al hombro y se alejó por entre la maleza. Chavasse se apresuró a regresar a la casa. Ya tenía un plan de acción. La casa estaba enteramente construida de madera. Con el adecuado tratamiento, ardería como una antorcha y había un lugar adecuado desde donde iniciar el incendio.

Avanzó a través del enmarañado jardín y entró de nuevo en el pasadizo del sótano. Esta vez, cuando abrió cautelosamente la puerta al final del segundo tramo de peldaños, la cocina estaba desierta.

Entró, quitó el tubo de cristal del quinqué de petróleo sobre la mesa y desparramó su contenido por el suelo. Realizó una breve búsqueda por las alacenas y encontró una lata medio llena de petróleo en una de ellas. La vació para acelerar la buena combustión, y entonces se acercó a la chimenea. La puerta se abrió tras él y entró el coronel Ho-Tsen.

Si estaba armado, no se notaba; en cualquier caso, la metralleta de Chavasse le tenía ya cubierto.

Ho-Tsen mostró una mueca desdeñosa.

—No tiene nada que hacer, Chavasse.

—Eso se cree usted —replicó Chavasse—. La mitad de bretón que hay en mí paga siempre sus deudas. Esto de parte de Jacob Malik.

La primera ráfaga atravesó el hombro derecho de Ho-Tsen y le hizo girar sobre sí mismo; la segunda le destrozó la columna vertebral impulsándole a través del umbral. Mientras el coronel se desplomaba, Chavasse cogió un leño de la chimenea y lo arrojó al centro de la cocina. Se produjo algo similar a una leve explosión y las llamas se elevaron con veloz furia, cuando él se lanzaba ya por el pasadizo.

Mientras salía al jardín, pudo escuchar gritos de alarma desde el otro lado de la casa. Los albaneses corrían para ver de dónde procedía el fuego, tal como había supuesto.

Aguardó un minuto más, y corrió hacia los árboles. Cuando llegaba al que fue su primer refugio compartido con Darcy, el motor de *L'Alouette* bramó al arrancar. O sea,

que Darcy había podido llegar al objetivo señalado. A espaldas de Chavasse, se produjo un repentino crepitar de llamas que devoraban las ventanas y hacían estallar los cristales.

Una bala astilló ramas encima de su cabeza giró para descargar la metralleta en una rápida ráfaga que obligó al albanés que había disparado contra él a zambullirse tras la esquina de la casa.

Chavasse corrió, con el torso agachado, mientras las balas chirriaban en torno a él, descortezando pinos y matorrales. Brincó desde su cobertura y se sumergió de cabeza en la laguna cuando *L'Alouette* aparecía rodeando la punta de la isla a unos cincuenta metros.

Mientras empezaba a nadar, *L'Alouette* alteró su rumbo y avanzó hacia él, deslizándose hasta detenerse presentando la banda de estribor al girar Darcy el timón y parar el motor.

El jamaiquino corrió hacia la barandilla y atrajo a Chavasse por encima de la borda.

— ¡En marcha, rápido! —jadeó Chavasse.

Mientras Darcy desaparecía dentro de la cabina, una bala rebotó en la barandilla silbando hacia el cielo, mientras el primer albanés llegaba al borde de la laguna. Chavasse se volvió, tendido en cubierta y vio aparecer a Rossiter por entre los árboles con otros tres hombres. El motor de *L'Alouette* bramó al alejarse la lancha con un potente impulso, mientras las balas rebotaban en su casco.

15. TERMINA LA CACERÍA

Cuando rodearon la punta meridional de la isla, estaban ya fuera de la línea de tiro y a salvo. La muchacha yacía de bruces en popa, donde Darcy la había dejado. Cuando Chavasse la levantó en brazos, ella gimió y sus pestañas aletearon.

La llevó a la cabina, la tendió en una de las banquetas y abrió luego el armario de cartas náuticas desplazando el falso fondo. Se desabrochó la húmeda camisa, se guardó dentro las granadas para transportarlas cómodamente, recogió las dos metralletas y salió a cubierta.

Darcy estaba dándole al motor su máxima potencia, y Chavasse negó con la cabeza.

—Estás derrochando tu tiempo. El «MTB» de ellos puede desarrollar cuatro veces nuestra velocidad. Nos quedan apenas cinco minutos para estar preparados y, por consiguiente, es preferible parar la máquina.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Luchar lo mejor que sepamos. En primer lugar, voy a enseñarte a manejar uno de estos trastos.

Explicó la utilización del mecanismo de disparo a ráfagas y el pulsador para disparar bala a bala. Después mostró una granada.

Esas piñas han de estallar en el momento más oportuno. Dispones solamente de tres segundos para lanzarlas desde el momento en que aprietes la palanquita. No lo olvides o el que estallará serás tú. Quédate con tres, y yo con otras tantas. Puedes llevarlas metidas dentro de la camisa.

Miró atrás a través de la niebla hacia donde el humo se elevaba perezosamente en medio de la espesa lluvia.

—No creo que quede gran cosa de Hellgate tras la gran fogata. Para el motor.

En alguna parte, no muy lejos, el motor del «MTB» rugía como un león enfurecido. Entraban en una laguna más pequeña, y *L'Alouette* se movía de costado hacia la entrada del estrecho canal que se abría en las proximidades. La lancha se detuvo, con la proa metida entre los juncos, y Chavasse asintió.

—Éste es un lugar bastante bueno para nuestros propósitos. Ahora traigamos aquí a la muchacha y te diré lo que vamos a hacer luego.

Considerablemente reducida su velocidad en el estrecho canal, el MTB se movía con lentitud cuando entró en la pequeña laguna, y el albanés destacado en la proa, preparada su metralleta, vio a *L'Alouette* y lanzó un grito de aviso.

Las máquinas del «MTB» se pararon y la embarcación siguió avanzando llevada por su propio impulso, derivando por delante del lugar donde Darcy Preston estaba hundido hasta la cintura entre los juncos, manteniendo firmemente asida a Famia, con una mano tapándole la boca.

Chavasse esperaba al otro lado de la laguna en un pedazo de tierra relativamente alto, de blanda arena negra rodeada por hierbas de la marisma. Tenía dos granadas en el suelo a su lado y otra empuñada.

Vislumbró el cabello de lino de Rossiter en la ventanilla de la timonera y entonces el «MTB» quedó frente a él. Estaba, quizás, a unos seis metros de distancia cuando lanzó la primera granada. Rebotó en el puente de popa, rodó cayendo al agua y estalló. El «MTB» se bamboleó en la turbulencia y alguien lanzó un grito de alarma mientras el hombre de proa caía de cabeza al agua.

Al otro lado de la laguna, Darcy empujó a la muchacha a un lado, cogió una granada del interior de su camisa, presionó la palanquita y la arrojó. Tenía que llegar más lejos de lo que estimó y quedó corta, lanzando un surtidor de agua hacia el cielo. Mientras cogía otra, la muchacha gritó y se arrojó contra él, justamente cuando lanzaba la granada. Ésta cayó al agua a unos tres metros de distancia y la onda expansiva aplanó los juncos y pasó por encima de ellos.

Darcy emergió, tratando de alcanzar a la muchacha, pero se halló sometido a una andanada de disparos de dos de los albaneses agazapados tras la barandilla del «MTB» con metralletas ligeras. En la timonera, Rossiter dio toda la potencia a las máquinas y giró el timón. En aquel mismo instante, la segunda granada de Chavasse estalló bajo la amura lanzando por los aires la mayor parte de la popa, incluida la hélice. El «MTB» se estremeció y corcoveó como un caballo. Al disminuir la marcha, Chavasse lanzó la última granada que le quedaba. Cayó en medio del barco y estalló con fuerza devastadora.

En aquel mismo momento, Rossiter salía de la timonera y la onda expansiva lo levantó como a un pelele lanzándole al agua. El «MTB» cabeceó violentamente, exhalando negro humo del cuarto de máquinas. Dos de los albaneses seguían agazapados tras la barandilla disparando hacia donde se hallaba Darcy. Chavasse se desplazó unos pasos a un lado hasta un lugar desde donde podía disfrutar de una clara visión y derribó a los dos tiradores con una larga ráfaga de su metralleta.

Hubo una especie de explosión en el cuarto de máquinas y las llamas brotaron a través de la escotilla. El barco entero pareció tumbarse sobre un costado, se bamboleó de proa y empezó a hundirse.

Todo había terminado. En la súbita quietud que se hizo, el único ruido lo producía el griterío histérico de Famia mientras tropezaba y caía por los vados, tratando de liberarse de Darcy Preston.

Chavasse se colgó del cuello la metralleta y nadó hacia ellos. Cuando estaba lo suficientemente cerca, empezó a vadear, alargando el brazo para aferrar la mano izquierda de la muchacha. Ella forcejeaba fieramente con una fuerza asombrosa. Durante un momento, los tres formaron una especie de cuadro loco: Chavasse, tirando de una mano; Darcy Preston, de la otra y a la vez intentando mantener su metralleta fuera del agua al creer que dejaría de funcionar si se mojaba.

Y entonces ocurrió algo que parecía surgir de una pesadilla. Fuera del agua, por entre los restos flotantes del naufragio, Rossiter se elevó como alguna terrible ave fénix, con el cuerpo empapado de sangre. Aquella extraña cara ascética aparecía serena, desprovista de toda expresión, con el cabello mojado de lino aplastado como un solideo.

La muchacha gritó su nombre, forcejeando para acercarse a él. En aquel mismo instante, la mano de Rossiter se echó hacia atrás, se escuchó un chasquido y brilló un

destello de acero en el aire.

Todo pareció suceder espasmódicamente. La muchacha, todavía forcejeando con frenesí para liberarse, se tambaleó ante Chavasse y el cuchillo se enterró en su corazón, con la Madonna de marfil sobresaliendo de entre sus senos.

Rossiter lanzó un alarido terrible, a la vez que tendía los brazos hacia ella. Ahora Darcy Preston descargó su metralleta contra Rossiter, que se hundió bajo la superficie del agua.

Chavasse agarró a la muchacha mientras se tambaleaba, con una expresión de total sorpresa en la cara. La mantuvo junto a él y extrajo suavemente el cuchillo. En el mismo momento en que el acero salía de su cuerpo, la vida también la abandonó. La chica, durante un instante, quedó colgando del brazo izquierdo de Chavasse; entonces, él la soltó y el cuerpo de la chica desapareció en el agua.

Se volvió y Darcy exclamó con salvajismo en su voz:

—¿Para esto vinimos, para esta carnicería?

El jamaiquino arrojó la metralleta al agua, dio media vuelta y avanzó chapoteando por los vados hasta *L'Alouette*. Chavasse le siguió, y cuando saltó por encima de la borda, Darcy estaba ya en la timonera.

La lancha empezó a moverse, abriéndose paso a través del estrecho canal, para poco después adentrarse en el canal principal. Más allá, a través de la lluvia, el humo se alzaba en volutas desde Hellgate. Chavasse permaneció acurrucado junto a la barandilla, sintiendo mucho frío, temblando un poco, desprovisto de toda emoción.

Entonces se dio cuenta de algo extraño. Continuaba empuñando el cuchillo de Rossiter en su mano. El canal se ensanchaba mientras navegaban a través del estuario hacia mar abierto. Chavasse miró la Madonna de marfil que tenía en la mano.

—¿Y cuántos hombres ha matado usted en su carrera, Chavasse

Las palabras parecían vibrar susurrantes en su oído como si el propio Rossiter hubiese hablado. Con súbito gesto de repugnancia, Chavasse arrojó el cuchillo a lo lejos. Brilló por última vez, y se hundió bajo una ola. En algún lugar por encima de su cabeza, graznaron unos patos salvajes mientras salían a mar abierto. Se incorporó con gesto cansado y fue a reunirse con Darcy en la cabina.

